Conversaciones con un escéptico

P. Venancio Marcos O.M.I.

P. VENANCIO MARCOS, O. M. I.

Conversaciones con un escéptico

Nihil obstat
Lic. José Sebastían
Censor

Imprimatur
Casimiro
Obispo Aux. y Vic Gen.
Madrid, 7 de junio de 1959

ÍNDICE

Dedico este libro a los escépticos españoles, con la ilusión de que leyéndolo, se hagan más españoles y menos escépticos.

ACLARACION PREVIA

Este libro no es un libro. Es la recopilación en un volumen de los artículos que en el diario madrileño «Pueblo» escribí, sábado, tras sábado, desde el mes de febrero de 1946 hasta el mes de agosto de 1947. Son aquellos mismos artículos, sin quitar ni poner una coma, tal como fueron escritos, a vuelapluma.

¿Por qué los he recopilado? ¿Es que se hubiera perdido algo dejándolos dormir eternamente en las hemerotecas? Pues... quizá no se hubiera perdido gran cosa, pero ¿y si se ganara algo recogiéndolo en un volumen? En todo caso, almas buenas me han rogado que los publique porque creen que pueden hacer mucho bien, y a mí no me ha parecido mal la sugerencia. Únicamente quiero rogar a los lectores que tengan en cuenta que dichos artículos que cumplieron la función esencial para la que fueron escritos y que no exijan a una recopilación de artículos las cualidades propias de verdadero libro.

Al recopilarlos los he agrupado bajo el título de «Conversiones con un escéptico». Creo necesario aclarar los términos del título.

¿Quién es ese escéptico? Confieso que no es un escéptico determinado de carne y hueso, con su ficha en el padrón; no es un hombre con quien yo haya tenido éstas conversaciones. Pero sí es verdad que muchas de esas conversaciones han tenido lugar, en lo esencial, con uno u otro escéptico de carne y hueso; en tales casos no hice más que trasladar al periódico el resumen de la conversación. El escéptico de estas conversaciones es un hombre, un español, de los que abundan en nuestra patria; un hombre que no tiene, propiamente hablando, un sistema de ideas frente al catolicismo; tan pronto parece católico como incrédulo; unas veces habla en ateo y otras en creyente. No es el escéptico de las «Cartas» de Balmes, sino el escéptico típico de la España actual.

El escéptico y yo hemos tenido muchas conversaciones (hasta 77 son las recogidas en este volumen), que han versado sobre los temas más variados, aunque siempre terminen por reducirse a una

media docena de temas centrales, que son los que maneja invariablemente el escéptico español de nuestros días.

Me hago la ilusión de que estas conversaciones son de gran actualidad todavía. Sólo falta que estas «Conversaciones con un escéptico» tengan buena acogida entre aquellos a quienes más necesaria resultaría su lectura: católicos de nombre que apenas si conservan alguna práctica privada, indiferentes que viven al margen de toda preocupación religiosa, escépticos que ponen peros a todos los dogmas católicos, incrédulos que niegan lo divino y lo humano, hostiles a la Iglesia que blasfeman de lo que ignoran. Aunque con la lectura de estas «Conversaciones» salga fortalecida la fe de los creyentes, no son ellos sus principales destinatarios. Me alegraría más que los leyera un solo escéptico que no noventa y nueve creyentes. Estos, sin embargo, encontrarán en ellos argumentos con que rebatir las afirmaciones de los escépticos, y en este sentido pienso que han de serles de gran utilidad.

Pido a Dios que este volumen se difunda mucho entre los escépticos, tanto, por lo menos, como se han difundido otros libros causantes de su escepticismo. ¿Cómo se podría lograr eso? Se logrará si todos aquellos que tienen un deber de tutela moral sobre las masas escépticas tomaran a pechos el proporcionarles lecturas provechosas como (yo así lo creo) estas «Conversaciones con un escéptico».

Dios haga que el espíritu que puse al escribirlos no resulte vano y que, sirvan a muchos de punto de partida para su retorno a la fe.

P. VENANCIO MARCOS, O. M. I.

Madrid, junio de 1950, año del Gran Retorno.

I

Sobre si la religión es lo que algunos se imaginan

No me parecería honrado hacer una propaganda engañadora de esta sección. Vaya la verdad por delante. Y la verdad es me propongo haceros ver que en un mundo revuelto, lleno de recelos y de odios, aun queda un hueco para el amor, la comprensión y la convivencia. ¿Monsergas? ¿Sermones? ¿Pláticas de iglesia?

Nada de eso. Os doy mi palabra. Si leéis todos los sábados esta nueva sección de «Pueblo», os convenceréis de que es posible establecer un diálogo interesante sobre las cosas más fundamentales de la vida. Y para que veáis que el diálogo es posible, empiezan las conversaciones entre tú y yo, entre nosotros dos. Comienza tú, amigo lector

—¿Cree usted que están los tiempos para venirnos con palabras de amor? ¿No le parece a usted que para hablar de amor lo mejor sería acallar antes el hambre?

—De acuerdo, amigo. Yo también desconfío de quien dice hermosas palabras sobre el amor al prójimo, pero no está dispuesto a practicar elementales obras de misericordia, como las de dar de comer al hambriento y vestir al desnudo.

—¿No será usted uno de esos?

—Dejemos por ahora la cuestión en suspenso. Pero quiero recordarte un hecho acaecido a los pocos días de haber muerto Jesucristo. Ante una de las puertas del templo de Jerusalén pedía limosna todos los días un tullido (ya ves, que no es de ahora la estampa de los desvalidos pidiendo limosna a las puertas de las

iglesias). Una mañana, entraban a rezar en el templo Pedro y Juan —dos discípulos de Jesús que hoy veneramos: San Pedro Apóstol y San Juan Evangelista— y el tullido les alargó la mano suplicando una moneda. Pedro se volvió hacia el desgraciado y le dijo: «Hermano, yo no tengo oro ni plata, no soy ningún potentado, pero te doy lo que tengo.» ¿Qué pensaría el pobre tullido que le iba a dar? ¿Un pedazo de pan? Pedro continuó hablando: «En nombre de Jesús Nazareno, levántate y anda.» El tullido se puso en pie de un brinco y, completamente sano, entró con ellos en el templo a dar gracias a Dios.

—Muy bonito, sin duda alguna. Pero esos milagros parece que no se hacen ya en estos tiempos. ¿O es que piensa usted hacer algún milagro?

—No, amigo, no es por ahí, yo no hago milagros. Solamente quería decirte que, como el Apóstol Pedro, yo tampoco tengo oro y plata, pero lo que tengo te lo doy y lo que tengo es la buena palabra que tu espíritu necesita.

—¿Buena palabra? De palabras estamos hartos.

—De palabras, sí; de palabras buenas, seguramente no. Precisamente es lo que todos estamos necesitando: palabras buenas, que sean un bálsamo en medio de las comunes desgracias.

—Me figuro que lo que usted querrá decirme serán palabras de esas que guarda h religión cristiana para adormecer las almas, ¿no?

—Sí y no. No te quiero ocultar que soy cristiano. Mejor dicho, que quiero serlo y lo procuro ser. ¿Tú no lo eres?

—No sé si lo soy. Quizá lo sea. Lo que sé es que al amparo del cristianismo se ha ejercido por muchos una odiosa tiranía. ¿Cómo quiere usted que yo no me subleve contra ella?

—Lo comprendo. Sientes aversión hacia la religión cristiana. Pero, en contra de lo que tú te hubieras podido imaginar, yo no tengo inconveniente en reconocer que en esa tu aversión hay algo de sublime. Porque tu aversión no se dirige más que hacia la religión tal como tú te la imaginas, no tal cual es en sí misma y tal cual debería ser en la vida de los cristianos. Sí la religión fuera lo que tú te imaginas y lo que de ella te han dicho muchas veces, yo

estaría a tu lado para abatirla y hundirla en el fango. Pero el cristianismo no es eso. Lo que tú ves en el espejo de muchos que se llaman cristianos está lejos de ser la verdadera religión.

—Un poco fuertes me parecen en usted esas palabras.

—¿Un poco fuertes? No lo creas. Completamente sinceras. Y si no, ya lo verás el sábado próximo, en que continuaremos nuestra conversación.

2 de febrero

II

Sobre lo que es religión y lo que es política

Te decía yo el sábado pasado, lector amigo, que la religión cristiana no es lo que tú te imaginas y que si fuera eso, yo estaría a tu lado para hundirla en el fango.

—Entonces, ¿usted cree que yo soy un equivocado?

—Un equivocado precisamente, no. Creo más bien que la desconoces. O algo peor todavía: que la conoces mal, lo cual es peor que no conocerla. Yo ya comprendo que no estás en situación para estudiarla a fondo, pero no me parece bien que sin conocerla a fondo te lances a hablar de ella y, consiguientemente, a dar palos de ciego.

—¿Para qué le voy a mentir? Efectivamente, no tengo grandes conocimientos en materia religiosa. Algo se me ha pegado, sin embargo, a fuerza de, oír hablar de ella, y eso poco que se me ha pegado no me parece muy bien.

—Por ejemplo, ¿qué es lo que no te parece bien?

—Muchas cosas. Una de ellas, eso de que la religión, por lo menos en España, se meta tanto en política.

—Me lo sospechaba. Es una acusación muy corriente. Pero, ¿es verdadera esa acusación? Yo, en cambio, opino lo contrario: opino que en España, más todavía que en otras partes, la política se mete demasiado en la religión. A ver quién de los dos tiene razón.

—Creo que la tengo yo. ¿Por qué la religión apoya a unos regímenes políticos y anatematiza a otros?

—No estoy de acuerdo, amigo. La religión ni apoya ni anatematiza los regímenes políticos. Por lo menos, en lo que tienen

de políticos. Lo que ocurre es que hay regímenes políticos que, aun teniendo errores en el orden político, respetan los derechos de la religión; mejor dicho, respetan los derechos del hombre a practicar la religión. Mientras que otros regímenes, con verdaderos aciertos en el orden político, se empeñan en invadir el terreno religioso y en obstaculizar el ejercicio de las prácticas religiosas. La religión respeta las orientaciones políticas de cualquier régimen, pero no puede transigir con el que no sólo no la favorece, sino que le niega sus fundamentales derechos.

—No se explica usted mal, pero ¿dónde están los límites entre política, y religión?

—Ese, ése es el punto importante: la cuestión de los límites. Ha sido siempre la cuestión batallona entre el poder civil y el poder religioso. Desde que Jesucristo fundó la religión que lleva su nombre hasta el día de hoy, ¡cuántas fricciones, cuántas luchas han reñido los dos poderes! Y parece que esos hechos no llevan camino de terminar.

—¿Por qué entonces no se ponen primero de acuerdo? Si, como usted dice, cada uno de los poderes tiene su esfera propia, ¿por qué no marcar una divisoria bien clara?

—Porque no es tan fácil como parece. La religión hace siglos que ha trazado el área de su influencia, pero, por lo visto, hay regímenes que no se la quieren reconocer.

—Pues a mí la cosa me parece bastante clara. La religión tiene su cometido en la iglesia y la sacristía, de puertas adentro. Fuera de ahí, la religión no debe intervenir en nada.

—Hombre, eso no. Eso es como si yo dijera que el Estado debe limitarse a los edificios oficiales: Ministerios, Gobiernos Civiles, cuarteles, Ayuntamientos, Comisarías, etc., y que de puertas afuera de esos edificios el Estado no tiene nada que hacer.

—No, eso no. Todos los ciudadanos somos miembros del Estado; por consiguiente, dondequiera que nos hallemos, fuera de los templos y las sacristías, estamos sujetos a la disciplina del Estado.

—Lo mismo digo yo, sólo que a la inversa. Todos los españoles, o, por lo menos, la inmensa mayoría, somos cristianos e hijos de la religión; por consiguiente, dondequiera que nos

hallemos, fuera de los edificios oficiales del Estado, estamos sujetos a la disciplina de la Iglesia.

—Sí, esto es un lío.

—Un lío bastante complicado, ¿no? Pues dejémoslo para otro día. A ver si el próximo sábado lo desenredamos.

9 de febrero

III

Sobre si la religión se mete en política

Recordarás, lector amigo, que el sábado último estábamos hechos un lío con aquello de que si la religión se metía en política o, por el contrario, la política se metía en religión.

—Sí, por cierto. Lo recuerdo. Y quedé un poco preocupado, porque siempre había oído hablar de que la causa de que hubiera tantos roces entre la religión y la política provenía única y exclusivamente de ese afán de la religión de meterse en política.

—Y ahora, ¿qué?

—Ahora he pensado que también podría tener la culpa la política que, en ocasiones, se mete en el terreno de la religión. Esto no me lo habían dicho nunca y puede que tenga usted razón.

—Es posible, sí. Pero, ¿no haríamos mejor en distinguir entre la política y los políticos y entre la religión y las jerarquías religiosas? Ocurre a menudo que echamos a un régimen político culpas que sólo tienen los hombres que lo dirigen; y, paralelamente, achacamos a la religión desaciertos que sólo son imputables a los jerarcas de la Iglesia.

—¿Pero usted admite que los jerarcas de la Iglesia puedan cometer desaciertos?

—Claro que lo admito. Yo nunca he confundido a un cura de aldea, ni siquiera a todo un señor obispo, con la Iglesia Católica. La Iglesia tiene una doctrina clara y bien definida en lo tocante a las relaciones entre el Poder civil y el religioso, doctrina que no siempre saben llevar a la práctica los encargados de ello porque, después de todo, son hombres sujetos a la pasión y el error.

—Así me gusta. Por ese camino creo que nos podemos llegar a entender.

—¿Qué duda cabe? Nos entenderíamos fácilmente si nos mantuviéramos serenos y comprensivos en vez de adoptar una posición cerril de no querer saber nada de lo que dice el adversario. Muchas veces no nos entendemos porque no queremos ni nos lo proponemos, porque nos dejamos llevar dé prejuicios y de tópicos.

—Concedido. Con tal que usted conceda que los prejuicios y los tópicos se pueden hallar en ambas partes.

—Concedido también. Y, aclarado este punto, yo insisto en que no es lícito culpar a la religión de desaciertos en sus ministros. Porque un médico no acierte a descubrir la dolencia de un enfermo, ¿vamos a desbarrar contra la Medicina? Porque, por un error o un descuido de un ingeniero, se derrumbe un puente en construcción, ¿vamos a echar pestes contra las Escuelas de Ingenieros? No sería justo. Como tampoco lo sería quemar una iglesia porque el cura es un cacique o un entrometido.

—Muy bien. Así se habla. Una cosa es el régimen y otra los hombres que lo encarnan. Según eso, ¿la religión se opone a determinados regímenes políticos? Yo creo que todos los regímenes son buenos, desde el punto de vista religioso, ¿no? Y entonces la religión no tendrá por qué oponerse a ninguno.

—Vamos despacio, amigo. Si un régimen político es de verdad político y nada más que político, la religión nunca se le pondrá enfrente. Pero si, saliéndose de la órbita política, sienta principios incompatibles con los principios religiosos, o enuncia doctrinas que pugnan con las doctrinas de la religión, entonces la Iglesia tiene el deber de levantar la voz, no para condenar la política del régimen, sino para denunciar sus intromisiones en un área que está fuera de la política.

—¡No podría usted aclararme todo eso con algunos ejemplos?

—No faltaba más! Te lo aclararé con dos ejemplos bien recientes en los que la Iglesia —y no un cura de aldea— ha condenado los errores de orden religioso de dos regímenes políticos: el comunismo y el nazismo. Pero esto lo dejaremos para el sábado próximo.

16 de febrero

IV

Sobre lo que la Iglesia ha condenado en el comunismo

Quedamos en que la Iglesia no condena jamás la política de ningún régimen. Lo que condena a veces son los principios antirreligiosos del régimen. ¿Tiene derecho? Yo creo que sí, desde el momento que ese régimen dice de sí mismo que no es más que un régimen político, porque si, desbordando el área política, se presenta como una religión con teorías propias sobre el más allá y sobre la vida de ultratumba, entonces ya no es un régimen político, ni debe invocar sus derechos políticos, para rechazar lo que él llama «injerencias o intromisiones de la Iglesia» en el terreno político.

—Voy comprendiendo. Aquí, por lo que se me alcanza, nos solemos hacer un lío con las palabras y seguimos Muchas veces llamando política a lo que ya es del dominio de la religión. El sábado pasado me prometió usted que me explicaría todo esto mejor con dos ejemplos: la actitud de la Iglesia hacia el comunismo y el nazismo. ¿Se vuelve usted atrás o me lo va a explicar?

—Nada de volverme atrás. Te lo voy a explicar, amigo lector, de una manera clara y concisa. Tú, sin duda, has oído decir que la Iglesia ha condenado el comunismo, y eso seguramente no te ha hecho ninguna gracia y has creído que la Iglesia no tiene derecho a semejante condenación.

—Efectivamente, no me ha hecho ninguna gracia. El comunismo no es más que una manera de entender la política y el gobierno de los pueblos; una manera, por cierto, más justa que el capitalismo. Por otra parte, ¿no dicen ustedes que Jesucristo vino a elevar a las clases humildes y que condenó severamente el abuso

de las riquezas? ¿Cómo entonces la Iglesia condena un régimen como el comunista, que lo que pretende es eso mismo que quería. Jesucristo, la elevación de los humildes, que son los obreros y los campesinos?

—No te excites, amigo. Discurramos con tranquilidad. Si el comunismo no fuera más que eso que tú dices, un régimen que se propone elevar a un nivel de vida más humano a los obreros y a los campesinos, ¿crees tú que la Iglesia se hubiera opuesto? No. Otra cosa debe de haber en el régimen comunista por debajo de esas hermosas palabras para que la Iglesia se haya creído en el caso de intervenir.

—¿Qué cosa sería esa?

—Otra cosa. La Iglesia no ha condenado todas las ideas y todas las teorías que engloba la expresión «régimen comunista». Hay cosas buenas en el régimen comunista, ¿quién lo duda? Pero hay otras totalmente inadmisibles para un cristiano. Entre esas cosas se halla el sentido materialista de la vida que profesa el comunismo.

—No entiendo eso del sentido materialista de la vida. ¿Cree usted que el comunismo se opone a todo espiritualismo, al espiritualismo del arte, a la belleza, a los sentimientos elevados del hombre?

—No es eso. Yo creo que el régimen comunista puede consentir la supervivencia de los museos, favorecer la producción artística, fomentar la literatura, el teatro y el cine. Con toda y con eso, puede tener un sentido materialista de la vida.

—Pues no acabo de entender.

—Verás. Quien piensa que el hombre no es más que un animal más perfecto que el perro o el mono, pero que perece totalmente, como el mono o el perro, a la hora d la muerte, ése es un materialista. Quien piensa que el hombre no tiene un alma inmortal y que Dios —si es que existe— no nos reserva otra vida eterna después de esta corta vida terrena, ése también tiene un sentido materialista de la vida.

—¿Y eso nada más es lo que ha condenado la Iglesia?

—Eso y algunas otras cosas íntimamente ligadas con eso. ¿Y eso es política? ¿No es más bien que la política ha perdido la

cabeza y se ha metido donde no debía? Elevación económica o intelectual de las clases humildes: perfectamente. Para eso, ¿es necesario quitarles de la cabeza que crean en Dios, en la inmortalidad del alma, en la divinidad de Jesucristo y de su Iglesia y que vivan de acuerdo con esas creencias?

—No, no es necesario, y también voy creyendo que la Iglesia, si no ha hecho más que eso, no se ha extralimitado. Y del nazismo, ¿qué me dice usted?

—De eso hablaremos el sábado próximo.

23 de febrero

V

Sobre lo que la Iglesia condenó en el nazismo

Ha dicho un humorista que la vergüenza para nada sirve y para todo estorba. Lo mismo se pudiera decir de la lógica. Lo que significa justamente lo contrario: que la lógica para todo sirve y para nada estorba. Si utilizáramos la lógica, mediríamos a la Iglesia siempre con la misma medida, lo mismo cuando condena el nazismo que cuando condena el comunismo.

—Pero, ¿es verdad que la Iglesia ha condenado el nazismo? Hace unos años no se nos decía lo mismo, sino que se hablaba del nazismo como del movimiento salvador de Europa. ¿De dónde viene este cambio de actitud?

—No hay tal cambio de actitud. La Iglesia nunca consideró al nazismo corno salvador de la civilización cristiana. Nunca; ni cuando triunfaba ni cuando fue eliminado. ¿Podrías, tú, lector amigo, señalarme un texto de un documento pontificio donde se ensalce el nazismo?

—¿Y podría usted señalarme uno en que se le haya condenado?

—Vaya que sí. Apuesto que tú no has leído una sola vez la Encíclica sobre la situación de la Iglesia católica en el Reich germánico que empieza con las palabras «Con viva ansia». No vayas a creer que esa Encíclica es del año pasado, de cuando los ejércitos aliados se abatieron sobre Alemania. Es muy anterior; fue escrita en marzo de 1937, cuando iban cayendo dentro del área alemana, ante el estupor y el miedo de las grandes naciones, los pequeños territorios que el Reich creía deber incorporar.

—¿De verdad que el Papa se atrevió entonces a enfrentarse con el nazismo?

—De toda verdad. Si pudieras leer esa Encíclica, te pasmarías de la valentía del Papa.

—¿Y condenaba la política del nazismo?

—No; eso, no. La Iglesia no condena la política (entiéndeme bien, «la política») de ningún régimen ni de ningún pueblo. Ya te expliqué en sábados anteriores que la Iglesia, aunque otra cosa digan sus enemigos, no se mete en política.,

—Entonces, ¿qué es lo que condenó?

—Condenó los errores religiosos del nazismo, de igual manera que antes había condenado los errores religiosos del comunismo. La Iglesia no suele practicar la ley del embudo. Los que practican esta ley son los que, cuando les conviene, aplauden al Papa y jalean sus palabras, y cuando nos les conviene, le denuestan y le acusan de meterse en política. No, amigo, la Iglesia dice la verdad siempre, aunque amargue y aun cuando ello le pueda acarrear la persecución.

—Pues a mí me parece que el Papa hubiera debido condenar no sólo los errores religiosos del nazismo, sino su política de opresión y de imperialismo.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Y también te parece que debiera condenar la política de opresión e imperialismo de otros regímenes? Polque supongo que no sólo el nazismo ha sido, en la Historia, opresor e imperialista.

—Hombre, no sé...

—Pues debías saberlo. Pero la Iglesia no es un Tribunal para dirimir contiendas terrenas; es una organización divina, encaminada a señalar el camino de la salvación eterna de los hombres. Por eso no interviene cada vez que se produce un choque entre dos naciones.

—Si la Iglesia se atuviera únicamente a su papel de orden espiritual, creó que nadie se metería con ella. Si no ha invadido el terreno de la política, no me explico cómo se la ataca tanto. Por algo será.

—Por algo es, sí; pero no por lo que tú te imaginas. Se la ataca por otros motivos, por motivos inconfesables que los que la atacan no se atreven a decir en alta voz. Esos motivos, que son los

verdaderos, se callan, y se esgrimen otros, que suelen reducirse a uno solo: el de que la Iglesia se mete en política.

—Y el favorecer a un determinado régimen político, ¿no es meterse en política?

—Esto lo vamos a dejar para el sábado próximo.

2 de marzo

VI

Sobre si el católico conserva su libertad en el terreno político

Hemos convenido, amigo lector, en que la Iglesia Católica no ha condenado nunca los regímenes políticos, sino errores de esos regímenes en materia religiosa. Creo que hasta aquí estamos tú y yo de completo acuerdo. Sabemos los dos que a la Iglesia se la ha censurado a menudo de entrometerse en política, pero sabemos también que esa acusación la hacen solamente los que no saben distinguir entre religión y política o creen que la religión no es más que un legado del pasado que sigue viviendo con permiso de la política.

—Todo eso está muy bien, pero usted me prometió el sábado último que me hablaría de si la Iglesia puede apoyar un determinado régimen político.

—Y de eso voy a hablar. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque como la Iglesia no se mete en política, lo mismo que no condena la política de un régimen tampoco debe apoyarla. La Iglesia, en política, no debe entrar ni salir, sino desenvolverse al margen de toda política.

—¿Y tú sabes que la Iglesia apoye la política de algún régimen en concreto y desapruebe o apoye la de otros regímenes?

—Hombre, yo creo que sí y usted me entiende...

—Pues creo que sufres una pequeña confusión. La Iglesia apoya a todos los regímenes que no se metan a combatirla. Los apoya porque representan la autoridad suprema de un país, encarnada en sus hombres representativos. Hay que dar al César lo que es del César. La Iglesia concede al César en el terreno político y temporal, que es el terreno del César, sumisión y obediencia.

Mientras un régimen no se degrade, mientras no abandone sus deberes, mientras mantenga (en cuanto la debilidad humana lo permita) el orden y la justicia, la Iglesia le apoyará, es decir, le otorgará rendida sumisión y activa obediencia.

—¿Hace eso la Iglesia con todos los regímenes?

—Con todos. Me vuelvo a explicar: con todos aquellos que respetan los grandes derechos del hombre, entre los cuales se encuentra, como el primero y fundamental, el de servir a Dios dentro de la verdadera religión. Lo mismo da que esos regímenes sean de un tipo o de otro, que se llamen de una manera o de otra, que lleven en la cúspide del Gobierno un rey hereditario, un presidente elegido por la masa del país o un jefe proclamado por la selección del pueblo. Mientras un régimen político, sea el que sea, se mantenga dentro de su esfera, puede contar con el apoyo de la Iglesia.

—¿Y con el de todos los católicos?

—Eso es otra cosa. La Iglesia no es ninguna camisa de fuerza dentro de la cual se debate el católico. La Iglesia deja en libertad a sus miembros en lo concerniente a las cosas humanas. La Iglesia, en las cosas necesarias, exige unidad, y en todas pide caridad. A ningún católico le exige, en materia musical, que se declare a favor o en contra de la zarzuela, por ejemplo. Tampoco obliga en el terreno político a defender tal o cual dirección o tendencia. El católico es libre para opinar lo que mejor le parezca.

—¿Y puede negar a un régimen constituido esa obediencia que, según usted, presta la Iglesia al César?

—Mientras el régimen constituido no sea un obstáculo evidente para el bien común, el católico le debe obediencia. Pero esta obediencia no excluye el que haga lo posible por corregirle y enmendarle. Incluso puede trabajar por sustituirle por otro régimen más beneficioso para el país.

—¿No es revolucionario eso que acaba usted de decir?

—No sé si será revolucionario. Lo que sí sé es que es completamente cierto. Se puede trabajar por un régimen mejor. Pero con lealtad. Pero por medios lícitos. Pero sin recurrir a las armas ilícitas: injurias, mentiras, engaños. Dejándose guiar por un sano ideal y no por las sabandijas, del egoísmo, de la tozudez, del

rencor, del deseo de venganza. Guiado por esos innobles sentimientos y utilizando medios ilícitos, no puede un católico negar su obediencia activa. ¿Estás de acuerdo, amigo lector?

—Espere que lo piense. Ya se lo diré el sábado próximo.

9 de marzo

VII

Sobre sí la Iglesia es la aliada del capitalismo

Por si no entendiste bien mis últimas palabras del sábado anterior, te repito, lector amigo, que los católicos podemos luchar por un régimen mejor. Lo que no podemos hacer, ni como católicos ni como españoles, es destruir un régimen si no tenemos la seguridad moral de reemplazarle por otro mejor.

—Perfectamente. Pero, ¿cree usted de verdad que se puede mejorar el régimen político y social que impera hoy en España? ¿A que para usted no puede haber cosa mejor? Sea usted sincero.

—Lo seré. Y con toda sinceridad te digo que creo que hay todavía mucho que hacer. Creo que el espíritu de Cristo todavía no ha cuajado del todo entre nosotros; creo que todavía queda mucho catolicismo de cascarón en España; creo que aún hay que ir más lejos y que los obreros aún tienen que esperar más de la revolución cristiana.

—¿Revolución cristiana? Usted me perdonará, pero yo no creo que los obreros podamos esperar gran cosa por el camino del cristianismo. El cristianismo predica la mansedumbre y la resignación, y con mansedumbre y resignación ya está demostrado que no se consigue nada en el mundo de hoy. El cristianismo es el arma que se usa para hacernos callar y para que no gritemos nuestras reivindicaciones.

—Te equivocas, amigo; no sabes lo que es el cristianismo ni lo que le es lícito a un obrero cristiano, auténticamente cristiano. ¿Crees que un obrero, por el mero hecho de ser cristiano, tiene que ahogar el grito de toda reivindicación justa? Lo que ocurre es que algunas veces se habla de reivindicaciones obreras cuando, en realidad, se trata de gollerías, como cuando se promete a los

obreros un paraíso en la Tierra. Y no, amigo, el paraíso sólo existe del otro lado de este valle de lágrimas.

—Mire usted, yo no tengo nada contra el cristianismo verdadero, pero contra la Iglesia católica ya es otra cosa. La Iglesia se ha aliado siempre con los enemigos de la clase obrera.

—Eso no lo dices por ti mismo; eso te lo han contado. ¿A que sí? Te han dicho que la Iglesia es enemiga del obrero. No te lo han podido demostrar, pero tú te lo has creído. De ahí te viene esa antipatía que le has cogido. Por eso te vuelvo a repetir que si la Iglesia fuera eso que te han dicho, la enemiga de los obreros, yo me pondría de tu lado para derribarla. Y quizá la derribáramos, porque si fuera enemiga del obrero no sería una organización fundada por el Hijo de Dios. No lo sería, porque Dios no puede ser enemigo del obrero. Y si fuera obra de unos hombres, ¿por qué no podríamos derribarla otros hombres? Sin embargo, ya sabrás que por más que los hombres se han empeñado, no han logrado derribarla en veinte siglos de constantes esfuerzos.

—Pero tampoco la Iglesia en veinte siglos ha sido capaz de hacer que se le respeten al obrero todos sus derechos y que se le dé una vida holgada y digna. ¿Qué ha hecho la Iglesia durante cerca de veinte siglos? Está visto que por ese camino tendremos que aguardar otros veinte siglos para mejorar de suerte, si es que no hemos empeorado para entonces.

—No te excites. ¡Calma! ¿Qué ha hecho la Iglesia en veinte siglos? ¡Cómo se ve que no has estudiado la historia de la Iglesia! Ha hecho mucho, muchísimo. Si no ha hecho más, es por las resistencias que ha encontrado en su camino. También hace muchos siglos que existen sabios y profesores; ¿se han acabado por eso los ignorantes y los analfabetos? Pues si, a pesar de ello, no se te ocurre acabar con la ciencia, ¿por qué piensas que, desapareciendo la Iglesia, se había de acabar el estado actual de los obreros? En todo caso, no olvides que Jesucristo no vino al mundo, en primer lugar, para establecer un nuevo orden económico y social. La Iglesia no es un partido político ni un movimiento obrero.

—Así creo yo también. No es un movimiento obrero. ¿No podría ser un movimiento capitalista?

—No digas disparates. Un capitalismo, como sistema económico, es de ayer como quien dice, y la Iglesia tiene ya veinte siglos. Además, ¿cómo va a ser un movimiento capitalista una organización supranacional que fue fundada por un obrero?

—¿Por un obrero?

—Por un obrero, sí. Jesucristo fue un obrero, tan obrero como tú, un albañil, un carpintero. Y fue hijo de un carpintero. Precisamente el martes que viene la Iglesia consagrará el día a exaltar la memoria de San José, el padre legal de Jesucristo. Y José fue un modestísimo carpintero. Medita un poco sobre esto, y el próximo sábado continuaremos conversando.

15 de marzo

VIII

Sobre si los obreros pueden ser católicos

Recordarás, amigo lector, que te decía el sábado último que la Iglesia fue fundada por un obrero. Sólo por esa razón merecería ser bien vista por todos los obreros del mundo. Y no vayas a creer que ese obrero fuera un traidor a su clase. ¿A que no eres capaz de señalar en toda la vida de Jesucristo un solo acto o una sola palabra que signifique olvido de su calidad? Por eso en los primeros siglos la Iglesia se nutrió casi exclusivamente de gente humilde y trabajadora.

—¿Qué me dice usted? Yo creí que serían sabios y ricos los que formaron los primeros núcleos de la Iglesia. ¿Cómo unos trabajadores pudieron sacar adelante una organización tan complicada?

—Porque, en realidad, quien sacó adelante a la Iglesia no fueron ellos, sino Dios. Ellos no fueron más que unos instrumentos. Tuvieron que luchar contra todos: contra los filósofos, que los despreciaban; contra los ricos, que los humillaban, y contra los fuertes, que los encadenaban. Y ya ves: pudieron contra todos.

—Todo esto es nuevo para mí. Yo me había imaginado que la Iglesia habría sido siempre como ahora.

—¿Y cómo es ahora?

—Ya lo sabe usted bien. ¿Quiénes son los que sostienen hoy a la Iglesia? Los sabios, los ricos y los poderosos. Los pobres, los ignorantes, los humildes estamos alejados de ella. Mire usted lo que ocurre en las grandes capitales: los ricos, los que tienen dinero, van a la iglesia, van a misa, son amigos de los curas, los ayudan.

—Alto, alto. Vamos a distinguir. ¿Van a misa todos los ricos? Contéstame sin exagerar, con sinceridad. ¿Hablan bien de la Iglesia todos los que viven de sus rentas? ¿Cumplen los deberes cristianos todos esos que tienen dinero? Di la verdad.

—Todos, todos, no. Pero no me negará usted que una buena parte, sí.

—No te lo niego. Tampoco tú me negarás que hay muchos pobres que van a misa y se consideran cristianos. Entra en un templo cualquiera, un domingo por la mañana, y al lado del señor elegantemente vestido y de la señorita vistosamente engalanada hallarás gentes muy humildes, de esas que no viven de sus rentas. Quedamos, pues, en que lo de tener poco o mucho dinero nada tiene que ver con ser cristiano o dejar de serlo.

—No me quedo satisfecho. Es cierto que hay pobres que son cristianos, pero son los menos. ¿De dónde proviene eso? Alguna razón habrá para que se haya producido este fenómeno.

—Alguna razón habrá, no cabe duda. Te hago observar, sin embargo, que no en todas partes ocurre lo mismo. Tú juzgas a la Iglesia y al mundo entero por lo que pasa a tu alrededor, en la ciudad de Madrid, por ejemplo. Pero echa una ojeada por el resto de España. Mira a Castilla: el gran contingente de buenos cristianos lo da el campo, y no me dirás que los campesinos, sobre todo los pequeños propietarios castellanos, son ricos que viven de sus rentas; son trabajadores de la tierra. Y son cristianos. ¿Cómo explicas tú eso? En cambio, hay también en España regiones campesinas donde los labradores se hallan alejados de la religión. Yo concluyo de todo esto que el ser pobre no es un obstáculo para ser cristiano.

—Está muy bien todo eso, lo reconozco. Pero me mantengo en mis posiciones: en las grandes ciudades no ocurre eso; aquí los trabajadores, los jornaleros, no estamos con la Iglesia. Este es el hecho. ¿Qué explicación le da usted?

—No es sencilla la explicación. Quedemos primero en que antes no era así; antes los trabajadores eran cristianos.

—¿Cuándo lo eran?

—Lo eran en los primeros siglos, como te dije al principio. Lo fueron durante siglos y siglos, durante toda la Edad Media. Lo

fueron hasta el siglo pasado. Ha sido en el siglo XIX cuando las clases obreras se empezaron a alejar del cristianismo. ¿Por qué? Eso lo aclararemos el sábado próximo. No olvides que todos los sábados nos reserva, el periódico esta columna, para que conversemos tú y yo.

23 de marzo

IX

Sobre el vacío que sienten los obreros sin fe

Hemos admitido el hecho siguiente: en las grandes capitales, como Madrid, los ricos van ordinariamente a misa, mientras que los pobres no van. Aclaramos el sábado anterior que ni van todos los ricos ni dejan de ir todos los pobres; pero, en términos generales, es verdad que los ricos van más que los pobres, los empresarios más que los trabajadores, los hombres de profesiones intelectuales más que los obreros manuales. ¿No quedamos en esto, amigo lector?

—En eso quedamos. Yo soy de los que no van a misa. Y digo de los que no van porque no cuento las veces que voy por puro compromiso, en día de boda o en día de funeral. Somos muchos los que únicamente pisamos la iglesia en días como esos.

—Perfectamente. Sin embargo, tú sabes que antes, hace menos de un siglo, los obreros como tú, los que trabajaban en profesiones como la tuya, los que eran más pobres que tú, los que no llevaban una vida tan agradable como la que tú llevas ahora, todos esos iban a misa los domingos y no se avergonzaban de llamarse católicos. ¿Qué ha ocurrido? Cómo te explicas tú este cambio? ¿Por qué las cosas no suceden hoy como ayer?

—No sé qué decirle. Yo no sé mucha historia, pero cuando usted dice que antes no era así, no tengo inconveniente en creerle. Será verdad. Los obreros eran católicos de verdad en su mayoría; hoy la mayoría apenas sí lo somos más que de nombre. De esto último sí estoy seguro.

—Y yo también. Pero lo que yo quiero es que me expliques de dónde ha venido este cambio. ¿Sois vosotros, los obreros, los que habéis cambiado?

—Sin duda ninguna, hemos cambiado.

—¿Y habéis hecho bien alejaros de la iglesia? ¿Tú crees de verdad que al alejaros habéis salido ganando? ¿Que sois más felices? ¿Crees que viviendo al margen de la Iglesia, vuestros hogares son más alegres? ¿Crees que vuestra vida se ha inundado de sol?

—No me lo tome usted a mal, pero yo creo que sí. Yo creo que ahora somos más libres, nos sentimos más felices, vivimos una vida más entretenida...

—No sigas. Se ve que no sabes cómo se vivía antes. Te puedo asegurar que ahora todos llevamos una vida más apesadumbrada. Vosotros también. Ahora pasarás días, meses y años muy agradables, no te lo niego. Tendrás temporadas de una relativa felicidad. Pero allá en el fondo de tu alma, ¿no echas algo de menos? Cuándo te vas a casar y entras en la iglesia y pronuncias ante un sacerdote el sí sacramental, tú, que dices no crees en eso, ¿no echas de menos algo? Cuando tu esposa te ha dado un niño y le llevas a la iglesia y un sacerdote te le bautiza, tú, que no crees en el bautismo, ¿no echas de menos nada? Cuando tu hijo cumple los siete años y una mañana va al templo a hacer su primera comunión, tú, que hace años que no comulgas porque no crees en la Eucaristía, ¿no sientes que te falta algo? Cuando se te muere tu madre y la llevas a enterrar, mientras el sacerdote dice en latín unas plegarias que hablan de un más allá, del descanso eterno y de la luz perpetua, tú, que no crees en ese más allá, ¿no sientes un gran vacío dentro de ti? Y cuando llevas flores á una tumba, ¿verdad que te das cuenta de que algo misterioso te falta? Sé sincero, y ahora que no nos oye nadie, contéstame: ¿No quisieras creer?

—Hombre, creer, yo no he dejado de creer del todo.

—Del todo, no; pero casi, casi. En todo caso, vas camino de dejar de creer del todo. Hoy todavía no te atreves a confesar que no crees, te parece demasiado fuerte. Ya llegarás. Y entonces te darás cuenta de lo que te falta; entonces sabrás qué es eso que

echas de menos cada vez que pisas una iglesia o un cementerio; eso que te desasosiega cuando asistes a un funeral o a una primera comunión.

—Acabemos de una vez. Sí, echo de menos algo, me falta algo muy importante, se lo confieso, ¿para qué se lo voy a negar? Yo no me atrevo a decírselo a mis compañeros que piensan como yo.

—Ni ellos se atreven a decírtelo a ti; pero en el fondo todos echáis de menos una cosa. ¿Quieres que te diga yo cuál? La fe. Aquella fe que tenían los obreros de antes, aquella fe en la religión, que habéis perdido. Que os han hecho perder, más bien. ¿De qué manera os la han hecho perder? Eso te lo diré el sábado próximo.

30 de marzo

X

Sobre el timo de que han sido víctimas los obreros

Yo nunca me he reído de ese pobre hombre de pueblo, ingenuo y crédulo, que llega a Madrid y se deja timar por cualquier pillo. Nuestro hombre se encuentra en la calle con un desconocido; el desconocido tiene entre manos un gran negocio, un negocio redondo; pero para realizarlo le hacen falta urgentemente unas pesetas, pocas, total unas quinientas; si alguien se las prestara, ese mismo día los dos se harían ricos. Nuestro hombre piensa: «¿Y si se las prestara yo mismo? Vengo del pueblo, soy pobre, esta misma tarde podré ser rico...» Le alarga las quinientas pesetas que su imaginación ve ya convertidas en un gran fajo de billetes. El desconocido las coge, le vuelve a prometer su negocio fabuloso y se aleja para volver dentro de un par de horas. Pero, a la inversa del personaje de «Los Claveles», dice que se va... y no vuelve.

—¡Se puede saber a cuento de qué viene esta historia?

—Recordarás, lector amigo, que el sábado anterior te dije que la fe cristiana que has perdido casi del todo no la has perdido tú, sino más bien te la han hecho perder, y te prometí explicarte de qué manera te la han hecho perder.

—Lo recuerdo; pero todavía no comprendo por qué ha empezado usted contándome esa historia del timo.

—Verás. A ti te ha ocurrido lo que a ese hombre del pueblo, ingenuo y crédulo. No me reproches, que te lo diga tan a las claras. Ya dije que yo nunca me he reído de esos pobres hombres, víctimas de la astucia de un pillo.

—Total, que usted cree que a mí me han timado como a un vulgar isidro.

—Ni más ni menos. Tú eras un hombre bueno, ingenuo, algo crédulo. Eras un niño. No eras rico, pero te sentías feliz; tenías la fe cristiana; creías en la Iglesia Católica, cumplías sus mandamientos, acudías al templo, celebrabas las grandes festividades, rezabas a los santos... Poseías una conciencia tranquila y limpia, decías mañana y noche aquello de «Con Dios me acuesto, con Dios me levantó». En tu casa había paz y sosiego. Tu vida se deslizaba serenamente. En fin, te repito que no eras rico, pero te sentías feliz, porque eras dueño dé un tesoro espiritual: la fe cristiana. ¿No es así?

—Así era, en efecto.

—Pero un día, un día aciago de tu vida, te encontraste con un desconocido que te dijo: «¡Qué lástima! ¡Con lo que tú podrías ser! No sé cómo te puedes contentar con esa vida que llevas. Fíjate: eres pobre, serás toda tu vida un pobre, no llegarás nunca a disfrutar de los grandes placeres del mundo, vivirás siempre en una miserable vivienda sin saber lo que es un palacio, pisarás un duro suelo de ladrillos en vez de muelles alfombras; no saldrás de tu rincón a recorrer mundo... Eres un desgraciado. Tú no te das cuenta apenas, pero eres un pobre diablo, un explotado, el hazmerreír de los afortunados. ¿Y no piensas probar fortuna? ¿Vas a ser siempre un desgraciado? No; tú puedes llegar a mucho, puedes llegar a ser un hombre feliz.» Hasta aquí no hizo más que pintarte un presente desdichado y un porvenir brillante. Fue la tentación, una tentación seductora. Luego continuó: «Yo te puedo ayudar a labrarte ese porvenir feliz. Podrás labrártelo con toda posibilidad y muy pronto. Pero como el que algo quiere algo le cuesta, tendrás que desprenderte de ese pequeño caudal que ahora tienes. Ganarás con el cambio y harás un negocio fabuloso. Apártate de la Iglesia, deja de ir al templo, acaba de rezar a los santos; eso se queda para los que ya son felices. No sueñes que por el camino que ahora llevas podrás llegar a un final venturoso. Las creencias cristianas, que ahora crees que te hacen feliz, lo que hacen es estorbarte, entorpecer tu libertad y echarte cadenas en pies y manos.» Todo esto te susurró al oído aquel desconocido y tú te pusiste a pensar: «Pues es verdad. Puedo ser feliz. ¿Por qué no he de tentar fortuna? Me quedaré sin mis prácticas religiosas; pero, en cambio, tendré libertad y un día podré ser algo.» Después, el

desconocido se fue y tú te quedaste sin el tesoro de tu fe. Y ahora, ¿qué? ¿Te sientes de verdad feliz?

—Feliz, lo que se dice feliz, no; pero...

—Pero, ¿qué? No hay pero que valga. Te han timado, han explotado tu ingenuidad y tu credulidad; te prometieron un paraíso que no acaba de llegar y te despojaron de tu fe cristiana. Te han timado. Pero, te vuelvo a repetir, yo nunca me he reído de las víctimas de un timo. Por eso no me río tampoco de ti, sino que lamento tu desgracia.

6 de abril

XI

Sobre la transcendencia de la Semana Santa

Estoy seguro de que no has olvidado la parábola del timo que te conté el sábado anterior. Todavía te contaré muchas cosas en esta columna que el periódico reserva para que conversemos tú y yo. Tú que me lees, eres para mí un amigo desconocido; no sé cómo te llamas, ni quién eres, ni a qué te dedicas, ni cuándo ni dónde me lees; sólo sé que eres amigo mío. Amigo por el solo hecho de que me prestas tu atención; amigo, aunque no siempre estés de acuerdo con las cosas que te digo.

—Bueno, ¿y de qué piensa usted hablarme hoy?

—Hoy te quería hablar de los días que se avecinan. La semana que viene no es una semana como las demás. Los que sabemos latín la llamamos la «semana mayor», no porque tenga más días que las otras, sino porque se conmemoran en ella los dos acontecimientos más grandes de la Historia.

—¿Dos batallas acaso?

—No, nada de batallas. Los españoles, al igual que en otros países, a ésta que empieza mañana la llamamos la «Semana Santa». Comienza con un extraño aniversario, el de la marcha de Jesús sobre Jerusalén, y termina con el más estupendo aniversario, el de la resurrección del mismo Jesús. ¿Te has fijado bien en esto? De muchos grandes personajes se recuerda todos los años, aunque no sea más que en una insignificante columna del periódico, el aniversario de su muerte; pero sólo de Jesucristo se recuerda su resurrección, y es que, si todos han muerto, sólo Jesucristo ha resucitado. La muerte y la resurrección de Jesús son los dos acontecimientos cumbres de la historia del mundo. Por eso es santa esta semana.

—¿Y usted querrá que yo vaya a misa todos los días de esta semana o que haga de nazareno en alguna procesión?

—No quería decirte tanto. No es necesario hacer de nazareno para ponerse a tono con la Semana Santa. Yo sé que no será para ti una semana como las demás. Vendrá el Jueves Santo, y aunque no vayas a visitar los sagrarios, sentirás un no sé qué allá dentro de ti que te dice que algo grande se conmemora ese día. ¡Algo grande! ¡Nada menos que la muerte dé Jesús! Ningún hombre en la tierra ha conseguido que se celebre así su muerte. Se recuerdan las fechas de algunas muertes recientes, pero cuando pasen media docena de siglos, ¿quién las recordará? Sobre la tumba de Jesús han pasado veinte siglos y parece que fue ayer. ¿No es esto extraordinario?

—Sí que lo es. Yo no le puedo negar a usted que se trata de un caso único en la Historia. Pero le advierto que yo pienso visitar los sagrarios el Jueves Santo.

—Me alegro. No por mí, que, aunque me considere amigo tuyo, ni me va ni me viene, sino por ti. Pero demuestra que tienes fe, una fe muy débil tal vez, pero que todavía no se ha apagado. No la apagues; reavívala todos los años en ese día. ¿Quién sabe las consecuencias que eso te podrá traer algún día? En todo caso, no te rías de los que creen con toda su alma; no lo tomes a broma, porque no está bien bromear de quien manifiesta una creencia con toda sinceridad y lealtad. Y, sobre todo, no te irrites contra ellos; a ti no te hacen daño alguno practicando sus creencias. ¿Que están engañados? ¿Que Jesucristo no se merece tales honores? ¿Que no crees que sea verdad que resucitara y saliera vivo de la tumba'? Bien; pero por eso no te vas a irritar. Ellos lo creen y obran en consecuencia.

—¡Si a mí no me molesta que lo crean!

—Mejor. Pero a algunos yo sé que les molesta, y como es posible que alguno de esos lea también estas líneas, te digo la lección a ti para que la aprendan ellos. En fin, que va a empezar la Semana Santa y que yo te aconsejo, como buen amigo, que pienses un poco seriamente, estos días. Si puedes, no dejes de presenciar alguna procesión. Y si se presenta la ocasión, no dejes

tampoco de escuchar a algún sacerdote de esos que predican en las iglesias o hablan por radio. Verás qué bien te hace.

13 de abril

XII

Sobre si será verdad que Jesucristo resucitó

Mañana será un gran día. Hoy es Sábado de Gloria. ¿Sabes tú, lector amigo, por qué le llamamos de gloria? Quizá no sepas que esta denominación que empleamos tan corrientemente, que este día de estrenos, en que cines y teatros abren de nuevo sus puertas, ofreciendo las grandes novedades del año artístico, se llama así porque lo quiere la Liturgia católica.

—¿Cómo es eso? ¿También esto tiene que ver con la Iglesia?

—También, amigo, también. Los ángeles de Belén fueron los primeros que cantaron aquello de «gloria a Dios en las alturas». En las misas se canta una especie de himno que empieza con las mismas palabras de los ángeles de Belén. Ese himno no se ha cantado en los templos durante los días que han conmemorado la pasión y muerte del Señor. Hoy se ha vuelto a cantar en la misa y por eso a este día se le llama Sábado de Gloria.

—Una cosa que yo no sabía.

—Y que ahora ya sabes. Lo que no te extrañará es que cantemos el gloria en estos días de la Resurrección de Jesús. Es la fiesta mayor de la religión cristiana. Supongo que no habrás olvidado el Credo. Pues bien, allá, hacia el final, decimos: «Creo que Jesucristo resucitó, al tercero día, de entre los muertos.»

—No, no lo he olvidado; pero, a decir verdad, yo siempre lo he dicho por rutina, sin pararme a pensar en ello. Cuando lo pienso, ¿qué quiere usted que le diga?, me parece que no lo creo de verdad. ¿Cómo va a resucitar un muerto?

—También yo me lo pregunto, y, sin embargo, creo que es posible. Yo creo en Dios, ¿sabes? Creo que todo lo puede y, por tanto, que puede resucitar a un muerto. Además, creo que Jesucristo era y es Dios y que, por consiguiente, podía devolverse la vida a sí mismo, es decir, a la naturaleza humana a la cual se había unido. El y sólo El puede resucitar.

—Usted cree todo eso y con usted lo creen todos los verdaderos cristianos. Pero ¿qué dicen de eso los historiadores? ¿Por qué niegan la resurrección?

—Ellos sabrán por qué. Yo lo que te digo es que se trata de un hecho con todas las garantías a su favor. Nada menos que cuatro historiadores contemporáneos del suceso lo atestiguan; cuatro, que escribieron la vida de Jesús. Y cuentan que, después de resucitado, vieron a Jesús y hablaron con El centenares de personas. Y muchas de esas personas arrostraron la muerte por afirmar que le habían visto resucitado.

—Bueno, pero entonces los historiadores que no creen en la resurrección de Jesús, ¿qué dicen? ¿Cómo se las arreglan para explicar los Evangelios?

—Pues muy mal, se las arreglan muy mal. Tratan de escabullirse como pueden. Buscan explicaciones. Hace ya doscientos años que andan tras de una explicación que les satisfaga. Ya han encontrado muchas.

—¿Y ninguna les satisface?

—A cada uno le satisface la suya. Pero a ninguno le satisfacen las de los demás. Mientras encuentran una explicación que satisfaga a todo el mundo, siguen negando que Cristo resucitara. Qué es de lo que se trata. La explicación es lo de menos. Parten de que Cristo no ha podido resucitar. (Es un prejuicio, como ves; pero cuando les conviene, no tienen inconveniente en partir de un prejuicio.) Ellos dicen: «Cristo no pudo resucitar, luego no es verdad que resucitó.» Nosotros, en cambio, decimos: «Cristo resucitó, luego pudo resucitar.» Nosotros aceptamos el hecho histórico y buscamos su explicación; ellos aceptan un prejuicio y procuran acomodar el hecho histórico a dicho prejuicio.

—Y ¿cuál es la última explicación, la más moderna; que han dado de la pretendida resurrección?

—Muy sencillo. En vista de que ninguna era satisfactoria, se ha inventado una nada complicada. ¿A ti no te parece que para negar que haya resucitado, lo más seguro es negar que haya existido?

—Hombre, ¿pero no habrán negado la existencia de Jesucristo?

—Te parece enorme, ¿verdad? Pues sí, amigo, sí; la han negado, la niegan. Ahora resulta que Jesucristo no ha existido; es un personaje de novela, como Don Quijote. Y esto lo dice un hombre tan serio como el doctor Couchoud, que ha escrito varios libros con la pretensión de demostrar que nos hemos equivocado todos, los unos y los otros. Jesucristo no ha existido. Y esto se escribe en nuestros días. ¿Qué te parece?

20 de abril

XIII

Sobre si Jesucristo redimió sólo a los ricos

Cerrado ya el paréntesis de la Semana Santa, reanudamos nuestra conversación, sobre temas religiosos y sociales. Recordarás, lector amigo, que yo sostenía la tesis de que en las grandes ciudades y en algunas zonas campesinas las personas de la clase humilde y menos acomodada han sido víctimas, en su gran mayoría, de un timo en gran escala. Falsos redentores os han prometido poco menos que un paraíso en la tierra a cambio de renunciar al auténtico paraíso que, según Jesucristo, aguarda, después de la muerte, a los que creen en El y practican su doctrina.

—Sí, lo recuerdo todo. Y perdóneme que le diga que no creo que dos hayan timado.

—Tú no lo creerás y yo no puedo demostrarte ahora la verdad de mi tesis, si es que has perdido la fe que tenías. El hecho es, y no me lo negarás, que hasta ahora no se ve por ninguna parte ese paraíso prometido. A muchos os han arrancado la fe, pero que yo sepa, no os han dado el paraíso. Claro que tú me dirás que ya llegará ese paraíso algún día. Te lo voy a conceder, pero, mientras tanto, tú, querido amigo, tú te morirás sin haberlo visto, y si es verdad la fe cristiana que yo profeso, tampoco llegarás al paraíso que Cristo tiene prometido a los suyos.

—El caso es que yo creo en Jesucristo. En quien no creo es en las jerarquías que gobiernan la Iglesia.

—¿Qué es eso de que no crees en las jerarquías de la Iglesia? Me parece que sufres una confusión. Los cristianos creemos que la Iglesia fue fundada por Jesucristo y que quien la obedezca y cumpla lo que ella manda se salvará. Pero no creemos que todo lo que digan las jerarquías por su propia cuenta esté acer-

tado; de ninguna manera; nosotros sabemos que las jerarquías (salvo el Papa cuando habla *ex cathedra*) se pueden equivocar y ¿qué duda cabe que a veces andan despistadas? Tampoco creemos que todo lo que hacen sea santo y bueno, ni que su conducta esté siempre ajustada a las directrices señaladas por Cristo. Los jerarcas de la Iglesia son también hombres y pecadores, y como hombres y pecadores que son, cometen sus faltas y sus pecados. ¿Te extrañan estas afirmaciones en mis labios? Pues no te debían extrañar; los sacerdotes no son ángeles; pero porque no lo sean, ¿vas a dejar de creer en Cristo y de pertenecer a su Iglesia? No sería lógico.

—Mire, le voy a decir lo que pienso. Yo pienso que los pobres han sido defraudados por los que han ocupado y ocupan los altos puestos de la Iglesia y por los «mercaderes» que la sostienen. Si Cristo vino a redimirnos, sólo redimió a los ricos. A mi juicio, la doctrina de Cristo ha sido desvirtuada por los jerarcas eclesiásticos, y los pobres han huido por sentirse abandonados.

—Te repito que no todos los pobres han huido de la Iglesia. Hay millones y millones de pobres en el mundo que siguen fieles a Cristo y a la Iglesia, y como Cristo dijo, «de ellos es el Reino de los cielos». ¿El reino de la tierra? Ese es de los que saben conformarse con lo que tienen, poco o mucho. Esos pobres que han huido de la Iglesia, ¿han encontrado fuera de ella la felicidad que buscaban? Los que gozamos de alguna jerarquía dentro de la Iglesia tenemos precisamente una misión: la de levantar nuestra voz contra eso que tú muy justamente llamas desvirtuación de la doctrina cristiana. Huir de la Iglesia, cuya doctrina sabemos que es la única verdadera, porque algunos no entienden bien esa doctrina, me parece un grave error. En cuanto a que Cristo sólo haya redimido a los ricos, tengo que decirte que, si hablas de la Redención del pecado, esa Redención se opera por el Bautismo, que también reciben los pobres, y si hablas de la redención de la pobreza, no es Cristo quien les ha redimido: son ellos mismos los que se han redimido, más veces por caminos lícitos y otras por la injusticia y el abuso. Quien se haya redimido de la pobreza por estos procedimientos no entrará en el Reino que Cristo ha prometido a los suyos. Y como hay tela todavía en el telar, lo dejaremos para el sábado próximo.

27 de abril

XIV

Sobre si la Iglesia canta las verdades a los ricos

No dejes de leer esta columna, lector, Cuando la hayas leído, me dirás si no he tenido razón al hacerte la advertencia. Y hasta es probable que en adelante la leas ya todos los sábados. La escribo expresamente para ti, Y converso contigo; contigo, que tienes fe en Jesucristo. Pero también contigo, que prácticamente has perdido la fe o que nunca la tuviste, porque ya desde pequeño te educaron en un ambiente sin fe.

—Pero ¿qué fe podremos tener los que no comemos, ni podemos vestirnos ni calzarnos; los que no tenemos ni humor para sacar a nuestros hijos al sol, porque las preocupaciones económicas nos desesperan?

—Sí; me hago cargo de tu situación angustiosa. Lo que no comprendo es por qué esa situación te va a impedir tener fe en Jesucristo. ¿Es que hay que ser rico para creer que después de esta vida hay otra? ¿Hace falta haber comido bien y llevar zapatos nuevos para creer que Jesucristo fue el Hijo de Dios, que murió en una cruz para que Dios nos abriera las puertas de la felicidad eterna? No lo comprendo. Yo creo que eso será verdad o mentira independientemente de que seas rico o pobre. Si un día llegas a salir de esa situación que te agobia, ¿piensas que entonces creerás en Jesucristo? Me extraña. ¿No sabes tú que entre los santos que los cristianos veneramos hoy en los altares hay algunos que fueron mendigos toda su vida y murieron en la miseria? Por si no lo sabes, me voy a referir solamente a San Benito Labre.

—No es eso. Yo sigo siendo cristiano. Me he educado en el cristianismo. Pero...

—No entiendo. Eres cristiano, pero has dejado de creer. ¿Me puedes explicar ese lío? ¿Qué clase de cristianismo, es el tuyo?

—Yo no practico absolutamente ninguno de los preceptos de la Iglesia. Ni espero que ella me emancipe, puesto que en veinte siglos ni siquiera lo ha intentado.

—¡Ah, vamos! Tú lo que no crees es que la Iglesia te saque de tus apuros económicos. Entonces, ¿tú eras cristiano porque con eso creías que no habías de ser pobre? Seguimos sin entendernos. Tú concibes la Iglesia como una organización humana, fundada con vistas a una distribución equitativa de la riqueza. Pues no; no es eso exactamente. La Iglesia es una organización religiosa, fundada por el Hijo de Dios para que por ella nos ganemos no una vida terrena holgada, sino una vida eterna feliz. Y esto, como te dije, se puede conseguir, aun siendo mendigo. Pero Jesucristo trazó unas normas, y el que se precie de buen cristiano tiene que seguirlas. Algunas de ellas se refieren al uso que hay que hacer de las riquezas.

—¿Y siguen esas normas tantos ricos que se llaman cristianos? ¿Qué me dice usted de las familias cristianas que con el pan y las alubias de racionamiento mantienen sus perros y perros, a la vista de los obreros que trabajan en su casa?

—¿Qué te digo? Que no saben lo que es el cristianismo, que en eso no obedecen las normas de Cristo, que no hacen buen uso de los bienes superfluos. Según la doctrina de Cristo, los bienes que sobran pertenecen a los pobres, a los necesitados. Y el rico que no da lo que le sobra cuando hay necesitados a la vista, está robando a los pobres, porque esos bienes no son ya suyos, sino de los pobres. Esto es lo que yo digo. Y lo digo aquí, donde también lo pueden leer los ricos. Pero yo no puedo obligarles por la fuerza a que den lo superfluo a los pobres. Ni la Iglesia obliga por la fuerza, puesto que no tiene fuerza, a practicar la caridad. Como tampoco te obliga a ti por la fuerza a ir a misa los domingos ni a confesarte ni a comulgar. La Iglesia dice a cada uno lo que tiene que hacer. Si luego no lo hace, allá cada cual con su conciencia. Y dime: los ricos que no son cristianos, ¿son, por ventura, mejores?, ¿son más caritativos? De todo habrá en la viña del Señor.

—¿Y por qué no dicen ustedes esas cosas a los ricos?

—¿Quién te ha dicho que no se las decimos? De mí te respondo que no me callo cuando llega la ocasión. ¿Los demás? Los demás, ellos verán lo que hacen, pero están tan obligados como yo a cantar las verdades.

4 de mayo

XV

Sobre si hay que creer en los curas

Te confieso, lector, que no soy un santo. No soy tan orgulloso ni tan imbécil para dármelas de santo. Si has leído otras veces estas mis conversaciones, ya te habrás ido dado cuenta de que mi pecado no es el orgullo. Tampoco lo es la hipocresía; podré estar mal informado sobre muchas cosas, podré estar equivocado en algunas, pero te aseguro que lo que escribo, lo escribo con el corazón, con toda sinceridad. Y sentiría mucho que me creyeras un farsante más en esta gran farsa que para muchos es la vida. Cuando yo hablo de Cristo y digo que es el mismo Dios hecho hombre, es porque lo creo de verdad. Y cuando digo que la Iglesia católica es la organización religiosa dentro de la cual Dios quiere que le sirvamos, es también porque lo creo.

—Pues mire usted: eso es lo que yo no creo, que la Iglesia sea una cosa en la que haya que creer. Yo no creo en la Iglesia ni en los curas.

—Vamos a cuentas. ¿Qué quieres decir con eso de que no crees en la Iglesia? Tenemos que aclarar tú y yo, y muy bien aclarado, esto de que no crees en la Iglesia ni en los curas. Una cosa es la Iglesia y otra cosa son los curas. Empecemos por los curas. ¿Qué es lo que tú no crees?

—Yo no creo que sean santos. Yo creo que son hombres como los demás; que, a veces, son más apegados al dinero y a las comodidades que los que no somos católicos o lo somos a medias; que no cumplen ellos mismos las cosas que mandan cumplir a los otros; que no llevan a la práctica muchas de la cosas que están mandadas en el Evangelio; que han desvirtuado en muchos puntos la doctrina de Cristo...

—¡Acabáramos! ¿Y eso es lo que tú llamas no creer en los curas? Pues si es eso, tampoco yo creo en ellos. ¡Si sabré cómo son los curas! Todo eso que tú afirmas lo afirmo yo también. Claro que yo no generalizaría tanto como tú. Hay sacerdotes y sacerdotes. No todos son iguales. Ocurre con los sacerdotes como con los médicos o los abogados o los albañiles.

—Entonces, ¿usted cree que los sacerdotes...?

—Sí, hombre, sí; yo creo que hay sacerdotes que están muy apegados al dinero, demasiado apegados; yo creo que los hay muy comodones, que son, como se suele decir, «curas de misa y olla»; creo que los hay que echan rayos y centellas contra los pecadores y ellos mismos son grandes pecadores; creo, en una palabra, que, aunque hayan recibido los tremendos poderes sacerdotales, son hombres, y porque son hombres, hacen muchas veces verdaderas «hombradas», es decir, cometen injusticias e indignidades.

—Nunca creí que usted pudiera reconocer estas cosas.

—Pues ya ves, reconozco estas cosas y muchas más. Pero no me negarás que al lado de sacerdotes como esos hay otros que son admirables; sacerdotes desprendidos, generosos, limosneros; sacerdotes que viven pobremente y sin comodidad alguna, porque viven para los demás y no para ellos; sacerdotes que trabajan y se agotan hasta perder la salud, que cumplen lo que predican, que dan el ejemplo de lo que enseñan; sacerdotes que cantan las verdades a todo el mundo, a los poderosos y a los humildes, a los pobres y a los ricos; sacerdotes tan enamorados de Cristo y tan cumplidores de su doctrina que son capaces de arrostrarlo todo antes que faltar a su deber; en una palabra: sacerdotes santos.

—¿Y por qué no son todos así? Si todos los sacerdotes fueran así, yo no tendría inconveniente en creer en ellos.

—No pidas gollerías. Los sacerdotes son hombres, ¿y quieres que no sean pecadores? Si estás esperando que todos, absolutamente todos, sean santos, creo que nunca creerás en ellos, porque nunca lo serán. La santidad no es cosa de todos los días. Pero sobre esto continuaremos conversando el sábado que viene.

15 de mayo

XVI

Sobre lo que puede hoy la Iglesia

Vamos a continuar conversando. Decíamos, amigo que me hablas todos los sábados, que no todos los representantes de la Iglesia son santos. Sí, los sacerdotes no son ángeles, son hombres y, como todos, hacen muchas veces de las suyas. En general, sin embargo, se mantienen en un nivel de vida moral muy decoroso y superior al de la mayoría de los católicos. De todas maneras, no es lícito achacar a la Iglesia culpas que son de los hombres. ¡Cuántas veces se confunde a la Iglesia con un sacerdote egoísta o malhumorado! Y porque un sacerdote no sea un santo ¿vas a decir que en la Iglesia todo es mentira?

—No; tanto, no. Yo no soy de esos brutos que afirman que todo lo que dicen los curas es mentira. Yo soy razonable. Yo comprendo y disculpo las fragilidades humanas; pero ¿no te parece a usted que los representantes de la Iglesia están desvirtuando la doctrina de Jesucristo?

—No digo que en algunos puntos no se estén apartando de lo que Jesucristo pretendió enseñar. ¿A qué te refieres tú concretamente?

—Me refiero concretamente a la manera cómo se comportan con los ricos. ¿Por qué los sacerdotes se han echado en manos de los ricos? ¿Por qué se han alejado de los pobres? ¿Por qué no cantan a los ricos las verdades del Evangelio ¿Por qué consienten que mientras los ricos no se privan de un capricho los pobres se mueren de hambre? ¿Es eso lo que quería Jesucristo?

—Creo que exageras, amigo. Hablas por lo que te han contado, por lo que has oído. ¿Conoces a muchos sacerdotes de nuestras aldeas españolas? ¿Has visto qué sotanas tan verdes y

raídas usan? ¿Conoces, en Madrid mismo, lo que están haciendo por los pobres muchos párrocos de nuestros suburbios? ¿Les has oído halagar alguna vez a los ricos? Me parece que no eres justo con ellos y que hablas sin conocimiento de causa.

—Será verdad que los sacerdotes no halagan a los ricos, por lo menos cuando hablan en público; pero lo que yo digo es que no se muerden entre sí. ¿Por qué los sacerdotes, en vez de predicar tanto, no obligan a los ricos a que repartan sus riquezas con los pobres?

—¿Por qué no les obligan? Porque los sacerdotes no tienen fuerza coactiva. Aunque quisiera, la Iglesia no tiene fuerza para exigir eficazmente que los ricos hagan uso cristiano de sus riquezas.

—¿Que no tiene fuerza la Iglesia? ¡Vamos! ¿Pues no lo puede hoy todo la Iglesia? ¡Si precisamente no se hace hoy más que lo que ella quiere y manda!

—Eso son cuentos, y no te enfades porque te lo diga. Yo estoy ya harto de que me digan que los sacerdotes hoy lo pueden todo, como si tuvieran a su disposición no sólo las arcas de los Bancos, sino hasta las de las casas particulares. No, amigo, no. Los sacerdotes pueden hablar, aconsejar, gritar, decir que no se practica la virtud de la caridad, pero de ahí no pueden pasar. No disponen de fuerza coactiva para obligar a practicar la caridad. No hay que confundir la fuerza moral con la fuerza física.

—Pues cuando quiere, bien obliga la Iglesia.

—Te equivocas. La Iglesia nunca emplea la fuerza física, Porque no la tiene. El que puede obligar coactivamente es el Estado, pero el Estado no es la Iglesia; no lo es aun cuando se trate de un Estado oficialmente cristiano y católico. Lo que ocurre es que tú tampoco distingues lo uno de lo otro y confundes lo divino con lo humano. Vamos a ver: la Iglesia manda oír misa todos los domingos; obliga, pero obliga sólo moralmente. ¿Vas tú a misa todos los domingos? No, ¿verdad? ¿Te ha obligado la Iglesia por la fuerza a ir a misa los domingos? No; ella te ruega, te exhorta, te manda de palabra, pero de ahí no pasa. Si no quieres, no vas. Pues, entonces, ¿por qué pides que la Iglesia obligue por la fuerza

a los ricos a que compartan su riqueza con los pobres? Piensa bien estas cosas, y el sábado próximo continuaremos hablando.

22 de mayo

XVII

Sobre las razones de la incredulidad de muchos españoles

Me encanta conversar contigo, amigo lector, porque sé que eres de buena fe. Cuando se tiene buena fe por ambas partes, se podrá o no estar de acuerdo, pero siempre se termina bien. Lo malo es que no todos van de buena fe. Lo malo y lo triste. Porque yo podré equivocarme, pero nunca a sabiendas cierro los ojos a la luz. Tú, que me lees todos los sábados, sabes muy bien que yo hablo con el corazón en la mano, que reconozco lo malo donde lo veo, que no callo lo que pudiera ir en contra de mi fe de cristiano. Pues bien: hay quienes se empeñan en decir que soy un sofista y que trato de engañarte.

—¿Hay quien dice eso? Pues quien lo dice le ofende a usted y me ofende a mí, porque yo, que pongo a veces mis reparos a sus afirmaciones, no dejo de reconocer su buena fe y sé perfectamente que no pretende engañarme. Usted es cristiano, y porque lo es desearía que yo lo fuera también y que lo fueran sus lectores. Esto es perfectamente lícito. Yo tengo mis dudas y usted procura desvanecerlas. Por consiguiente...

—Sí; pero tú vas de buena fe. Tú lees lo que yo escribo, lo lees despacio, lo meditas con calma y muchas veces me das la razón. Pero algunos lo leen con el prejuicio de que todo lo que digo tiene que ser mentira, pasan por alto lo que les conviene y no toman nota de muchas afirmaciones que hago.

—¿Y qué razones alegan en contra de la religión?

—Siempre las mismas. Y, por cierto, unas razones que tienen bien poca consistencia. Dicen, por ejemplo, que tal sacerdote dijo un día desde el púlpito una tontería cualquiera. Por eso no son

cristianos. ¡Como si el sacerdote católico fuera infalible! He dicho ya más de una vez que del hecho de que un sacerdote no cumpla con su deber o un obispo no sea un santo no se puede concluir que la Iglesia católica sea una soberana mentira.

—Sí; eso lo ha explicado usted bien claro más de una vez. Tampoco yo distinguía eso muy bien antes; pero ahora veo bien claro que la Iglesia no es responsable de que muchos de los que se dicen sus hijos no pongan en práctica las doctrinas que ella enseña. La doctrina es verdadera y es buena. ¿Qué importa que algunos no la practiquen? Por eso no vamos a decir que hay que acabar con la Iglesia. Yo supongo que en todas las religiones pasará lo mismo.

—Lo mismo, amigo, lo mismo. En todas las religiones y en todas las asociaciones humanas. Cuando el ideal de vida que se propone es elevado y para realizarlo se exige un gran sacrificio, siempre habrá quienes no sean capaces de realizarlo por completo. ¿Tú crees que todos los mahometanos cumplen los preceptos de la religión de Mahoma? ¿Crees que los protestantes practican todos lo que mandan las sectas protestantes? Yo no soy protestante ni mahometano, pero no lo soy por otras razones más serias y profundas, no porque el de más acá o el de más allá, cumpla o deje de cumplir lo que su religión le ordena.

—¿No le parece a usted que en España el que no es católico es sencillamente porque no quiere serlo, no porque tenga motivos para no serlo?

—Efectivamente, eso creo yo. En realidad, no son católicos porque no les da la gana. Esa es la única razón. Lo demás, los motivos que dicen que tienen para no serlo, no son más que excusas y ganas de justificar una actitud que han adoptado independientemente de esos pretendidos motivos. A mí no me molesta que un español no sea católico; es más, tengo muy buenos amigos que no lo son. Lo que no comprendo es por qué el que no es católico haya de decir que los que lo somos seamos unos tales y unos cuales. Yo procuro hacer ver que la religión católica es verdadera, pero lo hago sin insultar a nadie. Ni creo que el insulto sea una manera humana de reaccionar. Yo expongo mis ideas católicas. ¿Que el lector no las comparte? No por eso le voy a insultar. Le estrecho la mano y... tan amigos.

29 de mayo

XVIII

Sobre si un obrero pobre e incrédulo puede llegar a hacerse católico

Hoy, amigo lector, no vamos a conversar. Hoy vas a leer una carta que he recibido y de la que seguramente sacarás más provecho que de mis peroratas. ¿Qué de quién es la carta? Léela y lo verás. Como trae bastantes faltas de ortografía, yo no haré más que transcribírtela sin faltas; sólo, pues, la transcripción es mía; todo lo demás es de mi comunicante, Dice así:

«Reverendo Padre: Aunque soy un rústico campesino, criado en la más remota aldea de Asturias y en la mayor pobreza, creo en la Iglesia y en lo que dicen los sacerdotes. A los veinte años fui a Madrid en busca de un pedazo de pan. Hasta los veinticuatro años no tuve conocimientos de religión, pero en la última casa en que estuve iba a misa porque me lo mandaban y sabía ya el catecismo, pero no entendía una palabra de su contenido.

Como aquí los sueldos eran muy mezquinos, embarqué para Cuba el año 3 de este siglo y allí me coloqué en seguida, ganando 16 duros, casa y comida abundante. Iniciado nada más que por el catecismo que oía explicar a un sacerdote en la misa, me aparté de las corrientes mundanas, que, desde luego, son las que producen el desastre de la Humanidad, y empecé a mandar a mis padres lo que ganaba y no hubo más hambre en la choza solariega.

Después conseguí algún libro de más explicación que el catecismo y entonces ya me interesé más en las prácticas religiosas. En veinte años que estuve por América trabajé en casas buenas y gané bastante buenos sueldos, y en todas las

casas tenía tiempo para ir a misa y los sacerdotes nunca me dieron malos consejos y a ellos y a la religión les debo todo lo que soy, porque algunos contemporáneos míos, que por la ignorancia no supieron apartarse de los vicios, les costó la vida.

Estuve también en Buenos Aires, y allí iba a misa todos los días y pertenecí a la Adoración Nocturna. Estando en la capital, si puedo, voy todos los días a misa; me levanto bien temprano y voy a las primeras misas. En la aldea no voy más que los días festivos, porque queda lejos la iglesia.

Respecto a los sacerdotes, no puedo hablar más que de los de mi parroquia, Quinta, y de otra cercana, Merribés, y éstos, a mi juicio, son un modelo, porque son muy sencillos en su trato, desinteresados y muy caritativos con los pobres. Como no estoy preparado, no puedo escribir para los periódicos, que tendría mucho gusto en hacerlo para el periódico «Pueblo» y en mandar el periódico a la aldea.

Allí, en la aldea, vivimos poco menos que como los indios de América hasta que llegó Colón y los demás españoles, que llegaron con la espada y con la cruz. Porque las gentes sin cultura somos como la tierra sin cultivo, que no produce nada más que cardos y abrojos. Yo creo que debiera extenderse la religión a todos los rincones de la Patria.

En fin, no quiero molestarle más. Tengo sesenta y seis años. Si para algo le puedo ser útil, estoy a su disposición. Y, por tanto, de su Reverencia s. s. q. b. s. m...»

¿Qué te ha parecido, amigo lector, la carta del asturiano? No creas que me la haya inventado yo. Es rigurosamente auténtica y, por si lo dudas, a tu disposición la conservo.

¿Sabes lo que a mí se me ocurre pensar a la vista de ella? Muchas cosas, desde luego. Pero la más importante es que para creer en la Iglesia y practicar la religión cristiana no es necesario haberlo hecho desde pequeño: ahí tienes uno que empezó a practicarla a los veinticuatro años. Tampoco es necesario ser rico: ahí tienes un pobre campesino, luego un modesto trabajador, bien pobre, durante toda su vida. Como tampoco es necesario ser un sabio: ahí tienes un hombre que apenas si sabe escribir una carta, con bastante mala letra y muchas faltas de ortografía. Ni es nece-

sario quedarse en España: ahí tienes un español que ha rodado veinte años por América y ha vuelto más cristiano de lo que se fue.

Piensa despacio estas cosas, que te vendrá muy bien.

5 de junio

XIX

Sobre sí los sacerdotes creen lo que predican

Si leíste, amigo lector, la carta de un asturiano en mi columna del pasado sábado, habrás podido ver que se puede ser un obrero, un trabajador y tener religión. Claro que eso lo sabías tú ya. Tú sabes muy bien que lo mismo pueden ser católicos los obreros que los patronos.

—Sí, lo sé; ¿a qué lo voy a negar? Yo mismo conozco obreros, tan humildes y pobres como yo, que creen en la Iglesia, que van a misa los domingos, que veneran a los sacerdotes y no tienen reparo alguno en proclamar que son cristianos.

—Pues si lo sabes, ¿por qué dices que un obrero no debe ser cristiano? ¿Por qué llamas traidor a la clase obrera a los que tienen religión? Tú blasonas de libertad, reclamas libertad para ti, no quieres que nadie se meta en tu conciencia y te quiera obligar a ser cristiano. ¿Por qué entonces no respetas la libertad de los demás? ¿Por qué te molesta que otros sean cristianos? Me parece que el verdadero intransigente eres tú, el verdadero fanático eres tú. Haz lo que quieras, pero deja que los demás sean cristianos si les da la gana.

—Es que a mí me molesta que se dejen engañar. Yo creo que los sacerdotes tienen interés en mantener la religión porque viven de ella, pero ellos mismos no creen lo que predican. Predican para vivir, a sabiendas de que lo que dicen no es verdad. ¿Creen los sacerdotes en el cielo y el infierno?

—Hombre, eso es mucho afirmar. A un obrero se le puede engañar, pero ¿a un intelectual? Tú sabes que ha habido y ha hombres sabios, muchos hombres sabios, que no viven de la religión y creen en ella. No creen porque les engañan los sacerdotes,

ya que ellos son bastante listos para no dejarse engañar. Y no sólo creen, sino que están dispuestas a todo, aún a la muerte, antes que renegar de sus creencias. ¿Cómo explica tú esto? En cuanto a que los sacerdotes no crean en el cielo ni en el infierno, en Dios ni en el diablo, ¿por qué afirmas eso? ¿Tienes algún fundamento para pensarlo? Me parece que ha habido en España, sin ir más lejos, millares de sacerdotes que han dado su vida en prueba de su fe; muchos se hubieran salvado con sólo renegar de ella; es más, hubieran podido vivir mucho mejor. Si no lo hicieron, es porque de verdad creían. Lo menos que puedes hacer es reconocer su fe y su valor. De lo contrario, les calumnias, porque calumnia es decir que son unos mentirosos. Piensa que van ya veinte siglos de cristianismo y que sería mucha farsa que se mantuviera frente a todas las persecuciones y prosperara contra todas las resistencia una religión cuyos representantes no son más que unos vulgares comediantes. Sí, sería demasiada comedia.

—Pues si de verdad creen todo lo que dicen, ¿por qué no son mejores de lo que son? ¿Por qué no practican las virtudes que predican?

—¡Siempre la misma canción! ¿Por qué no son santos? En primer lugar, ha habido muchos santos entre los sacerdotes. Refiriéndonos solamente a tiempos bien recientes, ¿puedes pedir mayor santidad a un Juan María Vianney, a un Juan Bosco, a un Padre Manjón? Y tantos y tantos más cuyas vidas desconoces. No hablemos de los misioneros, que ésos constituyen un capítulo aparte, largo y glorioso. Los que no son santos, ¿por qué no lo son? Porque no es lo mismo predicar que dar trigo, como se suele decir; porque ser santo requiere un valor heroico y no todos son héroes; porque la meta que se propone muy es elevada y no siempre alcanzan las fuerzas. Pero porque algunos no cumplan como deben ni practiquen las virtudes que recomiendan no vas a decir que las virtudes son malas; ni porque muchos no ajusten su conducta a su fe vas a concluir que es falso lo que creen, o, peor aún, que no tienen fe. Por ese procedimiento no sólo se derrumbarían todas las religiones, sino que no quedaría en pie ninguna institución humana.

12 de junio

XX

Sobre lo que yo vi en unos talleres

Acabo de pasar tres días, lector amigo, entre obreros y entre niños de obreros. ¿A que no sabes dónde he estado? Yo no conocía aquello más que de oídas y no podía suponerme que dentro del mismo Madrid hubiera una obra en la que tan palmariamente aparece que se puede ser obrero y cristiano; pero obrero de verdad y cristiano de verdad.

—¿Dónde ha estado usted?

—En las escuelas y talleres que dirigen los Padres Salesianos, en la que todavía llama la gente la Ronda de Atocha. ¡Qué maravilla! Allí hay unos sacerdotes entregados a una obra de caridad de volumen gigantesco; ellos viven modestamente, visten vulgares sotanas y son alegres, muy alegres. Se respira allí la vida. ¿Tú no llegaste a ver la película «Siguiendo mi camino»? Pues si un día te asomas a la obra salesiana que yo acabo de ver, te convencerás de que también en España hay sacerdotes que siguen su camino. Muchas cosas podría contarte, y muy, buenas, de esa gran obra.

—Algo he oído hablar de los salesianos. ¿No es ésa la fundación de aquel célebre Don Bosco?

—Esa es. ¿Y sabes quién era y cómo era Don Bosco? No puedo yo aquí ni siquiera esbozar su inmensa figura, porque Don Bosco más que un hombre de carne y hueso, parece un hombre de leyenda. Pero sí puedo asegurarte que, pobre él mismo, fue un enamorado de las clases humildes. Enamorado de verdad, porque no se contentó, como tantos otros apóstoles de los obreros, con echar discursos y hacer promesas, sino que pasó toda su vida viviendo con ellos y para ellos. No fundó ningún partido político

obrero, pero fundó una Orden religiosa que está haciendo mucho bien a los obreros en todo el mundo. Hay cientos de casas silesianas en Europa y América que siguen poniendo en práctica las consignas religiosas y sociales que recibieron de Don Bosco.

—¿De verdad que era tan amante de los obreros ese hombre? ¿Por qué entonces no le conozco yo, como conozco a Marx, a Lenin y a tantos grandes hombres del socialismo?

—Sin duda, porque a éstos no les interesa que le conozcas. Si de verdad ellos quisieran tanto a los obreros, te aconsejarían que conocieras su vida y su obra; pero me sospecho que lo que no quieren es que tú sepas que el practicar la religión de Cristo en nada se opone a luchar por el mejoramiento de la vida que ellos propugnan.

—¿Me quiere usted hacer creer que fue un socialista y un revolucionario?

—Socialista, si por tal se entiende al que cree que no es compatible ser obrero y ser cristiano, no lo fue. Revolucionario, si por revolución se entiende quitar al obrero todo sentimiento religioso, tampoco lo fue. Pero fue un adelantado no teórico, sino práctico, de los avances sociales y de la verdadera revolución cristiana.

—Y los frailes que él fundó, ¿conservan su espíritu o se han dejado ya ganar por los burgueses y los ricos?

—Mira, te voy a dar un botón de muestra. En estos días toma posesión del Arzobispado de Valencia un fraile salesiano, monseñor Marcelino Olaechea. Este arzobispo es hijo de un obrero de las fábricas de Baracaldo, y él mismo proclama que bajo sus vestidos episcopales se siente hijo de un obrero y que hará por los obreros todo cuanto su posición le permita, tanto en el orden económico y social como, sobre todo, en el orden espiritual. En su escudo episcopal humean las chimeneas de las fábricas de su Baracaldo natal. Es un verdadero discípulo de Don Bosco, que, a su vez, lo fue de Jesucristo.

—No sé si creer cosas tan bonitas.

—No te digo que las creas. Te recomiendo que las veas. ¿Por qué no te pasas por una fundación salesiana? Si no te atreves a tanto, habla con algún obrero educado por los salesianos. El te contará muchas cosas.

17 de junio

XXI

Sobre si el cristianismo es la única religión universal

A mí, lector amigo, siempre me ha dado mucho que pensar una cualidad que parece exclusiva de la Iglesia católica. Tú ya sabes que hay media docena de religiones importantes en el mundo; supongo que no creerás que en todas partes ocurre como en España, donde, prácticamente, no hay más que la religión católica y donde, salvo insignificantes excepciones, el que no practica esta religión no practica ninguna. Hay otras religiones. Ninguna reúne una masa de adheridos como la nuestra. Pero no es eso lo que a mí me llama la atención; lo que me da que pensar es que solamente ella se llama «católica». ¿Sabes qué significa ese adjetivo?

—Pues no; no lo sé. Se dice siempre «la Iglesia católica»; pero le confieso que nunca he sabido qué es lo que significa esa palabra.

—Te lo explicaré. Se trata de una palabra griega, que quiere decir «universal». Y es que sólo la Iglesia católica aspira —y lo va consiguiendo— a la universalidad, es decir, a extenderse por el mundo, a todos los pueblos y a todas las razas. Sin contar los países en que los católicos son la mayoría, ¿en qué pueblos no hay ya núcleos, más o menos numerosos, de católicos? No hay país en la Tierra donde la Iglesia no tenga sembrada su semilla.

—En eso no había pensado yo. Entonces, las demás religiones ¿no son universales? ¿No aspiran a extenderse por todo el mundo?

—Pues no. Puedes examinarlas una por una. La religión mahometana no tiene adeptos fuera de dos núcleos raciales; el

animismo, el budismo, el confucionismo, el sintoísmo no se extienden más allá de las fronteras de los pueblos que las practican. No se extienden. En cambio, en medio de países animistas, budistas o confucionistas existen ya focos católicos, que, por cierto, están tomando de día en día un crecimiento alarmante. Hasta hace un siglo, apenas si había sacerdotes católicos que no provinieran de los países de abolengo católico; pero hoy en día hay ya millares de sacerdotes chinos, japoneses, indios, etc. Y no sólo sacerdotes; hay muchos obispos indígenas, y cada año va aumentando su número. Es más, en el último Consistorio, que tanta resonancia tuvo por el gran número de cardenales que en él fueron creados, fue creado cardenal un obispo chino. ¿Te das cuenta de la importancia de este detalle? Un chino ha llegado a ser príncipe de la Iglesia.

—Muy interesante. Pero ¿qué conclusiones quiere usted sacar de ahí? Porque me figuro que todo esto me lo está contando para ponerme luego frente a alguna conclusión.

—Sí, amigo; ese era mi propósito. Y la primera conclusión que yo saco de esa universalidad de la Iglesia católica es que no se le puede achacar su expansión actual y futura a causas raciales ni a espíritu nacionalista ni a conformaciones estrechas. Es una religión que se impone a todos los pueblos por su vitalidad interna y por la capacidad que tiene de conquistar las inteligencias, sean de donde fueren, y de satisfacer los anhelos humanos de todo corazón. Tú quizá no te puedas explicar esto; pero yo sí. Porque yo creo que mientras las demás religiones son un producto de algunos grandes hombres que supieron interpretar la psicología de sus pueblos respectivos, la religión católica no es un producto humano, sino una institución creada por el mismo Dios. ¿Cómo se explica si no que hombres de todas las razas, desde los sabios hasta los ignorantes, nos arrodillemos ante un judío y practiquemos una religión nacida entre el pueblo judío y organizada en sus comienzos exclusivamente por judíos? Si no fuera divina, no creo que nos sometiéramos a la Iglesia.

—No está mal razonado. La verdad que si la Iglesia no es divina, resulta humillante y vergonzoso que crean en ella hombres que, por otra parte, no pueden ver a los judíos. Y la otra conclusión que quería usted sacar, ¿cuál es?

—La otra es todavía más importante. Pero ésa te la voy a exponer otro día. Un saludo y hasta el sábado próximo.

24 de junio

XXII

Sobre que no hay quien pueda con la Iglesia Católica

Recordarás, lector y amigo, que el sábado último te decía yo que entre todas las religiones solamente la católica tiene, como su mismo nombre lo dice, un carácter marcadamente universal y que sólo ella cuenta prosélitos en todos los pueblos de la Tierra. Concluía yo que eso ya es un indicio, si no una prueba, de que no es una religión inventada por los hombres, sino revelada por el mismo Dios.

—Lo recuerdo y recuerdo también que del hecho de su universalidad iba usted a sacar otra conclusión muy importante. ¿Se puede saber cuál es?

—¡No faltaba más! Mi segunda conclusión es que, dada su universalidad y su extensión por todos los países, va a ser cada vez más difícil acabar con ella. Cuando la religión, en el primer siglo de su existencia, estaba circunscrita casi nada más que a Palestina y a la raza judía, hubiera sido relativamente fácil estrangularla. ¡Y vaya si se intentó! Pero no hubo manera de hacerla perecer. Más tarde, durante los tres primeros siglos, cuando la religión católica se hallaba íntegramente dentro de los límites del imperio romano, tampoco hubiera sido difícil aniquilarla; por lo menos, así parece. De hecho, los emperadores de Roma lanzaron contra ella persecución sobre persecución, sin conseguir nada. Los Papas iban cayendo uno tras otro al filo de la espada persecutoria, los cristianos morían mártires a centenares y a millares; pero la religión, en vez de debilitarse, se robustecía, hasta el punto que un ilustre escritor cristiano de aquel tiempo pudo decir que la sangre

de los mártires era semilla de cristianos. ¿No te va pareciendo extraño todo esto?

—Sí que me lo parece. No me explico cómo los emperadores romanos, tan omnipotentes, no pudieron desintegrar una organización tan endeble, que no contaba con ninguna fuerza material.

—Yo empiezo a sospechar que la organización sería endeble, pero el espíritu que la animaba debía de ser algo sobrehumano. Pues bien, pasada aquella primera etapa, cuando ya el mundo romano se había descompuesto y fraccionado, ¿quién iba a ser capaz de apagar aquel extraño fuego que se propagaba por todas aquellas partes?

—Yo creo que si se hubiera intentado de verdad...

—¿Crees que no se intentó? Si conocieras la historia de las persecuciones de la Iglesia, verías que nunca han faltado en el mundo gobernantes obsesionados con la idea, de raerla de la faz de la Tierra. Las persecuciones no se han interrumpido nunca. ¿Crees que hasta el siglo XX no se ha perseguido a la Iglesia?

—¿Y quién le dice a usted que lo que no se pudo conseguir hasta ahora no se vaya a conseguir algún día? Otras instituciones multiseculares se han derrumbado en un abrir y cerrar de ojos. ¿Por qué a la Iglesia católica no le puede suceder lo mismo?

—No lleva camino de ello. La Iglesia es ya universal y se halla firmemente establecida en la mayoría de los países del inundo. ¿Crees tú que llegarán a ponerse de acuerdo los gobernantes de todas las naciones para perseguir a una al catolicismo? No estoy muy seguro de eso. Hasta por espíritu de contradicción, cuando unos gobernantes se empeñan en perseguirla, los otros se complacen en otorgarle más amplia libertad. Ya es tarde; se ha extendido demasiado la Iglesia y ha echado raíces muy hondas en demasiados países. Se la perseguirá aquí o allí, pero apenas si se conseguirá causarle una herida leve. Quien pretenda aniquilarla hará el ridículo más espantoso. No hay quien pueda, no hay quien pueda con la roca de la Iglesia. Esta es mi conclusión. No sé si tú estarás de acuerdo conmigo; supongo que sí, porque no eres tonto y el argumento que he desarrollado en esta columna no dejará de hacerte reflexionar y concluir que con la Iglesia Católica no hay quien pueda.

31 de junio

XXIII

Sobre sí se derrumbará pronto la Iglesia

No hay quien pueda ton la Iglesia católica, te decía el sábado último, amigo lector. Nadie ha podido hasta ahora en veinte siglos. Y nadie podrá, por las razones que en mi última columna empecé a desarrollar. Si no se la pudo aniquilar cuando se hallaba circunscrita a reducidas dimensiones geográficas, ¿cómo se la va a abatir ahora que se ha extendido por todo el Globo y hay millones de católicos en todos los Continentes?

—¿Y por qué un movimiento mundial no ha de poder aniquilarla? Si algún día —cosa muy posible— el mundo llega a ser dominado por un único movimiento internacional y ese movimiento se lo propone de verdad —lo que también es muy posible— ¿cómo se podrá defender la Iglesia?

—Me parecen tus palabras, querido amigo, el eco de una famosa frase de Voltaire. ¿Recuerdas quién era este gran enemigo de la Iglesia? Pues un día se le ocurrió lanzar esta baladronada: «Ya estoy harto de oír continuamente decir que bastaron doce hombres para fundar el Cristianismo. Me entran ganas de probar que basta uno solo para destruirlo.» Pero se quedó con las ganas. ¡Lástima que no lo quiso probar! Hubiéramos podido comprobar cómo Voltaire hacía el ridículo. Tú ahora pareces lanzar de nuevo la misma idea y abrigar la esperanza de que un solo hombre, al frente de un movimiento revolucionario mundial, pueda hacer lo que Voltaire no hizo ¡por falta de ganas!

—¿No cree usted que las cosas se van poniendo cada vez peor para el catolicismo?

—No lo creo. Y si tú lo crees, es que no has estudiado bien la Historia. Te contaré una anécdota. En el siglo pasado, un gran estadista alemán, Bismarck, desató contra la Iglesia en Alemania una furiosa persecución, que se llamó «guerra por la cultura». Pues bien, entre las caricaturas que los católicos hicieron circular entonces hubo una que representaba una gigantesca roca a la orilla del mar. (La roca simbolizaba a la Iglesia.) Las olas embestían contra ella, y unos hombres muy forzudos la empujaban con todas sus fuerzas queriéndola hundir en el mar. (Esos hombres representaban a los perseguidores.) Desde lejos los contemplaba el diablo, y con una sonrisa verdaderamente diabólica les decía: «Hace cerca de dos mil años que vengo yo esforzándome con todos los poderes del infierno en derribar esa roca y no lo he conseguido. Por eso me río al veros empujar.»

—Pero ya lo dice el refrán castellano: «Tanto va el cántaro a la fuente que al fin se rompe». ¿No se romperá al fin la Iglesia?

—Mira, amigo, una cosa es odiar a la Iglesia y otra creer que se la pueda aniquilar. Lo primero es una desgracia, lo segundo es una tontería. Mal está que tengas la desgracia de odiar a la Iglesia; pero ¡que seas un tonto! Eso no. Enrique Heine, un famoso poeta alemán, judío por más señas y enemigo declarado de la Iglesia, llegó a escribir un día: «Hace tempo que he renunciado a luchar contra la Iglesia católica. Conozco bien la medida de mis fuerzas para saber que nunca, ni siquiera con el más vehemente de mis ataques, sería capaz de abrir brecha en ese coloso sin igual que es la Iglesia de San Pedro. Muchas cabezas locas habrán de estrellarse todavía contra los fundamentos de esa roca.» Procura, lector amigo, no ser tú una de esas cabezas locas. Y a quien te venga con la monserga de la lucha contra la Iglesia, recuérdale esa frase del judío alemán. Ah Y no olvides que hasta el diablo se ríe de los que creen que van a poder con la Iglesia.

6 de julio

XXIV

Sobre que en España no hay indiferentes en materia de religión

Hace algún tiempo me hizo un amigo mío esta extraña declaración: «Yo no sé qué es lo que nos pasa a los españoles con la religión. Estamos a favor de ella o estamos en contra de ella. Siempre andamos tras de los sacerdotes: o con una vela en la mano, asistiendo a una procesión, o con una lata de gasolina para quemarles la iglesia.» Y tenía razón mi amigo. Tú, amigo lector, ¿a qué achacas este fenómeno?

—No lo sé; pero, efectivamente, su amigo tenía razón. No le puedo negar que la religión está a la base de todas nuestras grandes discordias. Por encima de la política y de la economía nos preocupamos de la religión. En mi no muy larga vida he comprobado que la religión es como un gozne sobre el que gira nuestra vida nacional e individual; parece una puerta que unos nos empeñamos en cerrar y otros en abrir, pero que ninguno dejamos quieta. ¿Usted ve alguna explicación?

—Pues sí; yo veo una explicación muy sencilla. Lo que no nos importa ni nos interesa lo dejamos en paz; lo que no tiene importancia no nos quita el sueño. Si la religión nos desazona a todos y nos obliga imperiosamente a tomar partido a favor o en contra de ella, es que tiene mucha importancia, y que en el fondo nos interesa mucho a todos. Fíjate bien: a todos, a ti como a mí. Para los españoles la cuestión religiosa constituye una verdadera pesadilla.

—Dice usted que a los españoles. ¿Nada más que a los españoles? Yo supongo que en todos los países ocurrirá lo mismo.

¿Cree usted que en otras partes no constituye la religión un tema apasionante?

—No lo creo. Hay países en los que lo que agita a las masas, lo que les preocupa sobre todas las cosas, no es la cuestión religiosa, sino los problemas meramente políticos o económicos. Entre los budistas de la India o entre los mahometanos no existen esas profundas discordias religiosas.

—Sin embargo, ya sabrá usted que en Palestina las constantes y enconadas luchas entre árabes y judíos tienen una causa exclusivamente religiosa. Inglaterra no es capaz de poner orden en aquel país, porque las cuestiones religiosas entre los árabes, que son mahometanos, y los judíos, que son judíos, no tienen arreglo posible.

—Sí, lo sé; pero allí se comprende porque hay una pugna entre dos religiones distintas. En España la cosa es diferente; aquí no hay más que una religión: la católica; aquí el que no es católico no es nada en materia de religión, y aquí está lo extraño, que el que no es católico ni cree en religión alguna, no deja en paz a los que lo son. Lo natural es que se desentendiera de los problemas religiosos y le importara un bledo todo lo que oliera a religión. Pero no; le importan esos problemas, y le importan mucho; le importan tanto que hace de ellos su preocupación fundamental. ¿Por qué eso? ¿Qué nos pasa a los españoles?

—Le repito que yo creo que en todos los países ocurre lo mismo. ¿Cree usted que en Francia y en los Estados Unidos?...

—De ninguna manera. En Francia no están tan al rojo vivo los problemas religiosos; no digo que haya una indiferencia total, pero sí aseguro que los franceses no se apasionan, ni mucho menos, por estas cosas que a nosotros tanto nos preocupan.

—¿Y en los Estados Unidos?

—En los Estados Unidos menos que en Francia. Allí no se persigue nunca a la Iglesia. Y ¡cosa rara! Parece que los católicos se lamentan de que los demás no se ocupen de la religión.

—Las dos son tragedia; pero la nuestra —la tuya— es menor, porque tu inquietud puede un día conducirte al buen camino, mientras que de la indiferencia es más difícil salir. Pero de esto hablaremos el sábado próximo; por hoy quedemos en que si en otros

países se vive sin religión, en España vivimos la religión: con ella o contra ella.

13 de julio

XXV

Sobre que las cuestiones religiosas nos apasionan a todos

He oído decir muchas veces que los católicos españoles sabernos muy poco de religión. Yo creo que no sólo los católicos, sino los españoles todos somos bastante ignorantes en materia religiosa. Cierto es que para creer no hace falta saber mucha teología, pero no estaría de más que supiéramos los porqués de nuestra fe y que pudiéramos defenderla razonablemente de los ataques. También es cierto que los españoles que se las dan de incrédulos tampoco saben gran cosa de religión. Dicen que los católicos de otros países —Francia y Alemania, por ejemplo— conocen su religión mejor que nosotros. No lo niego. Pero afirmo que en España actualmente hay deseos de saber más y existe una verdadera inquietud religiosa, tanto en los que creen como en los que no creen. ¿No lo crees tú también, amigo lector?

—No sé qué le diga. Yo no advierto esa inquietud. A mí, por lo menos, no es esa una cuestión que me preocupe gran cosa. Es un asunto que me deja indiferente.

—¿Crees tú? ¿Crees que no te interesan los problemas religiosos? Vamos a ver. ¿Tú no has escuchado este año, algún domingo, una emisión de orientación religiosa por la emisora Radio Madrid?

—Sí, por cierto. La he escuchado casi todos los domingos. A las ocho y media de la tarde, en invierno, y a las nueve y media, en verano, me tenía usted pegado a mi aparato de radio para escuchar esa emisión.

—¡Y dices que la cuestión religiosa no te preocupa gran cosa! ¿Por qué entonces has escuchado esas emisiones con tanto interés?

—¿Qué sé yo? Porque eran amenas, variadas y muy entretenidas. Pero le advierto que a mí no me ha convencido de nada el Padre ese de la Radio; la mayoría de las veces estaba en desacuerdo con él.

—No te ha convencido ese Padre y estás en desacuerdo con él. Pero le has escuchado. Y mañana, que no habrá ya emisión de orientación religiosa, echarás de menos una cosa en tu programa del domingo. Cuando lleguen las nueve y media y no oigas las campanas de Radio Madrid, estoy seguro de que sentirás que dicho Padre haya suspendido sus emisiones. ¿Estás tú seguro, lector amigo, de que las echarás de menos sólo porque, eran amenas y entretenidas? Yo creo que en los programas de radio del domingo habrá otras emisiones tan amenas y entretenidas —seguramente más— que la de orientación religiosa; sin embargo, esas emisiones no las has escuchado con tanto interés ¿Por qué? ¿No será porque el tema de la emisión de orientación religiosa te interesa más que muchos otros temas? Porque, en esas emisiones no se han tocado más que cuestiones religiosas; la política ni siquiera ha sido rozada. ¿Qué digo? Hasta el matiz patriótico —bien legítimo, por otra parte— ha estado completamente ausente. No se ha hablado en ellas más que de religión. ¿Me quieres explicar sinceramente por qué te han interesado tanto?

—Mire usted. Como le he dicho, eran amenas y entretenidas. Además, me gustaba ver cómo salía el Padre de los apuros en que le metían los que le consultaban. Algunas veces sus contestaciones no estaban mal; otras se salía por la tangente. Yo escuchaba con interés, porque había en ellas algo de deportivo. Por último —no se lo quiero ocultar—, escuchaba para ver si le pescaba en algún error o se le escapaba algún gazapo.

—Muy bien, todo lo que quieras. Pero los temas te interesaban; lo tienes que reconocer así. Estarás o no de acuerdo con la doctrina expuesta en ellas, pero te interesan. Que es lo que yo quería demostrar.

—Se me olvidaba una cosa. Otro de los motivos por los que las escuchaba es por poder discutir luego, durante la semana, sobre las respuestas dadas por el Padre. Mis compañeros de trabajo las escuchaban también, hablaban de ellas y yo no quería pasar por un indocumentado.

—¿Tu compañeros las escuchaban también? ¡Me parece que os han inquietado más de lo que yo pensaba las campanas domingueras de Radio Madrid!

20 de julio

XXVI

Sobre las "quintas columnas" que tiene la Iglesia

Tú y yo, lector amigo, no vamos a interrumpir nuestras conversaciones por mucho calor que haga. Los sábados por la tarde nos sentaremos a tomar el fresco hablando como buenos amigos. Hoy es sábado y nos toca intervenir a ti y a mí en esta columna que el periódico del pueblo pone a nuestra disposición. Hoy vamos a hablar de una «quinta columna», con la que yo me he puesto en contacto estos últimos días.

—¿Se va a meter usted en política? Siempre ha dicho usted que no quería nada con la política y que en esta columna hablaría más que de religión. ¿Cómo es que hoy va usted hablar de una «quinta columna»?

—No te asustes, que no voy a resbalar por la rampa de la política. De mí podrás decir lo que quieras menos que me m en política; bien sabes tú que me he mantenido siempre margen de ella,. Por eso la quinta columna de que te voy hablar no tiene nada que ver con la política.

—¡Ah, vamos! ¿Se trata de una quinta columna religiosa

—Exactamente. Durante la guerra se ha hablado mucho d quintas columnas. Hasta en la paz se habla de ellas y se dice corrientemente de un régimen político que posee en otros países quintas columnas. Pues bien, la Iglesia Católica también tiene sus quintas columnas.

—A ver, a ver; eso es muy interesante. Explíquese usted.

—Verás. La Iglesia no ha escondido nunca su propósito de conquistar el mundo entero. Es ambicioso el propósito, ¿verdad? Pues, ambicioso y todo, el caso es que la Iglesia lo va

consiguiendo lentamente. Hay en el mundo países que podemos considerar totalmente cristianos, aunque el ideal cristiano no se llegue a realizar en toda su intensidad. Pero hay todavía continentes enteros que podemos llamar paganos y a los que la Iglesia pretende conquistar para la doctrina y la religión de Cristo. El espiritual ataque se desencadena desde los países cristianos, pero no se hace un ataque frontal. Lo que se hace es crear dentro de los países paganos una especie de quintas columnas. ¿Comprendes?

—Sí, ya voy comprendiendo algo. ¿Y quiénes componen esas quintas columnas?

—Los misioneros. Ellos son los encargados de formar en las regiones paganas donde ejercen su apostolado, grupos de nuevos cristianos, que son auténticas quintas columnas de la Iglesia. Cojamos el ejemplo de China: es un país pagano, pero en él existen ya numerosas quintas columnas cristianas y ellas son las que poco a poco van conquistando las almas. Cada misionero que sale de un país cristiano, es un organizador más de quintas columnas.

—¿Y decía usted que se había puesto en contacto, estos últimos días, con una quinta columna?

—Sí, amigo, sí. He estado en Burgos. Allí se ha celebrado un Congreso nacional de la Unión Misional del Clero de España.

—¿Una escuela de organizadores de quintas columnas?

—Ni más ni menos. Funciona en Burgos un seminario de misiones extranjeras, que ya ha enviado treinta misioneros a un país de infieles de América del Sur. Ese seminario va a ser ampliado. ¡Si vieras qué proporciones está tomando! A ti, que no sientes intensamente el ideal cristiano, quizá te parezca eso una quijotada, pero debes por lo menos admirar a esos hombres que se sienten Quijotes. Refiriéndose al exótico mundo actual, decía alguien, hace pocos días, que es un bello parque con reptiles escondidos bajo el terciopelo de los rosales, con casamatas traidoras entre el verdor tembloroso de la fronda y con nidos de insidias sobre el murmullo adormecido de las fuentes. Será verdad; pero también lo es que bajo el terciopelo de los rosales no sólo hay reptiles escondidos. Hay también misioneros en ciernes en el bello parque del Seminario de Misiones extranjeras de Burgos.

27 de julio

XXVII

Sobre unas películas de sacerdotes y misioneros

Hemos quedado, lector amigo, en que la Iglesia Católica se diferencia de las demás religiones, entre otras cosas, en que es universal, es decir, que fue fundada por Jesucristo para que vivieran dentro de ella todos los hombres. Lo cual quiere decir que tiene que conquistar el mundo, y lo va conquistando por medio de esos pacíficos conquistadores que son los misioneros. ¡Qué hombres más grandes son esos misioneros! ¿Sabes tú cómo viven allá en lejanas tierras?

—Algo creo saber. Muchas veces he oído hablar de los misioneros católicos; pero ahora, ¡con eso de que se han puesto de moda en el cine!...

—Tienes razón. Se han puesto de moda, y ya era hora. Teníamos la impresión de que sólo podían despertar interés entre los espectadores las películas de amor, las policíacas o las de biografías de grandes hombres. Ahora se va descubriendo que también las vidas de los misioneros tienen grandes valores cinematográficos.

—Yo he visto «Misión blanca». Participé en el concurso cinematográfico que organizó Pueblo hace unas semanas y voté por «Misión blanca» como la mejor película española de la temporada. Me gustó mucho; y lo que más me gustó fue el heroísmo del misionero. Y conste que, como usted sabe bien, no soy ningún beato.

—No eres beato, pero tienes un corazón noble y eso basta para admirar la vida de los misioneros. Sólo los espíritus ruines, los corazones envenenados, los hombres emponzoñados pueden ver

pasar por la pantalla a esos hombres admirables sin sentirse maravillados. ¿No tienes la impresión de que una religión que produce tales héroes es invencible? Y ten en cuenta que lo que vemos en «Misión blanca» no es un caso excepcional; no, es una cosa muy corriente; hay esparcidos por las selvas del mundo muchos miles le hombres como esos misioneros de sotana blanca de nuestra Guinea española. Ellos son la flor de nuestra civilización cristiana. Por eso no hacemos más que cumplir con un deber de justicia pregonando desde las pantallas de nuestros cines el ejemplo de sus vidas heroicas y tributándoles nuestros aplausos. Ya ves, amigo, lo que son los sacerdotes católicos, esos pobres sacerdotes tan calumniados por los hombres ruines.

—Perdón. Yo no he calumniado nunca a los misioneros. Ahora, los curas de por acá ya es otra cosa...

—¿Cómo que otra cosa? Los curas de por acá son lo mismo que los misioneros de por allá. Lo que te ocurre es que no conoces su verdadera vida; no sabes de ellos más que lo que te han contado... ¿Quiénes? Otros que sabían menos que tú. Ya se hará algún día la película del cura de aldea, sacrificado y caritativo, y la película del sacerdote de gran ciudad, activo y mortificado en medio de un ambiente de diversión y de placer. ¿No viste «Siguiendo mi camino»? ¿Y no admiraste la generosidad y la bondad de aquellos sacerdotes? Sí; son aquí lo que los misioneros son por allá. ¿Y «Las llaves del reino»? ¿La has visto?

—No; todavía no. Estoy esperando que la pongan en un cine más barato.

—Pues no dejes de verla. En ella admirarás otra gran figura de misionero. No será un santo; pero ¡qué hombre más admirable el Padre Francis! Con hombres como él las quintas columnas de que te hablaba el sábado anterior, tienen que apoderarse del paganismo. Es para sentirnos orgullosos de pertenecer a la Iglesia. Por eso da pena ver a esos católicos de nombre hablar mal de la Iglesia, como si la Iglesia no fuera más que esas cuatro miserias humanas que los hombres hemos puesto en ella. Han tenido que venir los americanos, esos hombres del cine de Hollywood, a enseñarnos la belleza y la grandeza del catolicismo. Ellos no son católicos, pero admiran la grandeza donde la encuentran. Y tú, que vives en un país católico, ¿no tienes ojos para ver?

—De eso hay mucho que hablar. Y como hoy no nos queda tiempo, lo dejaremos para otro día.

3 de agosto

XXVIII

Sobre los que son católicos por tradición y atavismo

Un autor norteamericano, en un libro recién traducido al castellano, escribe: «En Norteamérica el católico, en general, se define con mayor precisión que en España. O se es, o no se es. Sorprende a los norteamericanos que haya tantos en España que han recibido las aguas bautismales, pero que desde aquel momento en adelante dejan de vivir católicamente. Solamente al recibir el sacramento del Matrimonio y el de la Extremaunción volverán a incorporarse a las filas de los católicos prácticos. Estos fieles indefinidos son católicos por tradición, por herencia, por un vago sentimiento de apego.» ¿Verdad, amigo lector, que tiene razón este norteamericano?

—La tiene, sí, señor. Somos muchos los católicos por tradición y por herencia. Y digo somos, porque yo soy uno de ellos.

—Hombre, me alegro de que te declares católico, aunque no sea más que por herencia. Algo es algo. Porque son ya muchos los españoles que han renunciado hasta a esa herencia y tienen a gala no ser como sus padres. Pero ¿te parece la tradición una razón suficiente para ser católico?

—Yo creo que sí. Yo soy católico porque me bautizaron mis padres, porque eso es lo que me enseñaron de pequeño y porque es lo que se ha visto siempre en España. Aquí no hemos visto otra cosa, y yo creo que el hombre tiene que ser como sus padres.

—¿Eso quiere decir que si tus padres hubieran sido protestantes o mahometanos tú serías mahometano o protestante? Esas no son razones. Se profesa una religión determinada, ésta y no la otra, porque se cree que es la verdadera, no porque sea la de

nuestros padres. Yo, por lo menos, si creyera que la religión católica no era la verdadera, no sería católico, aunque lo hubieran sido mis padres y todos mis abuelos. Si tu padre hubiera sido un borracho empedernido, ¿lo hubieras sido tú también sólo por honrar la memoria de tu padre?

—No es lo mismo. Ser borracho no es cosa buena. Pero las religiones son todas buenas. Cada cual sigue la religión de su país. ¿Qué más da una que otra?

—Alto, alto. ¿Quién te ha dicho que da lo mismo una religión que otra? Dices que todas son buenas. Distingamos: es mejor tener una religión, sea la que sea, que no tener ninguna. Cierto. Toda religión, cuando es practicada con sinceridad, ennoblece al hombre y le eleva más que ninguna otra cosa por encima de la pura animalidad; pero no se trata de si son buenas las religiones, sino de si son verdaderas. ¿Crees tú que todas lo son?

—¡Cualquiera sabe eso! Las religiones son muchas y uno no las conoce todas. Para saber si hay alguna verdadera y cuál es ella habría que hacer unos estudios muy profundos, que muy pocos pueden permitirse el lujo de hacer. Por consiguiente, lo que procede es que cada cual siga la religión de su país y de sus padres.

—No vas del todo descaminado en tu razonamiento. Nadie debe abandonar la religión de sus mayores mientras no se convenza de que es falsa y encuentre otra que le parezca verdadera. El mahometano por herencia debe continuar practicando su religión hasta el día que descubra que no es la verdadera religión. Pero si un día lo llega a descubrir, tiene la obligación de renunciar a ella y abrazar la que crea verdadera. No es nada fácil renunciar a una religión para creer en otra, pero no es imposible. Ahí tienes el ejemplo de tantos que se convierten al catolicismo provenientes de todas las religiones del Globo. ¿Qué hacen los misioneros católicos en todo el mundo si no es convencer a unos y a otros de que la religión que recibieron de sus padres no es la verdadera?

—Entonces, ¿no le parece a usted bien que le diga que soy católico porque eso es lo que me enseñaron?

—No me parece bien. Debes decir que eres católico porque crees que la religión que de pequeño te enseñaron es la verdadera. Lo cual no es exactamente lo mismo.

10 de agosto

XXIX

Sobre si hay que dejar a los hijos que escojan su religión

Me han contado, amigo lector, que tú tienes ideas muy tuyas acerca de la religión. Me parece bien que tengas ideas sobre ella y que te preocupes de esas cosas; pero me parece que algunas de tus ideas no están de acuerdo con lo que nos enseña la Iglesia. Así, por ejemplo, me han dicho que no quieres enseñar religión a tus hijos.

—No le han engañado a usted. Efectivamente, no quiero que mis hijos aprendan religión hasta que no sean mayores.

—Y eso, ¿por qué?

—Verá usted. Yo creo que nadie tiene derecho a meterse en la conciencia de los demás; la religión es una cosa que cada cual debe escoger. Eso de obligar a un niño, que no tiene uso de razón, a abrazar una religión determinada me parece un verdadero abuso; se trata de una imposición violenta.

—Entonces, ¿tú no has bautizado a tus hijos?

—Eso sí. Los he hecho bautizar a los pocos días de nacer. ¿Qué hubiera dicho de mí la gente si no? Me hubieran llamado pagano o judío. Y, después de todo, con eso a nada les he comprometido; por otra parte, si acaso mueren antes de llegar al uso de la razón, no me quedará el remordimiento de no haberlos bautizado. ¡No vaya a ser que por culpa mía no sean felices en la otra vida!

—Has hecho muy bien. Pero debes saber que bautizar a un niño es hacerle miembro de la Iglesia católica, con los derechos y deberes correspondientes a todo católico. ¿No te parece que eso ya es una coacción? ¿Qué sabes tú si, al llegar a mayores, no te

echarán en cara el haberles hecho miembro de la Iglesia católica? Quizá hubieran preferido ser protestantes o mahometanos o confucianos. Hay que ser consecuentes, amigo; o somos o no somos; o aceptamos una teoría o aceptamos otra. ¿Crees que en materia de religión no debe el padre meterse en la conciencia del hijo? Déjalos que crezcan, y cuando sean mayores que hagan lo que quieran.

—De todas maneras, lo que importa es que el niño pueda luego practicar libremente la religión que quiera. Como si no quiere practicar ninguna; allá él. El es el responsable de sus actos. Esta es mi teoría.

—¡Bonita teoría! ¿Y por qué la aplicas solamente a la religión? ¿Por qué no la extiendes a los demás órdenes de la vida? Cojamos, por ejemplo, la ciencia o la educación. ¿Tú qué sabes si a tu hijo le gustará estudiar? ¿Quién te dice a ti que querrá ser educado? A lo mejor, luego se encuentra más feliz siendo un ignorante o un maleducado. ¿Por qué has de imponerle nada? ¿No se trata de una coacción?

—No me quiera usted enredar. No es lo mismo. La ciencia y la educación son adquisiciones de las que nunca se arrepentirá; de la religión puede arrepentirse.

—No se trata, querido amigo, de si un día podrá arrepentirse de que le hayan educado en el catolicismo, sino de si hará bien o no arrepintiéndose. También hay quien se arrepiente de haber obrado bien. Con el mismo derecho con que le inicias en la ciencia y en la educación, le pones, ya desde pequeño, en el sendero de la religión.

—Perdone, pero no es lo mismo. La ciencia y la educación son dos cosas que nunca le estorbarán; son dos cosas buenas.

—Y la religión, ¿no es buena? ¿Tú qué crees? Si crees que no es bueno ser católico, ¿por qué lo eres tú? Un hombre sincero no debe ser lo que cree que no es bueno ni debe creerlo que no le parece verdadero. Y si crees que tu religión es la verdadera, ¿por qué no se la has de proponer a tu hijo? Debes querer para los demás lo que quieres para ti. Y si estás convencido de que la única religión verdadera es la católica, ¿por qué no has de iniciar en ella a tu hijo?

17 de agosto

XXX

Sobre si hay que respetar la libertad de conciencia de los hijos

He sido informado, amigo mío y lector, de que no quedaste muy convencido en nuestra conversación anterior sobre la obligación que tienes de iniciar a tus hijos en la religión católica. Sigues creyendo que hay que dejar crecer a los niños y esperar a que se hagan unos hombrecitos para que por sí mismos y libremente escojan la religión que quieran. Dices que frente a la religión cada cual es libre.

—Sí, señor; esa es mi opinión. El hombre es libre. ¿No se ha luchado y se lucha todavía en el mundo para dar a todos los hombres la libertad a que tienen derecho? Pues lo primero que hay que devolver al hombre es la libertad de conciencia.

—¡Libertad de conciencia! Y eso ¿qué es?

—Eso es que el hombre no tiene obligación alguna de abrazar una religión determinada. Si, entre todas las que existen, se decide por una es porque quiere, no porque esté obligado. Quiero decir que la religión es como la música, pongo por ejemplo; si uno quiere, estudia música y se hace músico, y si no quiere, no se hace músico; nadie está obligado a seguir la carrera musical, Lo mismo sucede con la religión

—Amigo mío, hay cosas en las que no cabe escoger, porque se las dan a uno hechas. Se es libre para algunas cosas, no para todas. Vivir y morir no son cosas que se pueden escoger; frente al hecho de nacer y de morir el hombre no es libre. Tampoco es libre en el uso esencial de sus facultades: se ve con los ojos, se oye con los oídos y se digiere con el estómago. ¿Podemos utilizar a nuestro antojo cualquier órgano del cuerpo para ver o para oír? ¡En cuántas

cosas el hombre no es libre! Me parece que no tienes muy claro el concepto de la libertad humana.

—Puede ser. Pero estoy seguro de que el hombre goza de libertad de conciencia.

—¡Y dale con la libertad de conciencia! Vamos a ver en qué consiste esa libertad. Porque, ¡no te vayas a creer!, yo también admito, aunque soy católico, la libertad de conciencia. Pero la entiendo de otro modo. Cuando yo digo que la conciencia del hombre es libre, quiero decir que ningún hombre puede forzársela.

—Entonces estamos de acuerdo.

—No lo creas. Tú dices que el hombre es libre frente a la religión, es decir, frente a Dios. Yo no digo eso; yo digo que el hombre es libre frente a los demás hombres, pero no frente a Dios. Quiera yo o no lo quiera, Dios existe; quiera yo o no lo quiera, el hombre no es un animal como los demás, sino que está dotado de un espíritu inmortal, que no fenece a la hora de la muerte; quiera yo o no lo quiera, Dios me habrá de juzgar después de esta vida. Frente a todas estas verdades no soy libre; son así, quiéralo yo o no. Como es verdad que el sol alumbra y que el fuego quema.

—¿Y qué saca usted de todo eso?

—Saco que el hombre está obligado a tener religión, a ser religioso. Y que esa obligación se la impone su propia naturaleza, es decir, el mismo Dios, que es quien le ha dotado de su naturaleza. Si es verdad que Dios existe —y lo es—, y si es verdad que el hombre ha de ser juzgado por Dios algún día —que también lo es—, yo concluyo que el hombre tiene que vivir como Dios manda, y eso es vivir religiosamente. La religión, pues, es una obligación. ¿Que tú no quieres cumplir con esa obligación? Ningún hombre puede ni debe forzarte. Pero no por eso eres libre para tener religión o no tenerla. O, si prefieres, eres libre frente a los hombres, pero no frente a Dios.

—¡Caramba! Sabe usted apretar bien. De todas maneras, no veo por qué tengo yo que educar en la religión a mis hijos.

—Por el mismo motivo por que les das la simple educación. Estás obligado a enseñarles sus deberes, y el primer deber de todos es comportarse bien con Dios. Los hijos podrán hacer luego lo que quieran. Tú haces lo que debes.

24 de agosto

XXXI

Sobre los que se hacen incrédulos por cobardía

Entre los españoles que han abandonado las prácticas religiosas y dicen que no tienen fe, ¿cuántos han estudiado a fondo su religión católica? De entre tantos como hoy se negarían a confesar en público que son católicos, ¿cuántos han dejado de creer en la Iglesia, en la que creyeron de niños, porque han descubierto que no es la verdadera? Sé sincero, lector, y contéstame: ¿A que son otras las razones auténticas del abandono de la fe de muchos?

—¿Qué quiere usted que le diga? En verdad que serán muy pocos los que conozcan, no digo a fondo, sino ni siquiera medianamente la religión católica.

—Entonces, ¿por qué os queréis engañar a vosotros mismos? ¿Por qué decís que la religión es un cuento, que la han inventado los curas para ganarse la vida, que la recomiendan los ricos para que no se subleven los pobres y... tantas otras cosas por el estilo? Yo creo que sería más honrado decir sencillamente que no creéis porque no os da la gana. Comprendo que ésa no es una razón; pero, al menos, aunque no dijerais la verdad, tampoco diríais una mentira. Abandonar la religión nada más que porque sí, sin un verdadero motivo, será irrazonable y poco digno, pero es peor decir que se la ha abandonado por una razón de peso cuando se la ha dejado por un motivo de cobardía.

—¿De cobardía, dice usted? Eso es un insulto. ¿Usted cree me yo he dejado de creer en la Iglesia por cobardía? ¿Se atreve usted a llamarme cobarde?

—Me atrevo, sí. Y me atrevo también a convencerte de me tengo razón. Yo sé que tú, al igual que otros como tú, alegáis bonitas razones para justificar vuestro apartamiento de la Iglesia; conozco las razones que alegáis, que, por cierto, no son las verdaderas. La verdadera razón es otra.

—¿Cuál?

—Te la explicaré. ¿Has oído hablar tú de «Gog»?

—No me suena ese nombre.

—No me extraña. Se trata del título de un libro, pero no de esos que sueles leer en el tranvía o en casa a la vuelta del trabajo. Tú sueles leer novelas baratas, y «Gog» es un libro bastante serio. Lo escribió hace unos cuantos años el escritor italiano Giovanni Papini. En ese libro se transcribe una especie de diario de un personaje fantástico llamado Gog. Gog no es más que un símbolo de muchísimos hombres de nuestro tiempo, un ejemplar representativo de nuestra civilización cosmopolita y algo bestial, un semisalvaje, cuya, sinceridad de primitivo le lleva a confesar sin rubor sus caprichos más repulsivos, es decir, aquello que los otros esconden y no se atreven a decir ni a sí mismos.

—¿Y qué es lo que dice Gog de lo que venimos hablando?

—Dice lo siguiente: «Las religiones responden a una necesidad profunda del alma humana. Aun en los países más inteligentes y civiles, la mayor parte de la población pertenece a una Iglesia; es necesario, pues, que también yo elija una. Pero la elección es terriblemente difícil. Yo vivo en un país cristiano, y mi religión debería ser el cristianismo. Pero confieso que el cristianismo, por lo poco que conozco, me espanta. Reconozco que es la más perfecta y la más sublime de las religiones; sin embargo, contradice y condena todos mis instintos más hondos. Yo detesto a los hombres, y el cristianismo me impone amarlos; soporto a duras penas a los amigos, y el cristianismo me obliga a abrazar a los enemigos; siento inclinaciones crueles, y el cristianismo, me impone la dulzura y me invita a llorar el martirio de un ajusticiado. Debo, pues, renunciar a ser cristiano. El cristianismo es una religión demasiado alta para un ser de mi especie.» ¿Qué te ha parecido, amigo lector, la confesión de Gog? ¿No dirías tú, si fueses sincero, algo muy parecido?

—¡...!

—Por eso me atrevo a decir que si no eres cristiano no es porque seas peor que otros; es porque eres cobarde y no te atreves a vivir como un cristiano. Y te falta la sinceridad de Gog.

31 de agosto

XXXII

Sobre una canción de moda

Siempre hay una canción de moda. ¿Has observado, amigo lector, que cada mes surge una nueva canción que oímos en todas partes —en la radio, en la calle, en el Metro, en la cocina— y que nos persigue como una obsesión? Desgraciadamente, no siempre la canción merece los honores de la moda, más de una vez es algo tan chabacano como esa «Vaca lechera», que es un atentado al buen gusto.

¿Es que me voy a meter yo en esta columna tan seria, donde converso contigo todos los sábados, con alguna de esas canciones de moda? Pues sí, quiero hablar de una canción de moda. Yo te diré por qué esa canción...

—¿... Te llama sin cesar?

—No; no me refiero a esa bonita canción de «Los últimos de Filipinas». Hay otra canción más nueva, que se está en esos días poniendo de moda. Esa sí que es una hermosa canción, seguramente la más hermosa que hemos oído. No es de Padilla, ni de Quiroga, ni de Molleda, ni de Jorge Halpern. Es una canción extranjera; pero ¡qué canción!

—Pues no caigo. No sé a cuál se referirá usted. A lo mejor yo no la he oído todavía.

—La canción puede que aun no la hayas oído, porque no se la oye gratis, pero de seguro que has oído hablar de ella. No has oído hablar de «La canción de Bernardette»? Esta es la que se está poniendo de moda. Dentro de algunos meses no habrá persona en Madrid medianamente aficionada al cine que no haya visto esa gran película.

—Yo he oído hablar mucho de ella. Pero ¿no cree usted que puede tratarse de una propaganda bien enfocada? ¿Es tan buena película como se asegura?

—Mira: yo creo que se trata, más que de una película, de algo excepcional. Me lo confirmaba así, hace unos días, en carta particular, el mejor de nuestros directores cinematográficos —he nombrado a José Luis Sáenz de Heredia—, que me escribía: «Ni soy yo quién ni creo que nadie lo sea para juzgar esta película como película, porque, a mi modo de ver, no es película, es algo distinto y superior, que nos hace pensar en todo menos en que aquello tiene algo que ver con lo que comúnmente llamamos cine. «La canción de Bernadette» es, como dicen los andaluces, una «cosa». ¡Y qué cosa es «La canción de Bernadette»! ¡Qué efecto tan raro hace la calle cuando se sale del Palacio de la Música! Tarda uno en comprender que sólo haya una decena de metros entre «esto» y «aquello». Una película así reportará un gran beneficio al mundo no ya sólo porque puede sumar prosélitos al catolicismo, sino porque mueve el espíritu, lo acaricia, lo hace vibrar y se entera cada uno de que también en su alma hay un eco dulce y armónico para las resonancias de buen tono.» Como ves, lector amigo, un gran director de cine español no tiene inconveniente en decir que «La canción de Bernadette» es algo superior a lo que hemos visto hasta ahora en el cine.

—¿Y no será eso efecto de que esa película es una exaltación del catolicismo, y ustedes,..?

—No debe de serlo, porque antes de venir a España, «La canción de Bernadette» ha recorrido triunfalmente, con un éxito sin precedentes, los cines de otras naciones que no son oficialmente católicas. La película no la hemos hecho los españoles, la han hecho los norteamericanos, que, como sabes, no se distinguen por su acendrado catolicismo. Pero no por eso dejan de reconocer lo sublime cuando topan con ello, como en esta canción.

—Entonces, ¿me quiere usted decir por qué «La canción...»?

—Yo te diré por qué «La canción de Bernadette» ha tenido y tendrá un éxito tan colosal en todas partes. No es sólo por la pericia del director ni por el arte de los intérpretes. Es sobre todo, por otra cosa, que te diré el sábado próximo.

7 de septiembre

XXXIII

Sobre el éxito de dicha canción

Quedé en decirte el sábado último, querido amigo y lector, por qué «La canción de Bernadette», la Película de que habla ahora todo el mundo en Madrid, ha tenido un éxito tan excepcional, aun en los países no católicos. Ya comprenderás que no ha sido solamente por sus valores técnicos y artísticos, aunque no sean vulgares, ni por el enredo amoroso, llamémoslo así, ya que no pasa de unas sonrisas y de un ramo de flores ofrecido al borde de un camino. El argumento no parece a primera vista muy propio para el cine.

—¿Entonces?

—Ahí está lo interesante. No es más que la historia de una niña como todas, a quien se le aparece la Virgen repetidas veces y que luego se mete en un convento, donde lleva una vida aparentemente anodina, como la de cualquier monja, hasta la hora de su muerte.

—¿Y con ese argumento han realizado los cineastas norteamericanos una película colosal? ¡Qué prodigios de arte habrán tenido que derrochar!

—No lo creas. Te repito que el éxito no se debe principalmente al arte ni a la técnica. La misma técnica y el mismo arte, puestos al servicio de un argumento histórico corriente o de una de tantas aventuras de amor, no hubieran logrado más que un éxito de los grandes, pero no excepcional. Lo excepcional de «La canción de Bernadette» hay que atribuírselo a la hondura del tema. Y es que el tema religioso es el que de verdad nos interesa a todos, aunque no lo queramos confesar.

—Si es así, creo que no me va a interesar mucho «La canción de Bernadette».

—Vete a verla y luego me hablarás. ¡Cuántas veces no harás oído hablar de Lourdes! Tú sabes que desde hace cerca de un siglo, muchedumbres incontables de todos los países han ido a rezar junto a la gruta donde se apareció la Virgen María a Bernadette. Has oído hablar del gran número de milagros que se han operado después de beber el agua milagrosa de la gruta o al paso de la custodia.

—A mí, eso de los milagros...

—No te entra, ¿verdad? Tampoco le entraban al fiscal de Lourdes y tuvo que inclinarse ante su realidad. Precisamente porque eso de que los milagros no te entran es por lo que debes ir a ver esta película; en ella se narra la historia, nada más que la historia, de cómo empezó ese movimiento de conversiones y prodigios que ya lleva cerca de cien años. ¿No crees que Dios haga milagros? Eres libre, pero no debes meter la cabeza bajo el ala, como el avestruz. Cuando hayas visto la película, quizá tengas un argumento más para negar la realidad de los milagros. O quizá te convenzas...

—No es fácil.

—Incrédulos más incrédulos que tú, se han convencido. El espectáculo de Lourdes ha iluminado muchas inteligencias, ha ablandado muchos corazones y ha producido infinidad de conversiones. La proyección en Madrid de «La canción de Bernardette» es una verdadera gracia de Dios y ¡quién sabe lo que la gracia puede obtener! Para que no haya lugar a prejuicios, recuerda que la película no es obra de españoles, sino de norteamericanos; viene del país de la democracia, en el que ha alcanzado un éxito clamoroso; si hubiera sido rodada en estudios españoles puede que hubieras creído que se trataba de propaganda del Movimiento Nacional.

—A propósito de esto, ¿cómo es que en España no se hacen películas de esta clase? ¿No es bochornoso que vengan los americanos a enseñarnos a hacer cine católico?

—Sí que lo es. Pero ten paciencia, que día llegará, y no tardando, en que también nosotros haremos cantar a Bernadette. Mientras tanto, hágase el milagro y hágalo el diablo.

21 de septiembre

XXXIV

Sobre la dichosa manzana de Eva

Estoy seguro, amigo lector, de que, al leer el título de esta conversación, no has podido contener una leve sonrisita... ¿De qué? ¿De pequeña malicia? ¿De quién sabe lo que se esconde tras de esa expresión? No sé; pero estoy seguro de que te has sonreído.

—Sí, claro; comprenderá usted que ya no es uno niño. De pequeños se nos dijo que Dios había prohibido a Adán y Eva comer la fruta de cierto árbol del Paraíso, y lo creímos. Pero yo he pensado (y somos muchos los que lo pensamos) que la dichosa manzana no era tal manzana, sino otra cosa.

—Comprendido. Tú eres de los que creen que Dios les prohibió… eso. Pues no, amigo; estás muy equivocado, y perdona si te digo que en esta ocasión te has pasado de listo. Es posible que lo que Dios les prohibió no fuera comer precisamente una manzana, pero de seguro que tampoco fue lo que tú piensas. ¿Tú has leído la Biblia?

—No, no la he leído. Jamás la he tenido en mis manos.

—Me lo figuraba. Te he visto más de una vez con un libro en la mano. Te he sorprendido en el tranvía leyendo algo que, a lo que pude adivinar, era novela de aventuras o, el argumento de una película. Supongo que en casa también leerás un libro alguna que otra vez. Pero la Biblia ya me figuraba yo que no la habías leído nunca.

—¿Pero no dicen que la Iglesia católica no quiere que los fieles lean la Biblia?

—Eso lo dirán los que no saben de la misa la media, porque la Iglesia no sólo no lo prohíbe, sino que desea que todos la lean.

¿Cómo no lo va a desear si es el libro fundamental de los cristianos? No somos nosotros una caravana de fanáticos que exaltamos un libro sellado con siete sellos. ¡Qué más quisiera la Iglesia que ver la Biblia en todos los hogares y saber que era el alimento espiritual de todos los fieles

—El caso es que no vaya usted a creer que soy yo sólo el que no posee en su casa un ejemplar de la Biblia. Bien pocos serán los que la hayan leído. Entre mis amigos yo no conozco más que uno que la tenga y que la lea. Por cierto que él asegura que en la Biblia hay muchas cosas que están en pugna con los más recientes y seguros hallazgos de la ciencia...

—Ah, sí! Tu amigo debe de ser un genio. Porque no está al alcance de todos, ni mucho menos, estar al tanto de los más recientes hallazgos de la ciencia y de la verdadera interpretación de muchos pasajes de la Biblia.

—¿De manera que la Biblia necesita interpretación? Yo creía que era un libro claro que cualquiera podría leer sin necesidad de que nadie se lo interpretara.

—Según, según, amigo mío. Hay cosas en la Biblia muy sencillas y muy claras que cualquiera puede comprender; pero hay otras, y son muchas, que requieren saber mucho para entenderlas. La mayoría de los libros del Antiguo Testamento son de difícil comprensión: unos porque son históricos, otros porque son alegóricos y otros porque son proféticos.

—Y si es así, ¿por qué no se lee más la Biblia en España? A mí me han dicho que los ingleses, los alemanes y los norteamericanos la conocen mucho mejor que nosotros.

—Y te han dicho la verdad si se refieren al común de los cristianos. Verdad es que, como en España no hay protestantes, los católicos no se han visto acuciados como los de otros países. De todas maneras, se está haciendo una gran campaña en favor de la lectura de la Biblia... ¿No te has enterado de que mañana se celebra por primera vez en España el Día Bíblico? Si mañana vas a misa, ya te enterarás a la puerta misma del templo, donde verás una gran propaganda. Si eres de los que no van a misa, tampoco te haría daño saber que es eso del Día Bíblico. Aunque no sea más que para no parecer ignorante.

28 de septiembre

XXXV

Sobre lo que sugiere el sonido de unas campanas

Me refiero, amigo lector, a las campanas de Radio Madrid. ¿No has oído tú esas campanas que suenan a través de los micrófonos todos los domingos a las nueve de la noche? Yo creo que su sonido era necesario, por lo menos en las grandes ciudades. En las aldeas el sonido de las campanas es algo familiar.

—Sí, por cierto. A mí no me molestan las campanas y no dejo de reconocer que tienen algo de sagrado. Cuando oigo las de Radio Madrid me recuerdan, sin querer, que el domingo no es un día como los demás.

—Ese fue mi propósito al escoger sus notas como sintonía de las emisiones de «Orientación religiosa». Yo ya sé que no todos los que las escuchan son católicos, pero pensé que no les molestaría oírlas, porque, aparte su sentido religioso, su timbre es verdaderamente hermoso. Y las emisiones religiosas de Radio Madrid, ¿las has oído también?

—También. Le confieso que la primera vez que oí las campanas y escuché que se trataba de una emisión religiosa a cargo de un Padre no tuve valor para escuchar, y antes que empezara usted a hablar ya había yo buscado en mi aparato una emisora que radiara música.

—¿Y la segunda vez?

—La segunda vez escuché por curiosidad. Quería saber qué podía ser aquello. Me gustó; no era un sermón aburrido; decía usted cosas interesantes. Luego oí que no era yo solo el que le había escuchado; hablando con otros compañeros al día siguiente

resultó que casi todos habían tenido la misma curiosidad que yo. ¡Si usted supiera los comentarios que se hicieron!

—Me gustaría saberlo. Es verdad que nunca llueve a gusto de todos, pero sería interesante conocer si esta vez llueve a gusto de muchos o de pocos.

—Uno dijo que lo que usted decía eran cosas para mujeres beatas. Otro le contestó que no, que, por el contrario, era raro que no sólo no hablara para las beatas, sino que se metía valientemente con ellas. Hubo quien lanzó la idea de que usted estaría pagado por el señor obispo o por la Acción Católica y que no diría más que lo que le ordenasen.

—Basta, basta. Veo que no ha habido acuerdo y que se lanzaron demasiado pronto a hacer suposiciones. Lo que me interesa saber es si tanto tú como tus compañeros seguisteis escuchando o renunciasteis.

—Pues no; creo que todos hemos seguido su campaña. Y es que es difícil dejar de oírle. No es que usted nos convenza, pero es interesante. Nos reímos a veces de las preguntas que le hacen algunas personas ingenuas; otras veces nos molesta con esa tremenda ironía que pone en sus frases y en la manera de pronunciarlas. Con todo, yo le he escuchado siempre que he podido.

—Y me escucharás, estoy seguro. Dirás lo que quieras, pero mis emisiones te interesan, ¿cómo no?, y en el fondo estás de acuerdo conmigo en más de cuatro cosas. ¡Cosa rara!, ¿Cómo será que son pocos los poseedores de radio que dejan de escuchar estas emisiones? Parece que quien no oye un domingo las campanas de Radio Madrid se encuentra con que al día siguiente no sabe qué decir cuando se entabla discusión acerca de ellas. No creo que se trate solamente de una moda; debe de haber alguna razón más profunda para que se haya hecho tan popular esa media hora de radio.

—¿Y esa razón sería?

—El tema mismo. Si el tema religioso no interesase, el eco de las campanas hubiera caído en el vacío. Ahora pasó el verano y volvieron las campanas. Tú volverás a escucharlas y volverán a escucharlas tus amigos. Y las escucharán cientos de miles de

oyentes. Y yo tendré para ti, lector de «Pueblo», un recuerdo muy especial ante el micrófono.

5 de octubre

XXXVI

Sobre las llaves de un reino maravilloso

Cuando yo era pequeño, los niños de mi tiempo leíamos muchos cuentos de hadas. ¿Que ahora los niños también los leen? No lo pongo en duda, pero estoy seguro de que no leen tantos como nosotros. Nosotros conocíamos la interminable serie de «Las mil y una noches», esa antología en que la fantasía oriental ha desplegado sus alas mágicas. Sheherezada nos era familiar; la historia de Aladino y su lámpara maravillosa nos la sabíamos de memoria. Tú, lector amigo, ¿no conoces «Las mil y una noches».?

—Sí que he leído el libro. Y además estoy siguiendo los episodios que semanalmente transmite Radio Madrid.

—Si es así, convendrás conmigo en que por menos de nada aparece un reino en cualquier bosque o en cualquier subterráneo. ¡Y qué reinos aparecen! Allí no falta nada de cuanto la fantasía oriental ha podido forjar.

—Todo es verdad; pero ¿a qué viene esta introducción en una columna religiosa?

—Verás. Jesucristo, fundador del cristianismo, era también, oriental y tenía imaginación oriental. Y cuando quiso hablar a los hombres de la vida que les aguarda más allá de la muerte, cuando quiso explicar la felicidad del cielo, recurrió también a la imagen del reino. Y habló del «reino de los cielos», sin duda para distinguirlo de los reinos de la tierra o de los reinos subterráneos de los cuentos orientales; algunas veces habló simplemente del «reino». El cielo es un reino maravilloso, en el que todos debemos un día tener asiento para contemplar al Rey eterno de cielos y tierra. Al hombre, caminante por el valle de lágrimas que es este mundo, le

esperan, después de la muerte, dos reinos: el reino de los cielos y el reino de las tinieblas.

—Y, como en los cuentos orientales, el hombre caerá en el reino de las tinieblas si antes no da con las llaves del reino de los cielos, ¿no es eso?

—Eso es. Y aquí he de preguntar, como en la ronda de niños: «¿Dónde están las llaves?». No están en el fondo del mar; las llaves las entregó el mismo Jesucristo al apóstol Pedro en una ocasión solemne, al constituirle primer Vicario suyo y Jefe de la Iglesia. Porque la Iglesia católica es también un reino; es, si prefieres, la antesala del reino de los cielos. Por eso el que no pertenezca a la antesala de la Iglesia no podrá pertenecer después de la muerte al reino de los cielos.

—Pero Cristo entregó a Pedro «las llaves», no «la llave». Eso parece querer significar que no hay una sola llave, sino varias. ¿Y no será toda religión una llave para entrar en el reino de los cielos?

—Pues no. La puerta es única: la Iglesia católica. Tanto da hablar de llaves en singular como en plural. La llave o las llaves las tiene solamente Pedro, es decir, el jefe de la Iglesia católica. Y la llave que abre las puertas de la Iglesia es la gracia de Dios, que se recibe en el bautismo. De ahí que la Iglesia envíe sus misioneros a todas partes, según el mandato de Cristo, que dijo: «Id y predicad a todos los hombres el Evangelio, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.»

—Según eso, lo que hacen los misioneros es ir entregando a los hombres las llaves del reino.

—Ni más ni menos. Mañana se celebra en todo el mundo cristiano el Domingo Mundial de la Propagación de la Fe. Se nos pide a los católicos que roguemos a Dios para que envíe misioneros a todos los países paganos. Y se nos pide también que aportemos un donativo para que esos misioneros puedan cumplir su misión: ir entregando a todos los hombres las llaves del reino. Como en la película del mismo título. ¿No es hermoso lo que se nos pide? ¿No querrás tú, lector amigo, participar en obra tan hermosa?

19 de octubre

XXXVII

Sobre si los muertos se murieron o se fueron antes

Hoy no sé, lector amigo, si vamos a conversar. Hoy es un día en que muy probablemente vamos a estar de acuerdo en todo. No discutiremos como otras noches; hablaremos reposadamente. Vamos a ver: ¿Has ido tú también al cementerio?

—Sí, señor. Acostumbro a ir todos los años a llevar unas flores. No vaya usted, a creer que porque no sea muy católico me olvido de mis muertos.

—No me lo creo. Yo bien sé que tú honras padre y madre y honras hermanos e hijos. Es lo que nos manda el cuarto mandamiento de la ley de Dios. Cuando han muerto, le les honra visitando sus tumbas. Eso de que los hijos son del Estado se queda para los mítines. Cuando llega la hora de la verdad, tú y yo sabemos que la familia es una cosa sagrada. Nunca he creído que acordarse de los muertos sea una virtud exclusiva de los católicos; creo, por el contrario, que todo hombre que no haya perdido el sentido humano se acordará siempre de los padres que le dieron el ser, de los hermanos que nacieron de la misma sangre, de la mujer que compartió hogar y lecho y de los hijos que engendró. El comunismo, tan de moda de labios afuera, no nos ha podido convencer ni a ti ni a mí de que hay que ir a la destrucción de la familia. Otra pregunta: Cuando te hallabas ante la tumba de tus seres queridos, ¿no tenías la impresión de que volverás a verlos?

—Mire usted, yo no sabría decirle lo que siento cuando me quedo callado ante su tumba. Siento algo, algo muy profundo. Hasta hablo con ellos. Me parece que no han muerto del todo. Evoco los días en que vivían y me parece imposible que hayan

muerto. Tengo una impresión algo así como si, se hubieran marchado a otro sitio. No sé cómo explicarme...

—Te explicas bastante bien, amigo mío. Un poeta inglés, hablando de los muertos, ha dicho una frase que seguramente resume con precisión tu pensamiento. Decía: «No es que hayan muerto, es que se fueron antes.»

—Exactamente. Esa es la impresión que yo tengo.

—Pues ese pensamiento es netamente cristiano. Para nosotros, los muertos no han dejado de existir, sino que han cambiado de manera de existir. Solemos decir de ellos que han pasado a mejor vida. Lo cual significa que, además de esta pobre vida sobre la tierra, hay otra vida mejor. Bueno, mejor o peor; eso es según hayamos vivido en ésta.

—Ya veo por dónde va: usted se refiere al cielo o al infierno, ¿no es eso?

—Cabalmente. Nosotros creemos que en esa vida que nos aguarda detrás de la tumba no todos seremos iguales. Dicen que a la hora de la muerte son iguales el pobre y el rico. No lo niego; pero el bueno y el malo de seguro que no serán iguales. Esto lo creemos los cristianos porque nos lo ha enseñado Jesucristo. ¿No lo crees tú también?

—A mí me lo dice el instinto. Verá usted: las golondrinas, cuando llega el otoño, emigran hacia otros países más cálidos. ¿Quién les ha enseñado que más allá del mar hay países cálidos? Nadie; se lo dice el instinto, y el instinto no les engaña. De igual modo, a mí me dice el instinto que el hombre, al morir, emigra hacia otra vida.

—Tienes razón a medias. Eso te lo dice a ti el instinto cristiano, que nosotros llamamos fe. Pero... ¿no decías que no eres muy católico?

—En secreto le diré que soy más católico de lo que parezco. Y como yo, ¡cuántos! Allá por dentro somos católicos. Lo que pasa es que no nos atrevemos a decirlo.

2 de noviembre

XXVIII

Sobre si el anticlericalismo es un morbo netamente español

Nos parezca bien o mal, el hecho es, lector amigo, que Norteamérica se ha puesto de moda en España. Se habla mucho de los Estados Unidos: de su cine, de su música, de su industria, de su progreso, de su historia, de su política y de su bomba atómica. Quizá sea debido a su victoria en la guerra y al afán de ser amigos de los que triunfan, que hace largos años que se dijo aquello de que «mientras andes próspero tendrás muchos amigos». Sea por lo que sea, los Estados Unidos están de moda entre nosotros. Y ya que lo están, se me ocurre preguntar: ¿Qué se pensará de la Iglesia católica en los Estados Unidos?

—¿Qué se pensará? Supongo que lo que en todas partes. No creo que los norteamericanos piensen sobre ella de otra manera que los españoles.

—Pues no, amigo; los norteamericanos tienen su manera peculiar de enjuiciar a la Iglesia. No olvides que aquél es un país donde coexisten varias religiones con vida pujante y fecunda. No todos son católicos, sino que hay muchos millones de protestantes y algunos millones de practicantes de otras religiones. Es un país sin unidad religiosa.

—Tampoco España tiene unidad religiosa, porque no me querrá usted convencer de que aquí todos somos católicos. Hay millones de españoles que no son católicos.

—Lo sé. Mejor dicho: todos los españoles, salvo excepciones, son católicos. Lo que ocurre es que no son buenos católicos, que no es lo mismo. En todo caso, el que no es católico tampoco tiene otra religión; de manera que en España no hay más que una

religión. En este sentido afirmo que en España hay unidad religiosa, porque no hay más que una religión: la católica. En Norteamérica no sucede lo mismo; de ahí mi interés por saber qué se piensa allí de la religión católica.

—¿Y qué se piensa?

—Lo acabo de leer en un libro reciente sobre «El catolicismo en los Estados Unidos». Dice su autor: «El norteamericano ha conocido «anticatolicismo», pero no «anticlericalismo». Está curtido en eso de la lucha contra los cristianos de las diversas denominaciones, pero ignora lo que es el hecho de que en un medio profundamente católico surjan elementos que pretenden distinguir, con una sutileza exagerada, entre la Iglesia y sus ministros, entre la jerarquía y el clero inferior, entre la Iglesia como doctrina y la Iglesia como organización.»

—¿Y quién de los dos piensa mejor: el norteamericano o el español?

—El norteamericano. Por lo menos, tiene lógica. Si no es católico, se opone en bloque al catolicismo, pero no se anda con medias tintas, distinguiendo entre la Iglesia y los curas, y si es católico, ni se le ocurre ser anticlerical. Y éste ha sido precisamente el morbo español: el anticlericalismo, enfermedad genuinamente española, de laque venimos padeciendo desde el siglo pasado. ¿No sería más sincero y más lógico decir que no se tiene religión alguna que no salirse con la monserga de que se cree en Dios pero no en los curas?

—Es que yo también soy cristiano, pero en los curas.... no creo. ¿Son todos santos acaso?

—No, hombre, no; no hace falta que sean santos para creer en ellos; es decir, para creer que, buenos o malos, son representantes de Jesucristo y ministros de Dios. ¿Es que el norteamericano cree en los curas porque en Norteamérica todos los curas son santos? Déjate de frases hechas y piensa un poco por ti mismo. Te las quieres dar de muy independiente y personal y sin darte cuenta no haces más que repetir como un papagayo una expresión que está ya muy gastada. Yo soy muy español, español cien por cien, pero en este caso no dejo de reconocer que los norteamericanos tienen más lógica que nosotros.

11 de noviembre

XXXIX

Sobre si los sacerdotes se ocupan de los pobres

No sé si tú serás también, lector amigo, de esos que dicen que la Iglesia ya no es como la fundó Jesucristo porque se ha aburguesado y burocratizado, porque se ha vendido a los ricos y se ha puesto al servicio de los capitalistas. Si eres de los que así piensan no sé qué alegarás a lo que te voy a decir.

—No sé lo que usted irá a decir, pero sí sé que el Papa vive en uno de los más suntuosos palacios del mundo.

—También yo lo sé, y hasta lo he visitado, y te prometo hablar de esto otro día. Pero también sé que en los suburbios de Madrid hay sacerdotes que viven para los pobres, en residencias muy pobres.

—Y eso, ¿no será propaganda?

—Si lo es, les sale bien cara a los que la hacen, porque esos sacerdotes sacrifican su vida entera a los humildes, sin ambición de mejorar de fortuna. Sólo piensan en hacer que los demás mejoren la suya. ¿Has oído hablar de la «Ciudad de los Muchachos»?

—La vi en el cine.

—No me refiero a la película. Hablo de la «Ciudad de los Muchachos» que se pretende levantar, en un barrio extremo del Puente de Vallecas. Yo he visitado hace unos días ese barrio y he tenido una larga conversación con el hombre que ha ideado el proyecto. Es un sacerdote joven, lleno de entusiasmo y, sobre todo, lleno de un deseo inmenso de hacer mucho bien en aquella barriada. Su proyecto es el de construir una pequeña ciudad para

que los niños más pobres puedan instruirse y formarse y llegar a abrirse camino en la vida de una manera decorosa.

—¿Y no será ésa una manera de que ese sacerdote se abra él también su camino, montando un buen negocio a la sombra de la «Ciudad de los Muchachos»?

—Le calumnias pensando tal cosa. El construirá la ciudad con el dinero de los ricos, que son los que pueden dar. Ya ves lo que hace un sacerdote: lograr que el dinero de los ricos baje hasta los pobres. No se lo sacará pistola en mano, porque la religión prohíbe la violencia hasta para hacer practicar la virtud; se lo sacará con el corazón en la mano, apelando a la caridad que Cristo nos ha mandado practicar a quienes nos decimos discípulos suyos. Pero se lo sacará y se levantará la «Ciudad de los Muchachos», y los niños del Puente de Vallecas le bendecirán. Ese sacerdote morirá algún día, pobre, como vivió. Así murieron tantos cuyos nombres el mundo olvida. ¡Para poder decir luego que la religión no se ocupa de los pobres!

16 de noviembre

XL

Sobre la visita que yo hice a unas cuevas

No sé si me lo vas a creer, lector amigo. ¿Sabes dónde cómo acabo de pasar un día entero? Agárrate: lo he pasad haciendo cine debajo de un puente, con una tribu de gitanos. Me equivoco; no pasé el día entero entre los gitanos; también rodamos unas escenas entre cristianos y españoles, pero entre cristianos y españoles que viven en cuevas. Y esto es lo que de verdad me llegó al alma.

—Conque ¿usted haciendo cine? ¿Y en unas cuevas?

—Sí, amigo, no te escandalices. No es cine frívolo lo que fuimos a hacer. El cine, que tanto daño ha hecho a las conciencias, puede también hacer mucho bien. Fuimos a rodar unas escenas al natural para una película de corto metraje sobre la vida que se vive en los suburbios de Madrid, para que, a su vista, se conmuevan las conciencias de cuantos pasean por las calles de Madrid, dispuestos a gastarse alegremente las pesetas —demasiadas pesetas— en frivolidades no siempre dignas de cristianos.

—Supongo que no le habrán acogido a usted precisamente con los brazos abiertos. Habrá podido observar que es inútil predicar a personas que viven en una cueva.

—He podido observar muchas cosas. Y la primera es que se me ha acogido con curiosidad y respeto. Más todavía: con verdadero afecto. La presencia del sacerdote en esos lugares no desentona; al contrario, parece que esos lugares están reclamando la presencia del sacerdote. No vayas a creer que fui a sermonear, a predicarles paciencia y resignación y a decirles que de los pobres es el reino de los cielos. Una cosa es ser pobre y otra vivir en la más espantosa miseria. Les dije que si ellos vivían así es porque

en Madrid no abundan los que viven cristianamente; les dije también que su manera infrahumana de vivir no era consecuencia de nuestra manera cristiana de entender la vida, sino, por el contrario, consecuencia de que no entendemos la vida con suficiente espíritu cristiano. Y terminé diciéndoles que les acecha su peor enemigo: el demagogo que a su miseria económica venga a añadir la miseria espiritual, llenándoles el alma de odio y arrebatándoles la fe en una vida futura y la esperanza de un cielo eterno.

—¿Y no se sonrieron al escucharle?

—Sí se sonrieron, pero no con la sonrisa maligna que tú supones, sino con la amable sonrisa de quien siente que su vida se ilumina súbitamente. Porque no es verdad que la religión sea el opio del pueblo. Eso es lo que se le ha dicho al pueblo demasiadas veces. ¿Para qué? Para hacerle perder lo que en su miseria más le puede endulzar la vida: el consuelo de que hay otra vida en la que el dinero no servirá para nada. Al pobre hay que darle realidades, de acuerdo. Pero mientras las realidades no llegan, lo divinamente humano es confortarle con la esperanza. Y lo diabólico, invitarle a la desesperación.

23 de noviembre

XLI

Sobre la fuerza moral que tiene la palabra del sacerdote

Si es verdadero el dicho español de que le zumban a uno los oídos cuando hablan de él, ¡habrá que ver cómo les han debido zumbar los oídos a los estraperlistas esta semana! Del estraperlo se ha hablado mucho desde hace tiempo, pero contra los estraperlistas dudo que se hayan dicho nunca tantas cosas como durante estos últimos días. ¿No has oído hablar tú, lector amigo, de este asunto en alguna tertulia?

—¿Que si he oído hablar? ¡Si no se habla de otra cosa! Donde haya más de dos personas reunidas, allí se habla de los estraperlistas.

—Y ya ves, ha sido un sacerdote el que ha levantado todo ese enorme revuelo. Si quien pronunció las palabras que ha originado todo ese cúmulo de comentarios no hubiera sido un sacerdote, ¿crees tú que hubieran tenido tanta trascendencia? Seguramente que no. La ya famosa charla radiofónica del domingo último no habría alcanzado tan difusa resonancia si no la hubiera dado un sacerdote. ¿Qué significa eso?

—Significa que dio en el clavo y puso el dedo en la llaga con un verdadero acierto de forma. No creo que signifique otra cosa.

—Pues yo creo que sí, que significa algo más. Significa que, a pesar de todo, la palabra de un sacerdote tiene una fuerza moral que ninguna otra palabra puede alcanzar. El sacerdote no habla en nombre propio, sino en nombre de Cristo y de su doctrina. De ahí arranca su fuerza. Como has podido comprobar, unas palabras de Jesucristo han bastado para dar a ese sacerdote una autoridad que nadie, ni los mismos estraperlistas, se han atrevido a discutir. La

Iglesia conserva su prestigio porque la doctrina en que se apoya es la doctrina misma de Dios, ¿Crees tú que un texto de cualquier sociólogo o pretendido redentor de los humildes hubiera podido servir de apoyo a una tan violenta y sincera diatriba?

—Le doy a usted la razón. Pero, ¿por qué no hablan así todos los sacerdotes? ¿Por qué no demuestran esa valentía? Si la Iglesia se pusiera al lado de los pobres, si se dedicara a proteger al débil en contra de los explotadores, no estaríamos muchos tan alejados de ella como estamos.

—Mira, no culpes a la Iglesia de actitudes de las que ella no es responsable. Su doctrina es inmejorable, ¡como que la ha revelado Dios mismo! Los encargados de predicarla pueden acobardarse alguna vez. Pero yo te puedo asegurar que, en general, los sacerdotes están cumpliendo con su deber. Lo que ocurre es que, como hablan en las iglesias y tú no frecuentas la iglesia, no te has enterado de lo que dicen. El Papa ha dicho las cosas más terribles denunciando el crimen del gran estraperlo, y si el Papa no ha dudado en pronunciar palabras tan duras, ¿por qué han de tener miedo los simples sacerdotes?

—Insisto en que si la Iglesia se pusiera al lado de los desgraciados y no de los ricos, estaríamos con ella.

—No confundas. No confundas a los ricos con los estraperlistas. La Iglesia está al lado de los pobres cuando los pobres llevan su pobreza con dignidad cristiana, y está con los ricos cuando los ricos hacen buen uso de su riqueza. La Iglesia está contra la injusticia, venga de donde viniere, pero no es enemiga de pobres ni de ricos. Si unos y otros estuviéramos unidos, ¿qué fuerza no tendría la Iglesia? Con ello saldríamos todos ganando, y los que más habían de ganar son los pobres. Yo espero que algún día nos llegaremos todos a entender. Te lo digo con el corazón en la mano. Si no eres hombre de mala fe, si tienes sano el corazón, te has de convencer de que la Iglesia es la depositaria de la única doctrina salvadora. Pese a todas las deficiencias y cobardías de los que nos llamamos cristianos. La mejor prueba la tienes en la resonancia que han tenido las palabras cristianas pronunciadas por un sacerdote frente a un micrófono:

30 de noviembre

XLII

Sobre una cosa con que no puede contar la O. N. U.

A fuerza de tanto oír hablar de la O. N. U. he terminado por caer en la tentación de hablar yo también de la O. N. U. en esta columna, donde te he prometido, amigo lector, no hablar más que de las cosas eternas. Estos días se ha hablado mucho en la O. N. U. del pueblo español; los delegados de las distintas naciones no son capaces de pronunciar tres frases seguidas sin mentar al pueblo español. Y yo, que soy un miembro de tantos del pueblo español, quiero decir aquí unas cuantas cosas sobre la O. N. U.

—Pero ¿no es política? ¿No hemos quemado en que los sacerdotes no deben meterse en política?

—Sí, amigo, en eso hemos quedado y yo no me voy a meter en política. Podría hacerlo, porque soy español y no he renunciado a mis derechos de ciudadano, pero no lo hago. Quiero hablar de la O. N. U. en mi calidad de cristiano y sin salirme del terreno religioso.

—No me parece que lo logrará. El clero español se diferencia del de los demás países en que, tiene una inclinación incontenible a meterse en política y a mezclarse en las cosas terrenas. El clero de otros países no es así.

—¿Que no es así? Precisamente voy a servirme de palabras pronunciadas nada menos que por el cardenal arzobispo de Westminster (Inglaterra), monseñor Griffin. Este cardenal ha pronunciado en su catedral un sermón en el que no se ha mordido la lengua. A propósito de la famosa Organización de las Naciones Unidas ha dicho: «Creo que la mayor parte de nosotros está, con razón, descorazonada ante el fracaso de sus actuales integrantes en alcanzar los debidos arreglos. Teníamos esperanzas de que para estas fechas los Tratados de paz estuvieran en vigor. ¿Qué se nos ha dado? Simplemente, una reunión de naciones que tienen de

todo menos de unidas.» Ya vas viendo, lector, cómo es el clero de otros países, los más democráticos de entre los llamados democráticos. El cardenal añade: «Muchas naciones, cuya presencia contribuiría en no pequeña escala al logro de la paz, se encuentran actualmente excluidas de la Organización.» No se necesita ser muy lince para ver que entre esas naciones se encuentra España, país tan amigo de la paz que no se ha mezclado en ninguna guerra internacional en lo que va de siglo.

—Y todo esto, ¿qué tiene que ver con el cristianismo?

—No lo sé; pero el hecho es que así habla en un sermón un cardenal inglés. Te lo digo para que veas que el clero de otras naciones habla de cosas terrenas con más naturalidad que el de por acá. Pero el cardenal tampoco se sale del terreno religioso, sino que aplica los principios religiosos a los acontecimientos políticos. Habla de la Carta de las Naciones Unidas y dice: «Se ha excluido a Dios de la Carta; supongo: que no se le va a admitir ahora como delegado menor de poder inferior. Sin embargo, deberíamos darle el lugar que le corresponde en los asuntos internacionales y reconocer qué sin El nada podemos hacer.» Y aquí es donde quería yo llegar. Y por eso decía que quería hablar de la O. N. U. en m calidad de cristiano. Desconfío mucho de una organización internacional de la que deliberadamente se ha excluido a Dios.

—¿No querrá usted que se nombre a Dios presidente de Organización?

—Se le nombre o no, Dios está muy por encima de la organización. Porque soy cristiano creo que todos los delegados de la O. N. U. tendrán que comparecer un día ante el tribunal de Dios y creo también que Dios les pedirá estrecha cuenta de todas sus actuaciones, de sus discursos, de sus votos, de sus intervenciones. Les preguntará si han obrado siempre de acuerdo con su santa Ley. Y mucho me temo que sus respuestas no serán muy del agrado de Dios. Su nombre no aparece en la Carta, ni en ella se encuentra huella de su doctrina. Como cristiano, que soy, esto no me parece bien, ni le parecerá bien a ningún cristiano del mundo. Es todo cuanto yo quería decir de la O. N. U. Repitiendo unos versos, de Rubén Darío, digo a los hombres de esa Organización: «Y pues contáis con todo, os falta una cosa: Dios».

7 de diciembre

XLIII

Sobre la fastuosa riqueza de las iglesias

Una de las cosas de la Iglesia Católica que más he oído criticar siempre por los españoles que no frecuentan los templos es el boato, la riqueza y la aparatosidad de las iglesias, de las sagradas imágenes y de los actos del culto. Tú, amigo lector, que raramente pisas una iglesia, ¿eres también de esa opinión?

—También. Siempre he oído decir que Jesucristo vivió pobremente y no comprendo cómo los que se dicen sus discípulos se han alejado tanto de aquella sencillez y pobreza primitivas. Yo creo que la Iglesia de hoy en nada se parece a la que fundó Jesucristo.

—Es que a ti te ciegan las apariencias. En primer lugar, ¿crees que en todas partes la Iglesia se muestra igualmente aparatosa? Pues te equivocas. ¡Si supieras qué pobres son las capillas en aquellas regiones donde la Iglesia se acaba de implantar! Tú conoces la vida católica de España, de este país que tiene una historia de veinte siglos de cristianismo, pero no conoces cómo se desenvuelve en las nuevas cristiandades,

—¿Y por qué hay estas diferencias? ¿No es siempre y en todas partes la misma Iglesia?

—En lo esencial, la Iglesia es en todas partes la misma, pero en lo que no es esencial, no. Precisamente una de las grandes ventajas de la Iglesia es la de su adaptabilidad a los lugares, a los tiempos y a los hombres. Sin perder nada de lo que le es esencial, admite una infinita variedad en lo accesorio. La Iglesia es una, pero no es uniforme; tiene una gran comprensión para las diferencias de cada pueblo. Lo que no debemos nosotros es mostrarnos intransigentes. Acusamos a menudo de intransigencia a la Iglesia y luego

resulta que los intransigentes somos nosotros. Basta que a nosotros una cosa no nos parezca bien para que en seguida, sin meternos en más explicaciones, lancemos el anatema contra lo que no nos gusta, como si nuestro parecer fuera un juicio sin apelación.

—Todo lo que usted quiera, pero a mí no me hace usted creer que está bien la riqueza y el boato de la Iglesia en España. Es algo escandaloso.

—No tanto, amigo. Los españoles hemos sido basta ahora muy amantes del boato y de la fastuosidad. La Iglesia se ha plegado al carácter de los españoles. ¿Que ahora nos da por cambiar de manera de ser y preferimos la sencillez? Ya verás cómo poco a poco la Iglesia se va adaptando a nuestra nueva manera de concebir las cosas. Recapacita un poco sobre esto: en la Edad Media se construyeron en la mayoría de las ciudades españolas unas Catedrales que son todavía pasmo y admiración de las gentes. En aquellos tiempos los españoles eran así; cuando casi todos los edificios de la ciudad, hasta los palacios de los grandes, eran modestos edificios, las Catedrales lanzaban sus flechas muy por encima de todo el caserío. ¿Qué te parece? ¿Qué hubieras pensado tú si hubieras vivido en aquellos tiempos? En cambio, los hombres de entonces estaban orgullosos de su Catedral. Hoy mismo los españoles mostramos con orgullo a los extranjeros la riqueza y la enormidad de nuestras Catedrales, que pueden competir con las mejores de Europa. Hoy ya no se hacen Catedrales. Las grandes ciudades se pueblan de suntuosos palacios, de lujosísimos hoteles, de elegantísimos Bancos, de toda clase de grandes edificios para servicios públicos. Al lado de ellos las iglesias parecen hermanas raquíticas. ¿Y todavía te parece algo exagerado? Los cines y teatros presentan unas fachadas y unos interiores verdaderamente fascinadores y costosísimos. ¿Y encuentras demasiada riqueza en los templos?

—Hombre, si pone usted así las cosas...

—Las pongo como son. En los siglos anteriores, la fe de los españoles era más fuerte y más viril; por eso, lejos de escandalizarse de la riqueza de la Iglesia, se enorgullecían de ella. Hoy os escandalizáis algunos de lo poco que aún queda, y además culpáis

a la Iglesia. No, amigo; no es que la Iglesia sea muy rica, es que vuestra fe es muy pobre.

14 de diciembre

XLIV

Sobre las Navidades del incrédulo

Cuando llegan las Navidades yo pienso siempre en los que no creen en Cristo. ¿Por qué? Porque me dan mucha pena. Otros prefieren pensar en los mendigos que pasan la Nochebuena en una cueva o en los encarcelados privados de la compañía de los suyos o en los nómadas de las grandes ciudades que no encuentran un hogar donde refugiarse durante esa santa noche. Yo, no; yo pienso en los que no creen en Cristo, porque los creo muy desgraciados, más desgraciados que los mendigos si son mendigos con fe.

—Pues yo no creo en Cristo, y por eso no me creo desgraciado.

—Tampoco los locos se creen desgraciados, y mira tú si lo son. Hay quien es desgraciado sin saberlo, que es la mayor de las desgracias. Quien va dormido en un tren a punto de descarrilar y muere en el accidente, nos inspira una gran compasión, y, eso que no conoce su próxima muerte. Quien no cree en Cristo, me inspira la misma compasión del que va a ser víctima de un mortal accidente.

—¿Y por qué piensa usted en él al acercarse las fiestas de Navidad?

—Porque no conocerá las alegrías más puras de que puede gozar el hombre. Y además porque allá en el fondo de su alma yo sé que le queda una profunda tristeza, como de quien ve que se le apaga la luz. ¿Qué le dicen a él esos villancicos que oye por radio? ¿Qué le dicen esas ingenuas poesías de pastores y zagales? Nada. Mejor dicho; le dicen que se le ha evaporado el perfume de

la ternura y que para él carecen de sentido las fiestas más entrañables.

—No veo a qué viene todo eso, porque yo, sin creer en Cristo, celebro todos los años las Navidades, me permito en esos días un extraordinario, invito a mis amigos a casa, me invitan ellos a mí; en fin, que también para mí son días de gran alegría.

—Me lo suponía. Pero ¿a qué viene esa alegría? Yo no celebro el aniversario del nacimiento de Buda ni de Mahoma; porque no soy mahometano ni budista. A mí las fiestas de budistas y mahometanos pe tienen sin cuidado; las respeto, pero no tomo parte en ellas. Si tú no crees en Cristo, ¿por qué celebras su nacimiento? No me negarás que la lógica no aparece por ninguna parte. Déjanos a los cristianos que hagamos de estas fiestas el momento más bonito del año. Si tú las celebras también es que de alguna manera rindes un homenaje a Cristo. Lo más lógico sería que para ti la Nochebuena fuera una noche de tantas y nada más. O que hicieras como los yugoslavos.

—¿Qué hacen los yugoslavos?

—El Gobierno de Yugoslavia; que, como sabes, es rabiosamente comunista, ha ordenado que en las escuelas se enseñe a los niños que Jesucristo no ha existido. Nada menos que eso. Ya no se trata sólo de perseguir a la Iglesia o de desfigurar la persona y la doctrina de Cristo, sino de afirmar que la persona de Cristo es un mito, un producto de la imaginación cristiana o, mejor, un producto de la picaresca del clero cristiano para embaucar a los tontos.

—¿Es verdad que se enseña eso en Yugoslavia?

—Eso y más. ¡Figúrate con esos antecedentes, cómo se celebrarán allí las Navidades! Aquí, afortunadamente, todavía el odio no ha podido, acabar con el sentido común, y tú continúas alegrándote ante el pesebre de Belén. Y es que eres más cristiano de la que tú mismo te crees.

21 de diciembre

XLV

Sobre si es más razonable el que cree que el que no creé

Casi todos los españoles somos católicos. ¿No estás de acuerdo, lector? No digo que también casi todos seamos buenos católicos, eso no; hay algunos muy buenos; otros, ya no tan buenos, y otros, francamente malos. Pero hay pocos que en el fuero de su conciencia no se proclamen católicos, y que, llegado el momento, no lo demuestren de alguna manera. Podremos discrepar en muchas cosas, incluso en la manera de entender ese mismo catolicismo, pero en lo fundamental coincidimos. ¿Será nuestra religión la única verdadera? ¿Seremos católicos por tradición y apego a nuestras costumbres o porque creemos que el catolicismo es la verdad?

—Yo creo que en España somos católicos por atavismo. Lo mismo que los árabes son mahometanos y los griegos son ortodoxos. Todos los que profesan una religión creen que la suya es la verdadera. Yo creo que todas las religiones son buenas.

—También yo creo que son buenas todas las religiones. No se concibe una religión que sea mala, y siempre será mejor tener una religión, por poco elevada que parezca, que no tener ninguna. Pero lo que yo pregunto no es si la nuestra es la única buena, sino si es la única totalmente verdadera. Verdades parciales hay en todas las religiones, porque en todas hay un fondo idéntico; pero la verdad total, ¿adónde está?

—Me parece que la pregunta no tiene solución, porque todos creerán que la verdad total se halla en su religión.

—Sin embargo, ¿no habrá algún indicio objetivo para sospechar en cuál de ellas se halla la verdad total? Yo creo que sí.

Me voy a fijar solamente en un hecho: en la universalidad del catolicismo. El catolicismo es la única religión que tiene una verdadera fuerza expansiva que rompe todas las barreras, lo mismo las raciales que las políticas. El catolicismo no es la religión de los blancos, sino que está penetrando entre los negros y los amarillos; en cambio, ninguna religión africana o asiática hace prosélitos entre los blancos. El catolicismo no es la religión de Occidente, porque también en Oriente hay enormes núcleos, cada vez más numerosos, de católicos; es más: el catolicismo es una religión nacida en Oriente, lo que demuestra que no está hecha solamente para una determinada mentalidad y para la psicología de ciertos pueblos, sino que es capaz de adaptarse a todas las psicologías y mentalidades sin perder ninguno de sus caracteres específicos y esenciales. El catolicismo no es una religión buena solamente para sabios o para ignorantes, sino que lo mismo la profesan los hombres primitivos del centro de África que los más ilustres catedráticos de la Europa culta. ¿Qué religión puede decir otro tanto? Ninguna. Y bien pensado, ¿no significará mucho esta universalidad? La verdadera religión no puede ser el monopolio de un pueblo, sino patrimonio de toda la Humanidad, y sólo el catolicismo presenta ese carácter universal, que hace sospechar que sea la religión que el mismo Dios deseo que sea la de todos los hombres, ¿Qué dices a esto?

—No está mal razonado, y hasta puede que sea verdad, pero a mí no me convence del todo.

—Es que tampoco es el único indicio que tenemos para afirmar la verdad del catolicismo. Hay otros varios; que en sábados sucesivos te iré exponiendo, y todos ellos juntos constituyen no ya un simple indicio, sino una sólida argumentación, difícilmente rebatible. La religión se cree, no se demuestra; pero se demuestra que es muy razonable creerla. Lo poco razonable es rechazarla a la vista de tales argumentos.

4 de enero

XLVI

Sobre el último espectáculo de Trudi Bora

No acostumbro, amigo lector, hablarte de espectáculos en esta columna que escribo todos los sábados. Tú bien sabes que te hablo de cosas eternas, de ésas de las que casi no dicen nada los periódicos, porque los periódicos recogen el latido de la actualidad. Pero si la actualidad nos interesa a ti y a mí porque somos hombres del día, más nos debe interesar la eternidad, porque somos hombres, y el hombre, que pasa por el tiempo, no está hecho para terminar con el tiempo, sino para la eternidad. Porque aquí estamos de paso, amigo; nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar, que es el morir, y el morir es pasar el puente que conduce a la patria eterna.

¿A dónde iba yo? ¡Ah, sí! Te decía, lector, que no acostumbro hablarte de espectáculos; pero hoy, por excepción, lo voy a hacer.

—¿Y va usted a hablar del último espectáculo de Trudi Bora? Yo he visto algunos de sus espectáculos, y no creo que sean como para que usted los comente. ¿O va a condenar por inmoral su último espectáculo?

—Precisamente va a ser todo lo contrario. No sé si los espectáculos de Trudi Bora que tú has visto serían inmorales, pero de este último te puedo asegurar que es el mejor de todos los que ha dado.

—¿Dónde ha sido eso?

—Ha sido en Cádiz. ¿No te has enterado? Pues resulta que Trudi Bora, que, como sabes, es alemana, se acaba de convertir al catolicismo. El día de Reyes ha sido bautizada y ha cambiado su nombre, Gertrudis Bauer, por el de María de los Ángeles y Milagros de Jesús. En la tarde del día 8 recibió el sacramento de la

Confirmación de manos del señor obispo. La artista internacional, de veintitrés años de edad, que ha entretenido a todos los públicos con sus divertidos espectáculos, acaba de presentar su espectáculo más hermoso: el de su conversión al catolicismo.

—Bueno; una conversión más. No es nada extraordinario. ¿Qué quiere usted sacar de ahí?

—Mucho. Porque yo creo que el que una artista internacional del prestigio de Trudi Bora, especializada en la presentación de espectáculos frívolos, se convierta al catolicismo tiene algo de extraordinario; no es un acontecimiento que ocurre todos los días. No es una conversión más, sino una conversión verdaderamente sensacional.

—Pues yo sigo creyendo que es una conversión más y que no tiene nada de extraordinario.

—Mejor para ti. Si es una conversión más, ello significa que es una cosa muy corriente el que personas pertenecientes a otras religiones las abandonen para abrazar la religión católica. Efectivamente, en sí no tiene nada de extraordinario; cuando tantos hombres de todas las naciones y de las más diversas profesiones se convierten al catolicismo, ¿qué tiene de extraordinario que se convierta una actriz como Trudi Bora? No hace más que seguir una corriente que desde hace un siglo se está haciendo cada vez más caudalosa; son cada año más numerosas las conversiones. ¿Y qué demuestra esto?

—No sé; no me he parado a pensar en ello.

—Pues yo sí me he parado y he sacado mis conclusiones. El sábado último te decía yo que hay muchos indicios de que la religión católica sea la única verdadera, y uno es su universalidad, es decir, su capacidad de adaptación a todos los pueblos y todas las razas. Sólo ella posee ese don de instalarse en todos los climas sin perder sus rasgos esenciales. Hoy hemos hallado otro indicio: ella sola posee una fuerza de atracción a la que se rinden hombres de todas las religiones. ¿Por qué hay tantos que se convierten al catolicismo? ¿Por qué las demás religiones no poseen esa fuerza de atracción? ¿Por qué es verdaderamente extraordinario que un católico se convierta a otra religión con sinceridad? ¿Por qué, por qué?... Contesta, si puedes.

11 de enero

XLVII

Sobre si un mundo sin religión no sería una cárcel infinita

Si la Iglesia católica no fuera la única religión verdadera, pudiera serlo otra de las restantes religiones. ¿Y si ninguna religión fuera verdadera? Entonces habría que contestar a esta otra pregunta: ¿Convendría acabar con toda clase de religiones? Parece que sí, porque ¿para qué sostener una teoría del hombre y del mundo que se sabe que no es verdadera?

—Eso me parece a mí. El hombre debe ir en busca de la verdad, y si cree que toda religión no es más que una superstición, debe rechazarla.

—Perfectamente. La Iglesia luchó, no con las armas, sino con la persuasión, contra la religión del Imperio romano, contra aquella mitología o superstición, en la que ya no creían las mejores inteligencias del Imperio. La rechazó, porque no era verdadera.

—Eso mismo se debería hacer hoy, pero en mayor escala.

—Sí; pero ten en cuenta, lector amigo, que la Iglesia sustituyó una religión por otra. Las almas no quedaron un momento vacías de toda religión. ¿Qué ocurriría si ahora se vaciase a las almas de todo contenido religioso?

—No pasaría nada. Hay ya en el mundo muchos millones de hombres que no están afiliados a religión alguna, y no se nota que haya gran diferencia entre ellos y los que profesan una religión cualquiera.

—Muchos millones; pero no tantos como tú te figuras. De los dos mil millones de habitantes que hay en el mundo, no creo que lleguen a cien millones los que se han despojado de toda religión. Total, un cinco por ciento. Y esos cien millones no viven juntos y

aislados de los demás hombres, sino que se hallan entremezclados con ellos. Quieran o no, se encuentran como empapados de religión, porque el mundo y su cultura actual son todavía un tarro de perfume que aroma a todos sus habitantes. ¿Qué sería de un mundo del que hubiera desaparecido toda idea religiosa? ¿De un mundo en el que nadie creyera ni esperara en un más allá? ¿Qué sería un mundo en el que todos fuéramos iguales, sin que nadie nos pudiera pedir cuentas de nuestros actos en nombre de alguien que estuviera por encima de nosotros? ¿Con qué sustituiríamos el contenido religioso que hasta ahora ha sido el fundamento de nuestra vida moral?

—Yo creo que bastaría con una idea: la de considerarnos todos hermanos y, en consecuencia, amarnos los unos a los otros.

—La idea es muy vieja. Casi todas las religiones, si no todas, la han aceptado, y la religión cristiana ha hecho de esa idea el segundo eje de la vida humana. Sin embargo, ya ves que no se ha conseguido mucho y que el mundo más parece un bosque de fieras que se buscan para despedazarse que un jardín donde trabajan y juegan hermanos que se aman. ¿En virtud de qué, suprimido el motor religioso, los hombres habíamos de sentirnos más hermanos? Razona un poco. Dime: lo que no han logrado las religiones, ¿lo lograría una organización meramente civil? No nos engañemos; el hombre no es un ángel; esa de la bondad natural del hombre es una utopía que la Historia se está encargando de demostrar cada vez con más claridad. Reconozcamos que un mundo de hombres sin religión alguna se convertiría muy pronto en una cárcel infinita, con unos pocos guardianes, dueños de la fuerza, y una infinidad de esclavos.

—¿Y qué es ahora el mundo?

—Para la casi totalidad de los hombres, que profesamos alguna religión, un valle de lágrimas que desembocará en un prado de felicidad. Para los que no tienen religión, el mundo no es más que un rompecabezas. Un enorme rompecabezas ¡Menos mal que hay religiones, y hay entre ellas una verdadera!

18 de enero

XLVIII

Sobre si los que se dicen ateos son ateos de verdad

Te va a extrañar, querido amigo y lector, la afirmación que voy a sentar para comenzar la conversación de este sábado: yo no reo que haya ningún ateo.

—Eso sí que no. No estoy de acuerdo. Yo no soy ateo, como le he dicho a usted otras veces; yo creo en Dios y hasta creo un poco, un poco nada más, en la Iglesia. Pero entre mis amigos hay unos cuantos que son ateos.

—¿Lo son de verdad o lo dicen nada más?

—Lo dicen, y cuando lo dicen, habrá que creerlos. Yo los creo sinceros.

—Yo no los creo sinceros más que a medias. Lo más que te concedo es que se crean ateos, pero no que lo sean. Y no es lo mismo ser ateo que creérselo. También hay muchos que gozan de buena posición, les oyes hablar y te cuentan que ellos son pobres, muy pobres. Si a esos amigos tuyos los apuras un poco, te dirán que no es que ellos afirmen categóricamente que no hay Dios, pero no están muy seguros de que lo haya. Y esto ya no es lo mismo. Si les sucede una desgracia verás cómo su ateísmo baja aún más de tono y hasta se les escapa una llamada de auxilio hacia la altura. No es que crean que Dios los oye desde la altura, pero... por si acaso. Y esto ¿es ser ateo? No, amigo; esto es no saber a qué carta quedarse. Lo cual, en castellano puro, es ser unos ignorantes. Porque ¡mira que no saber una cosa tan elemental y tan importante! Ignorar el número de estrellas que componen la vía láctea no tiene nada de extraño ni lo conocen los más sabios astrónomos. Al fin y al cabo, eso no tiene ninguna importancia para nuestra vida y lo mismo viviríamos sabiendo o no sabiendo su número. En cambio, la existencia de Dios nos plantea enormes problemas en nuestra vida y hasta en los más anodinos actos de ella. Si Dios no existe, no tenemos ningún deber hacia El y ninguna

de las religiones que existen puede ser verdadera; entonces ya está resuelto definitivamente ese pavoroso problema del alma espiritual, del más allá, del premio o el castigo después de la muerte y tantas, otras gravísimas cuestiones como plantean las diversas religiones. Si Dios existe, las consecuencias son terribles; luego ¿tenernos ciertos deberes con relación a El?; luego ¿alguna religión puede ser verdadera?; luego ¿hay un más allá, donde nuestra alma ha de ser premiada o castigada? ¡Terribles consecuencias! Ya ves si es importante resolver la cuestión de si existe o no existe Dios. No querer ocuparse de ella o aplazar su solución para más tarde sería propio de insensatos. ¿Son insensatos tus amigos?

—No lo creo. Ellos dicen que no saben si hay Dios, pero a mí me parece que quieren decir que saben que no hay Dios.

—¿Saben que no hay Dios? Pues que lo demuestren. La inmensa mayoría de los dos mil millones de hombres que poblamos el Globo terráqueo creemos que existe; en esa cuenta estamos y en esa creencia vivimos. Por otra parte, parece evidente que este mundo debe tener un constructor, de la misma manera que parece evidente que un reloj reclama la existencia de un relojero. Si, pues, tus amigos nos vienen ahora con que estamos equivocados, a ellos les toca probarnos nuestra equivocación. Y... ¡trabajo les mando! Te advierto que tendrán que poner su cerebro a pleno rendimiento para conseguirlo y no sé por qué sospecho que tus amigos no van a tener suficiente masa gris para organizar cinco argumentos en contra de la existencia de Dios tan contundentes como los cinco que a su favor nos ha legado Santo Tomás de Aquino. Porque no creo que entre tus amigos haya ningún Santo Tomás de Aquino.

25 de enero

XLIX

Sobre Wu Chin Hsiung

Es muy probable, amigo lector, que no te imagines siquiera a santo de qué encabezo mi diálogo de esta noche con esas tres misteriosas palabras: Wu Chin Hsiung. ¿Verdad que parece chino?

—Es verdad que lo parece. No sé por qué me recuerda al famoso Fu Manchú de la película. Pero le confieso a usted, que es la primera vez que leo ese nombre. ¿Qué quiere decir Wu Chin Hsiung?

—Wu Chin Hsiung es un chino cuyo nombre ha sonado estos últimos días en la Prensa internacional. ¿Un general? ¿Un obispo? ¿Un violinista? Ahora te lo diré, porque yo sé su historia. Wu Chin Hsiung nació a finales del siglo pasado y se educó en la religión de Confucio, dentro del seno de una familia profundamente tradicionalista. Un buen día sus padres le enviaron a los Estados Unidos a estudiar Derecho en varia Universidades norteamericanas. Fue un buen estudiante y alcanzó en exámenes brillantes los grados de licenciado y doctor en Derecho.

—Perfectamente. Pero esto no tiene mucho interés para mí. Y además, no veo adónde va usted por ahí.

—Voy a lo mío. Cuando Wu Chin Hsiung se despidió sus padres, les prometió que permanecería fiel a la religión de Confucio y que no se dejaría ganar nunca por la religión de Cristo, aunque no fuera más que para permanecer fiel a sus padres y a su raza. Pero Wu era un hombre sincero, y pronto, se dio cuenta de que su religión no era la verdadera. Junto con los estudios de Derecho Internacional había llevado a cabo otros estudios más profundos y había llegado a la conclusión de que Cristo era el verdadero mensajero de Dios. Su religión tenía que ser la verdadera. Mucho

le costó dar el paso definitivo, porque tenía que romper con todo su pasado, en el que se mezclaban sus padres, su educación primera, sus recuerdos de niñez, su misma patria china. Hacerse cristiano representaba para él el mayor esfuerzo que se podía pedir a un oriental. ¿No es el confucionismo la religión de los chinos? Pues ¿cómo un china va a abrazar una religión que no es la de los chirlos? ¿Y qué tendrá la religión de Cristo para atraer hacia sí a un chino, lo mismo que a un africano, a un japonés o a un indio? No deja de ser sorprendente este hecho, que se está repitiendo todos los días. ¿Tú te lo explicas, lector?

—No me lo explico; pero también es verdad que en los países cristianos se produce cada día el fenómeno contrario: cada día deja alguno de ser cristiano.

—Sí, pero no para abrazar otra religión, sino para quedarse sin ninguna religión. Como ya te he dicho otras veces, de la religión cristiana se pasa a la irreligión, pero no a otras religiones. En cambio, hay muchos que dejan su religión para profesar la de Cristo. Y éste fue el caso del doctor Wu Chin Hsiung. Pero he aquí lo más interesante: el doctor Wu se hizo protestante, no católico, y en el protestantismo vivió por espacio de varios años. Su espíritu no se sosegaba, sin embargo. Había abandonado un puerto para refugiarse en otro, pero tampoco éste era un puerto de seguridad. Viajó mucho; desempeñó importantes cargos políticos en su patria; volvió a los Estados Unidos a dar unos cursos de Derecho. Y no encontraba la paz del espíritu. Hasta que un día...

—Lo veo venir. Un día se hizo católico, ¿no?

—Ni más ni menos. Se hizo católico el año 1937, después de años de verdaderas angustias religiosas. Desde entonces, el doctor Wu es un hombre feliz. Un hombre que ha hallado la paz, un barco que ha llegado al puerto. Continuó siendo un gran personaje en su patria, en la que ha desempeñado muy altos cargos políticos. En la Asamblea de las Naciones Unidas, de San Francisco, tomó parte como consejero de la legación china. En el terreno religioso, ha traducido al chino a instancias del generalísimo Chan-Kai-Chek, los Salmos bíblicos y el Nuevo Testamento.

—¿Y decía usted que estos días ha sonado su nombre la Prensa internacional?

—Sí; porque ha sido nombrado ministro plenipotenciario de China ante la Santa Sede. Es el primer representante de China en el Vaticano. Porque China, el país cerrado durante tantos siglos al Papa, acaba de enviar a Roma su primer representante diplomático.

1 de febrero

L

Sobre la conversión de Grace Moore y de Clara Boothe

Hoy te presento, amigo lector, dos mujeres de nombre extranjero (como el barco de la canción). A la primera estoy seguro que la conoces.

—Sí, señor. A Grace Moore la conozco por el cine. Era una estrella que me gustaba mucho. ¡Tan simpática! Además, cantaba muy bien y tenía bien merecido el sobrenombre de «la voz de oro». Cuando leí que se había estrellado en un accidente de aviación, me emocioné.

—Yo también. Y lo sentí mucho no solamente porque perdíamos una gran artista, sino porque deja incumplido el último compromiso. ¿No sabes que estaba a punto de realizar una gran obra?

—No lo sabía, pero no me extraña, porque una artista de su categoría siempre tendría una película entre manos.

—Es que su último compromiso no era el de rodar una película, sino algo más trascendental en su vida: Grace Moore iba a convertirse al catolicismo.

—¿También ella?

—También ella. Las estrellas de cine también se convierten al catolicismo. ¿O creías que los actores de cine son todos frívolos? No hablemos de los españoles, porque podrías creer que éstos son católicos porque no son tan buenos actores como los norteamericanos. A lo mejor te imaginabas que si en Norteamérica hacen tan buen cine es porque no son católicos, como si el catolicismo

estuviera reñido con el arte cinematográfico. Allí hay muy buenos actores que son, al mismo tiempo, muy buenos católicos (y me basta citar a Bing Crosby, un galán de moda). Grace Moore iba a hacer su profesión de fe católica. ¿Qué habrá en el catolicismo que así atrae a los hombres y a las mujeres de todas las profesiones? Se conoce que en Norteamérica no se confunde el tocino con la velocidad; quiero decir, que allí se distingue bien entre religión y política y a nadie se le ocurre pensar que la democracia es enemiga de la religión. Eso se queda para ciertas mentes de por acá, para mentes como la del alcalde pueblerino del famoso telegrama: «Proclamada la República, ¿qué hacemos con el cura?»

—Está bien. Y esa otra mujer, Clara Boothe, ¿quién es?

—Clara Boothe Luce es una de las mujeres más populares de los Estados Unidos, una figura de extraordinario relieve. Ha destacado como pintora, como escritora y como muy versada en asuntos políticos. Colabora asiduamente en multitud de revistas y trata de los más variados asuntos: de literatura, de política y de economía. Como diputado, ha tenido actuaciones muy brillantes en el Congreso, entre las cuales se recuerda todavía su famosa interpelación al Gobierno con ocasión de la Conferencia de Yalta. Su marido, Henry R. Luce, es un magnate de la Prensa norteamericana, editor de las cuatro conocidas revistas: *Life*, *Time*, *Fortune* y *The Archilectural Forum*. Esa es Clara Boothe Luce.

—¿Y también se va a convertir al catolicismo?

—No; esa ya se convirtió. Con ocasión de un viaje que hizo a Roma, hace algún tiempo, anunció que tenía intención de abrazar la religión católica. Ha tenido con el cardenal Spellman numerosas entrevistas, pues su conversión no ha sido un capricho pasajero, las cuales han dado por resultado el paso no por esperado menos significativo. El día 30 del pasado enero hizo, por fin, saber que había abrazado la religión católica. Y la suprema razón que ha alegado es que «esta, religión es la que contiene la verdad real». Mucho podría decirte, lector amigo, sobre esto de las conversiones; hoy les ha tocado el turno a dos mujeres: una estrella de cine y una escritora. ¡Para que luego venga algún papanatas a decirte que el catolicismo ha pasado de moda en todas partes menos en España!

8 de febrero

LI

Sobre que el catolicismo es como ciertos ríos

Esta noche, amigo lector, quiero conversar contigo a propósito del gesto que ha tenido Carlos Mutara Rudahigwa.

—Nunca he oído hablar de ese señor. Hace tinas cuantas semanas que me larga usted cada nombrecito... ¿Por qué no hablamos de nombres más fáciles de pronunciar?

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, Alfonso.

—Perfectamente. Hablemos de Alfonso. Supongo recordarás que hubo, no hace aún muchos años, un español llamado Alfonso, que ocupó el trono de la Monarquía española con el nombre de Alfonso XIII. No me toca a mí enjuiciar su gestión política ni decidir si hizo bien o hizo mal al abandonar el país el año 1931. Lo que sí afirmo es que gozaba de muchas y grandes simpatías fuera de España y que no se recataba en proclamarse abiertamente hijo sumiso de la Iglesia católica. Pues bien, Alfonso XIII tomó la decisión de consagrar la nación española al Corazón de Jesús, y en un día de mayo de 1919, en presencia del Gobierno en pleno y de una enorme muchedumbre de españoles, ante el monumento levantado in el Cerro de los Ángeles, leyó el acto de consagración de España al Corazón de Jesús. ¿Continúo hablando de Alfonso XIII?

—No, señor; ya está bien: Es preferible que hable usted de ese otro señor de nombre tan raro.

—Hablaré. Carlos Mutara Rudaigwa es Rey de Ruanda. Por si no sabes lo que es Ruanda te aclararé que es un reino africano, cuyos súbditos, como supondrás, son negros. Ruanda tiene 1.300.000 habitantes; es un reino muy pequeñito, pero se permite el lujo de tener un rey, corno cualquier gran país (Inglaterra, por ejemplo). Lo más interesante es que de ese millón y medio de habitantes los 320.000 son católicos. ¿Pocos católicos? Ten en cuenta que a finales del siglo pasado se puede decir que no había ninguno, porque la cristianización de Ruanda comenzó a principios de este siglo, y creo que ya está bien que el número de católicos haya subido a más de 300.000. Contando con que lo más difícil es soterrar el campo y abrir las primeras brechas, podemos calcular, sin exceso de optimismo, que a finales de este siglo será católica la totalidad de la población de Ruanda.

—Y como ya hace varias noches viene usted dándome la lata con que si esta actriz americana o aquel diplomático chino se han convertido al catolicismo, me imagino que todos esos preámbulos son para contarme que el Rey de Ruanda se ha hecho católico.

—Te equivocas. No te iba a dar esa noticia, por la sencilla razón de que esa es una noticia muy vieja, ya que Carlos Mutara hace años que se convirtió al catolicismo. No sólo él, sino que, de los 51 grandes jefes del país, son católicos 48, es decir, todos menos tres. Lo cual significa que la conversión de Ruanda, que en un principio iba de abajo hacia arriba, ahora se realiza de arriba para abajo y contando, con el apoyo oficial del Gobierno.

—Entonces la noticia era...

—Era que el Rey Carlos Mutara acaba de consagrar su país a Cristo Rey. El acto ha tenido efecto en Nganza, capital del reino, y ha revestido una solemnidad excepcional. Asistió Su Excelencia monseñor Deprimoz, Vicario Apostólico, y el señor Sandrart, presidente de Ruanda. Ante una estatua de Cristo Rey, de cerca de cuatro metros de alta, colocada sobre un pedestal de tres metros, el rey leyó un emocionante acto de consagración.

—¿Como el del Rey Alfonso XIII?

—Poco más o menos. ¿Qué te parece? ¡Un rey negro consagrando su país a Cristo Rey! ¡En estos tiempos! ¿No te vengo diciendo que la Iglesia es universal y que en ella caben lo

mismo los doctos que los indoctos, los pobres que los ricos y los blancos, como los negros? Ahí tienes una prueba más. Cuando tantos Gobiernos blancos quieren expulsar a Cristo de sus países, un Gobierno negro le abre los brazos. El catolicismo es como ciertos ríos: se esconde en un sitio para reaparecer en otro. Esa es la tarea que llevan a cabo los misioneros.

15 de febrero

LII

Sobre si la pompa de la Iglesia va contra el espíritu de Cristo

Yo lector amigo, no soy inglés. Soy español (que, entre paréntesis, es una de las pecas cosas serias que se puede ser en el mundo). Aunque, como español, no me importe gran cosa el viaje que realizan en estos momentos por África del Sur los Reyes de Inglaterra, he leído en la Prensa cómo viajan los Soberanos de un país; espejo de democracia. Entre otras cosas, he leído que el viaje le cuesta a Inglaterra trescientos millones de pesetas.

—¿A usted le parece mal?

—A mí no me parece ni mal ni bien, sino todo lo contrario; a mí, como español, me tiene sin cuidado. Esos millones no son míos ni de mi país; son de los ingleses y pueden disponer de ellos como les venga en gana, que para eso son un país independiente y soberano, que no tiene por qué dar cuentas a nadie de cómo se gasta las libras esterlinas. Y como a los españoles no nos han pedido explicaciones, ¿quiénes somos nosotros para dárselas?

—Pero usted sabe que hay que hacer buen uso del dinero. Usted es católico y sabe que en Inglaterra hay muchos pobres. ¿Le parece bien que se tiren de esa manera trescientos millones?

—Si se tiraran, me parecería muy mal. El rico, según la más elemental doctrina del Evangelio, no tiene derecho a tirar el dinero, aunque sea suyo. Por eso si los Reyes de Inglaterra, en vez de gastarse esos millones en su visita a uno de sus Dominios, hubieran subido a bordo del acorazado «Vanguard» únicamente para darse el gusto de tirar trescientos millones al fondo del mar me hubiera parecido un crimen de lesa humanidad. Pero no los han

tirado, sino que se los gastan en un viaje verdaderamente regio, con todo el lujo imaginable.

—Pues a mí, así y todo, me parece un crimen. Yo creo que ese lujo está en oposición con el espíritu del Evangelio.

—Tú puedes creer lo que quieras; te puede parecer un crimen. ¿Lo es de verdad? Este es otro cantar. Supongo que no te creerás infalible y que tengamos que inclinarnos todos, incluso el Gobierno inglés, ante tu juicio. Tu parecer será muy respetable, pero también lo es, por lo menos para mí, el del pueblo inglés. Si ese pueblo cree que esos millones están bien empleados, ¿qué le vamos a hacer? Dicen que más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena. Respeta su parecer y no seas tan pretencioso que quieras tener razón contra todos en una cosa tan discutible como esa.

—Perfectamente; de acuerdo. Respeto el parecer del pueblo inglés. Pero ¿a qué viene esta extraña defensa de un viaje, que, según usted confiesa, le tiene sin cuidado? ¿No habrá aquí gato encerrado? ¿No me querrá usted llevar a otra parte?

—Pues, sí, efectivamente, a otra parte te quería llevar. Muchas veces te he oído criticar el boato y las riquezas de la Iglesia católica; que si el Papa vive en un suntuoso palacio con diez mil ventanas, con lujoso automóvil, con teléfono de oro; que si los obispos tienen buenos coches, visten riquísimas vestiduras y se dan una vida estupenda; que si las iglesias son así o asao; que si las imágenes cuestan tanto o cuanto, o que si tienen mantos y coronas de este o aquel precio... Y te he oído decir que todo eso está en pugna con el verdadero espíritu de Cristo, que vivió en la pobreza, iba descalzo, etcétera, etc. ¿No es verdad que has dicho eso?

—Muchas veces. Y lo creo. Yo creo que todo eso está mal y que no es cristiano.

—Pues a propósito de eso te digo lo mismo que te he dicho a propósito del viaje de los Reyes de Inglaterra. Tu parecer no es infalible, ¿no es verdad? Admitirás que el equivocado puedes ser tú, y no el Papa, los obispos, los sacerdotes y los simples cristianos, que creen lo contrario. Ellos, después de todo, son cristianos, y algo deben de saber de lo que no está de acuerdo con

el cristianismo. Aunque no sea más que por aquello de que más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena.

22 de febrero

LIII

Sobre si los que no van a misa son también católicos

Afirmaba yo, amigo lector, hace ocho días desde mi altavoz de Radio Madrid, que los no católicos, los incrédulos y escépticos constituyen en España una pequeña minoría. No es que yo los haya contado, pero es la impresión que he sacado de mis experiencias personales y de las experiencias que otros me han relatado. Lo que no sé es si tú pensarás como yo.

—Pues, no. Yo pienso, por el contrario, que somos mayoría los escépticos, y que son ustedes, los católicos, quienes constituyen la minoría. Tampoco yo los he contado, pero es la impresión que he sacado de mis propias experiencias.

—¿Se pueden saber esas experiencias?

—Verá usted. En primer lugar, yo creo que a los católicos se les distingue de los demás en una cosa bien clara: en que van a misa los domingos. Pues bien, yo creo que la mayoría de los españoles no van a misa. Fíjese usted en el caso de Madrid: en Madrid no va a misa la mitad de la población ni las iglesias de Madrid tienen siquiera capacidad para alojar aun contando con varias sesiones, a 600.000 personas. Por otra parte, de los que van a misa hay que descontar a muchos que no van a cumplir con su deber de católicos, sino a que los vean, por eso de que para estar bien situados en la España actual hay que ser católicos o, por lo menos, aparentarlo. Todo esto demuestra, si la lógica no falla, que los católicos son una minoría,

—Ahora has dado en el blanco: «si la lógica no falla», has dicho. Pero precisamente en esto, como en otras tantas cosas, la lógica falla. En buena lógica, todo católico debería ir a misa los

domingos, pero el hombre, y también el hombre católico, se ríe muchas veces de la lógica y hace cosas completamente ilógicas. Preguntas a uno si es católico y te contesta que sí; le preguntas si va a misa y te responde que no. ¿Cómo se explica esto? Muy sencillamente: porque no obra con lógica. Lógicamente, todo católico debería ser un santo, y ya ves cuán pocos alcanzan la santidad. La lógica, amigo, es una cosa que se estudia y se aprende en clase de filosofía, pero que luego se utiliza muy poco en la vida corriente. Creo, pues, que los católicos constituimos una inmensa mayoría.

—¿Lo puede usted demostrar?

—Muy fácilmente. Tú sabes que ningún padre está obligado a bautizar a su hijo. ¿Por qué los bautizan entonces? Tú dices que eres escéptico, que no eres católico; el bautismo es el sacramento por el que uno entra a formar parte de las filas de la Iglesia. Si no crees en la Iglesia, ¿por qué bautizas a tu hijo? ¿Dónde está la lógica? Sin embargo, a mí me parece que al bautizarle eres lógico; cuando no lo eres es cuando te las das de incrédulo; te ocurre lo que a tantos otros que se dicen católicos y no van a misa; tú, por el contrario, te dices escéptico, pero bautizas a tu hijo. ¿Eres de verdad escéptico, o te dices escéptico por falta de lógica?

—Soy escéptico. Somos muchos los escépticos, y lo más que le concedo es que, no seamos lógicos bautizando a nuestros hijos.

—Es que aún hay más. Muchísimos de vosotros, a la hora de la muerte, llamáis a un sacerdote para que os administre los últimos sacramentos de la Iglesia. Si alguno de los vuestros ha fallecido sin sacramentos, llamáis al sacerdote para que rece un Padrenuestro ante su cadáver. Unos días después organizáis un funeral por el difunto. ¿En qué quedamos? ¿Sois o no sois católicos? Si no lo sois, ¿por qué recurrís al sacerdote católico? No tenéis lógica. Si lo sois, como parecéis reconocerlo a la hora de la muerte, que es la hora de la verdad, ¿por qué blasonáis de no serlo? Falla la lógica.

—Fallará la lógica, pero yo sigo en mi idea.

—Y yo en la mía. Cuando un hombre recurre a la religión en los momentos más graves de la vida es que cree en ella. Podrá luego, por lo que sea, alardear de que no cree, pero ni a mí ni a nadie le podrá convencer de ello. La verdad será que es un católico

sin lógica. De una manera parecida al que se llama católico y no va a misa. Conclusión: hay mayoría de católicos en España, pero de católicos sin lógica. ¿Sabes lo que tú eres? Eres católico sin saberlo; lo eres y no lo sabes.

1 de marzo

LIV

Sobre si es cristiano el que no cree en todos los dogmas cristianos

El mundo está bastante loco, ¿no es verdad, lector? Esto lo oímos decir y lo decimos todos a diario. ¿Por qué se habrá vuelto loco? Es lo que conviene saber. Yo voy a dar mi modesta opinión. Seguramente que la actual locura del mundo tendrá no una sino múltiples causas, entre las cuales yo descubro la siguiente: el haber cambiado los nombres de las cosas fundamentales.

—No entiendo bien la razón que usted alega. ¿Quiere exponerla con mayor claridad?

—Lo intentaré. Tú sabes que en las farmacias los específicos están encerrados en unos frascos colocados en las estanterías; cada frasco lleva un nombre, una etiqueta, que dice: «Bicarbonato», «Jarabe», etc. Supón ahora que una noche entra en la farmacia un desaprensivo y se dedica a cambiar las etiquetas de los frascos. ¿Te imaginas los apuros del farmacéutico a la mañana siguiente? Se volvería loco hasta dar con los específicos.

—Pues todavía no entiendo.

—Ahora entenderás. Hasta hace unos años había unos nombres (o etiquetas) que utilizábamos todos para denominar ciertas ideas (o específicos). Hablando nos entendíamos perfectamente. Ahora nos ha ocurrido un contratiempo que a todos nos trae locos: alguien ha cambiado los nombres. Antes, por ejemplo, hablábamos de democracia, y todos entendíamos un determinado modo de gobernar a las naciones que respondía a la palabra. Ahora se nos dice que en un país existe un régimen de democracia; examinamos lo que hay dentro de ese régimen y nos

encontramos con que allí no hay lo que antes llamábamos democracia. ¿Qué ha ocurrido? Muy poca cosa, al parecer: sencillamente, un cambio de etiqueta... Tú, ¿eres cristiano?

—Acaso más que usted. Yo no voy a misa, ni me confieso, ni comulgo, pero soy más cristiano que muchos devotos. Cristo nos mandó amor al prójimo y perdonar a nuestros enemigos. Eso lo hago yo mucho mejor que tantos que blasonan de cristianos; por consiguiente, soy más cristiano que ellos.

—¿Ves? He ahí otro caso terrible de confusión de nombres. ¿Qué es el cristianismo? ¿Quién es cristiano? Porque va a resultar que los verdaderos cristianos son aquellos que hasta ahora han combatido al cristianismo, y, en cambio, no son cristianos ni siquiera los jesuitas. Algo ha ocurrido con las palabras «cristiano» y «cristianismo». ¿Qué? Pues, sencillamente, que antes el cristianismo era un sistema doctrinal basado en la persona de Cristo, tal como aparece en los Evangelios, y ahora cada cual se le define a su manera. ¿Cómo quieres que nos entendamos?

—De donde resulta que tanta razón tengo yo como usted para llamarme cristiano. Porque ¿quién es cristiano?

—Pues es cristiano, en primer lugar, aquel que cree en los dogmas que están consignados en el Evangelio. El que no crea los artículos de la fe tal como se conservan en el Credo, no es cristiano. No es cristiano, ni bueno ni malo. No basta creer algunos dogmas; para ser cristiano hay que creerlos todos. (Estoy hablando de dogmas y no de simples opiniones de teólogos.)

—.¿Y el que no los conozca todos?

—No es necesario conocerlos todos uno por uno; es suficiente conocer los más esenciales distintamente y estar dispuestos a creer los demás a medida que se vayan conociendo. En otras palabras, basta estar dispuestos a creer cuanto la Iglesia nos manda creer por boca de su Jefe Supremo, que es el Papa.

Quien se halla en esta disposición de espíritu es cristiano, un cristiano especulativo, cristiano esencial. Además de los dogmas, el cristianismo posee una serie de preceptos. Quien los crea buenos y divinos es cristiano.

—¿Aunque no los practique?

—Aunque no los practique. Si no los practica, no será cristiano practicante, pero es cristiano. Será un mal cristiano, pero es cristiano. En cambio, tú, que no crees en los dogmas del Credo ni crees justos y buenos los preceptos de la Iglesia, no eres ni bueno ni mal cristiano: no eres cristiano.

8 de marzo

LV

Sobre si Jesucristo fundó una política o una religión

Yo creo que Jesucristo fue y es Hijo de Dios, Lo creo tan firmemente que por afirmarlo me dejaría matar, como se han dejado matar millones de hombres. No hay hombre por el que se haya dejado matar tanta gente. Y he aquí, lector amigo, lo más extraño. Dios baja a la Tierra, se hace hombre, ¿Qué oficio cogerá?, ¿qué profesión ejercerá? Parecería natural que se hiciera abogado, hombre de letras, poeta, cualquier cosa, pero siempre un oficio intelectual. ¿Sabes lo que fue?

—Carpintero. Eso es lo que he oído decir.

—Y has oído bien. Jesucristo no fue un capitalista, no fue un empresario, no fue un aristócrata. Jesucristo fue un obrero, uno obrero de verdad, un obrero de lo más obrero, medio albañil, medio carpintero. ¿No es extraño que escogiera un oficio de apariencia tan humilde? Si quería causar impresión en el mundo, ¿no hubiera sido mejor escoger una profesión más digna y estimada? ¿No es paradójico que se hiciera obrero?

—En verdad que es paradójico. Y lo que yo no me explico es cómo un obrero ha podido fundar la organización más poderosa del mundo. Yo soy obrero, y me enorgullezco de que un obrero sea el hombre más célebre del mundo.

—Tienes razón. Pueden los obreros sentirse orgullosos de contar entre los suyos al hombre más grande de la Humanidad. Lo que yo no me explico es cómo los obreros de ahora han vuelto las espaldas a Jesús y le consideran como su mayor enemigo. No me lo explico. Comprendo que otros no quieran nada con Jesús; pero

¿los obreros? La Iglesia católica ha sido fundada por un obrero, por un carpintero. ¿Podía llegar a más un obrero?

—Se me ocurre pensar que si los obreros se han alejado de Jesucristo habrá sido porque se ha falseado su programa y la Iglesia de hoy no responde a lo que él fundó.

—No hay tal. Las grandes verdades que Jesús enseñó siguen a la orden del día dentro de la Iglesia. Lo que ocurre es que los obreros no quieren enterarse ni de lo que es la Iglesia ni de lo que pretendió Jesucristo. Jesucristo no fundó un Sindicato, ni un partido político ni una organización obrera; fundó una religión. ¿Sabes la diferencia que hay entre la religión y cualquier organización política o social? Las organizaciones humanas se hacen en vistas a esta vida terrena encerrada entre la cuna y el ataúd; no tienen en cuenta que después de esta vida terrena existe otra vida, una vida eterna; se fundan esas organizaciones para resolver los problemas de esta vida, para el mejoramiento de esta vida, únicamente de esta vida. La religión, en cambio, lleva como objetivo el asegurarnos la felicidad no en esta vida, sino en la otra, en la eterna.

—¿Y si no creemos que existe esa vida eterna?

—Entonces se acabó la religión, porque la religión no se concibe sin la vida eterna. Una religión que sólo se ocupara de la vida temporal ya no sería una religión, sino un sistema político más. Jesucristo no fundó ningún sistema político. Y eso es lo que a vosotros no os agrada; vosotros hubierais querido que Jesucristo os resolviera los pequeños problemas de la vida diaria y no el gran problema de la vida eterna. Pero ahí está lo más sublime. Un obrero, un hombre que tiene que trabajar para vivir, un hombre que conoce las estrecheces y miserias de un oficio que apenas da para malcomer y malvestir, nos dice que eso tiene poca importancia, que lo que de verdad importa es aseguramos una vida futura feliz. ¿No es sublime que un obrero diga tal cosa? Si lo hubiera dicho un potentado podríamos creer que lo decía para que no le turbáramos la digestión. Pero lo dice un obrero.

—No me interesa entonces Jesucristo. A mí lo que me interesa es vivir mejor en esta vida. En cuanto a esa otra vida eterna, ¡cualquiera sabe lo que habrá de cierto!

—Te compadezco. Si no hay más vida que ésta, ¡te has lucido! Vivirás trabajando mucho, rodeado de pobreza y miseria, y no esperarás nada para después de la muerte. Por lo menos, los ricos, aunque no hubiera otra vida, podrían darse por satisfechos viviendo bien en ésta, ¿pero tú? Tú serás un desgraciado. Menos mal que Jesucristo nos ha dicho la verdad. Eso tenemos que agradecer a un obrero. A un obrero tan obrero tomo tú.

15 de marzo

LVI

Sobre esos terribles predicadores que riñen tanto a los fieles

Yo no sé, amigo lector, si habrás oído muchos sermones en tu vida; sospecho que no. Los sermones se suelen oír en las iglesias, y ya me has dicho que las frecuentas bastante poco. Probablemente, oirías algunos allá de pequeño, pero hace ya tantos años que apenas si recordarás nada. Sin embargo, tú serás de los que dicen que no les gustan los sermones.

—No me gustan, tiene usted razón; los únicos qué he oído, de unos años a esta parte, los he oído a través de la radio, y le confieso que no me han gustado nada.

—¿Y por qué no te han gustado?

—Por muchas cosas. Por lo que menos me gustan es porque los predicadores parece que están siempre enfadados, siempre de mal humor. No hacen más que dar gritos, reñir a todo el mundo, meterse con todo, con el cine, con el baile, con el juego, con la taberna, con el café, con las modas, con las playas..., con todo.

—Con todo y con todos, es verdad. Se meten con los orgullosos, con los hipócritas, con los ricos, con los escépticos, con los indiferentes y hasta con los cristianos. ¿Te has fijado cómo vapulean a los mismos cristianos? Que si no oyen la misa con devoción, que si no rezan bastante, que si no son caritativos; en fin, que no les dejan en paz. Tantas diatribas y tales filípicas lanzan los predicadores que es ya una frase corriente decir de alguien que riñe a otro y le da consejos: «Le está sermoneando».

—La conclusión que se impone es que cuando los predicadores lo dicen será verdad. Si dicen que los cristianos son malos, tendrán razón. Con lo cual vienen a coincidir con mis propias

teorías; siempre he dicho que no es lo mismo ir a misa y darse golpes de pecho que ser buenas personas. Los predicadores vienen a darme la razón.

—No vas descaminado. Yo también opino que no es lo mismo darse golpes de pecho que ser buenas personas. Mi conclusión es que los cristianos no sólo no son buenos, sino que no son buenos cristianos. Y esto es lo interesante. ¿Qué organización repite tan constantemente a sus adeptos que no son lo que deben ser? ¿Qué organización llama al orden a los suyos con la machaconería con que lo hace la Iglesia? ¿Qué dirigentes y oradores recuerdan a sus subordinados o correligionarios sus deberes con la insistencia con que lo hacen los predicadores Creo que nadie. Si leyeras una antología de la predicación cristiana desde San Pablo hasta los predicadores actuales, pasando por todos los oradores sagrados de todos los tiempos y de todos los países, verías que no es más que un combate ininterrumpido contra los vicios humanos. Y a pesar de eso, la Iglesia continúa. Por cada santo hay un millón de cristianos que son peor que medianos. ¿Qué organización hubiera resistido una tan constante actitud de reproche por parte de sus dirigentes? Cuando todas las organizaciones humanas procuran disimular las propias faltas, no airear la mala conducta de sus afiliados, sacar a relucir solamente el lado bueno y lavar la ropa sucia dentro de casa, la Iglesia católica no tiene reparo en hacer todo lo contrario y en poner a la vista de sus miembros, y aun a la vista de los extraños, los yerros, los errores, los vicios, lo malo, todo lo malo. Y la Iglesia no se cae. ¿Cómo explicas tú esto?

—No sé. Lo que no puedo negar es que es así. Y me parece un error, porque lo natural es que nadie tire piedras a su propio tejado. Y si los que no somos muy afectos a la Iglesia ya nos encargamos por nuestra cuenta de cantar las verdades a los cristianos, no me explico cómo encima han de venir los predicadores a cargar la mano. ¡Mucha seguridad deben de tener en la fortaleza de la Iglesia!

—Ahora has dado con la explicación. Si los dirigentes y los predicadores de la Iglesia se pueden permitir el lujo de criticar de manera tan acerba la conducta de los cristianos es porque tienen una seguridad absoluta en su fortaleza. ¿De dónde les viene esa seguridad? De su fe. Los cristianos creemos que la Iglesia no es un

tinglado humano, sino una organización divina. Y si es Dios quien la fundó y quien la sostiene, ¿quién podrá con ella? Medita sobre esto, que hay para meditar.

22 de marzo

LVII

Sobre si los obreros son incapaces de tener religión

He pasado unas horas entre ferroviarios. Durante cuatro días, y durante una hora cada día, he estado hablando a más de cuatro mil ferroviarios. Cuatro mil ferroviarios no son cuatro gatos, son cuatro mil ferroviarios. No se les ha obligado a escucharme; nadie les ha coaccionado, ni siquiera moralmente; voluntariamente han ido a escucharme. Me han oído jefes de, servicios, técnicos, obreros y empleados. ¿Y a que no sabes, amigo lector, de qué les he hablado?

—Me lo imagino. Les habrá usted hablado de sociología, de las Encíclicas de los Papas sobre el trabajo y los salarios; les habrá usted contado lo de siempre, que la Iglesia se preocupa mucho de los humildes, del bienestar de los obreros; que los obreros deben a la Iglesia casi todos los avances sociales que han logrado en los últimos tiempos..., lo de siempre.

—Te equivocas, amigo. Pero de medio a medio. No he recurrido a esos trucos para mantener su atención ni les he presentado la Iglesia como el Sindicato ideal para poder lograr las tan cacareadas reivindicaciones sociales. No les he dicho que si vuelven a la Iglesia los que de ella se han apartado y si se hacen mejores cristianos los que nunca la abandonaron, tendremos en España abundancia de todo. No les he prometido la felicidad, más aceite, más pan, carne todos los días y litros de vino a real No les he hablado del paraíso en la tierra.

—¿Tampoco les ha hablado de política? ¿No les ha recordado que Franco es el salvador de España?

—Tampoco. No les he hablado de política ni les he mentado a Franco. Y conste que me sé de memoria qué palillos hubiera podido tocar para que me aplaudieran y me vitorearan. No he tocado esos palillos. Y no lo he hecho por un elemental sentido de honradez y de sinceridad. Ni política ni sociología; ni fáciles promesas ni demagogia barata. Les he hablado... de religión.

—¿Y cuatro mil ferroviarios han aguantado una hora seguida hablándoles de religión?

—Aguantaron el primer día y volvieron a aguantar los tres días siguientes. No digo que todos escucharan con verdadera complacencia, pero sí con profundo respeto y sin visibles muestras de desagrado. Después de todo, puesto que nadie les obligaba a asistir a las conferencias, podían haber continuado en sus puestos de trabajo si no les agradaba oír hablar de religión. Si vinieron, fue porque el asunto les interesaba. Satisfecha el primer día la curiosidad por conocer personalmente a un orador de quien todos habían oído hablar y a quien casi nadie conocía, podían haberse ahorrado la pena de volver. Volvieron, luego la religión es un tema que interesa.

—Total, ¿que usted cree que les ha convencido a todos?

—Convencer, ¿de qué? Lo que yo les dije fueron cuatro cosas que ya sabían; yo no hice más que recordárselas y hacerles notar su enorme trascendencia. Las cuatro cosas que les dije fueron éstas: que Dios existe, que el hombre tiene un alma espiritual e inmortal, que Jesucristo es el Hijo mismo de Dios y que la Iglesia es la única religión verdadera. De todo esto la inmensa mayoría de ellos estaban plenamente convencidos. Los otros, la pequeña minoría que no estaba convencida, supongo que no se habrán convencido, pero te aseguro que les he dado en qué pensar. Los ferroviarios no son hombres frívolos; saben tomar en serio las cosas serias, y las cosas que yo les dije eran terriblemente serias. Por lo menos, pensarán en ellas, y ¡quién sabe si algún día no me darán la razón y otro recogerá el fruto de la semilla que yo arrojé en los talleres de la R. E. N. F. E.

—Le encuentro a usted muy optimista. A los obreros todo lo que no sea hablarles de sueldos, de mejoras, de reducción de trabajo y de libertad no les interesa.

—No estoy de acuerdo. Y al decir eso, sábete que injurias a los obreros. ¿Los crees seres tan inferiores que no les estimas capaces de espiritualidad alguna? ¿Crees que son animales de carga, que no aspiran más que a trabajar menos y a tener más pienso? Para mí, los obreros son tan hombres como los demás. Porque así lo creo, les he hablado como si hubiera hablado a aristócratas, ya que la mejor aristocracia no es la del dinero y la sangre, sino la del espíritu.

29 de marzo

LVIII

Sobre si se persigue a la Iglesia por motivos, políticos o religiosos

He meditado mucho sobre el espectáculo que ha ofrecido Madrid durante estos días de Semana Santa. (Supongo que en toda España habrá sucedido lo mismo o algo parecido.) He meditado mucho, y he sacado unas cuantas conclusiones, que no sé si tú, amigo lector, compartirás conmigo. La primera es que la visita de los templos en la tarde del Jueves Santo ha constituido un plebiscito a favor de la religión católica.

—¿Cree usted que todos los que se echaron a la calle sentían la religión?

—Sentirla, sí. Quizá muchos no practiquen los mandamientos ni se acerquen a recibir los sacramentos de la Penitencia y la Eucaristía, pero eso no indica más que no tienen valor para cumplir con sus deberes; a pesar de ello, son cristianos y sienten la religión. Por eso estimo que se trata de un plebiscito. Las calles de Madrid han demostrado hasta qué punto, cuando llega la ocasión, los madrileños creen en la divinidad de la Iglesia y de su Fundador. Todavía hay fe en Madrid, una fe que no se manifiesta muy a menudo de una manera espectacular, pero que existe.

—Yo creo que todo eso se hace bajo coacción. Se cierran todos los espectáculos, se prohíbe la circulación rodada por el centro de la ciudad, ¿qué quiere usted que haga la gente? Van a la iglesia, a falta de otro sitio donde ir. Si no fuera por esa coacción moral, ¿cree usted que las iglesias hubieran estado tan concurridas?

—Seguro que no. Pero eso no demuestra más que existe cierta apatía y que se necesita sacudirla. Si las autoridad civiles no coaccionaran a las gentes, ¿crees tú que los ciudadanos cumplirían con sus deberes? Todo ciudadano ama a su patria, pero si el Ejército no llamara a filas, ¿crees tú que acudirían muchos a defenderla en caso de peligro? El hombre no es ni un héroe ni un santo más que cuando le ayudan las circunstancias o cuando le impregna la gracia de Dios. Coaccionar a hacer el bien es un deber de toda autoridad, desde el padre que aconseja a su hijo hasta el Jefe de un Estado que promulga una ley. ¿Por qué te extrañas de que se ejerza la mínima coacción de cerrar las salas de espectáculos frívolos y de restringir la circulación?

—De lo que me extraño es de que el Estado se ponga al servicio de la Iglesia. De nuevo tenemos una prueba de la mezcla de la religión y la política. Yo no me quejo tanto de que los católicos madrileños vayan a visitar las iglesias como de que la política se mezcle en ello.

—Lo de siempre. Ya salió la política. ¿De verdad que lo que te molesta es la política y no la religión? Lo de la política, ¿no será un pretexto? Escucha. Hemos leído estos días, una vez más, el relato de la pasión de Jesús y hemos revisado un proceso en el que fue condenado a muerte: un proceso cuajado de ilegalidades y a todas luces monstruoso. Los miembros del Sanhedrín le condenaron a muerte. ¿Por qué?

—Si mal no recuerdo, por blasfemo, por haber dicho que era el Hijo de Dios,

—Lo recuerdas bien. Los sanhedritas le condenaron por eso, exclusivamente por eso, por haberse hecho Hijo de Dios, es decir, por un motivo religioso. Sin embargo, la tablilla puesta en la cruz y en la que aparecía su crimen, ¿qué decía?

—Jesús Nazareno, rey de los judíos.

—¿Y por qué dice «rey de los judíos» y no «Hijo de Dios» Aquí ha ocurrido algo. Sí; ha ocurrido que como Pilatos no se avenía a ratificar la sentencia, porque creía que el motivo religioso no era suficiente, los sanhedritas recurrieron al pretexto político y le acusaron ante Platos de quererse hacer rey y de sublevar al pueblo en contra de los romanos. Lo de siempre. Se recurre a la política

como pretexto, pero el verdadero motivo es el religioso. ¿Se condenó a Jesús por hacerse rey o por hacerse Dios? Por hacerse Dios. Y, sin embargo, se le acusó ante Pilatos de querer hacerse rey. Es la táctica de todos los enemigos de la Iglesia: la odian y la persiguen por lo que tiene de religiosa, pero el pretexto para perseguirla es la acusación de que se mezcla en la política. Lo de siempre.

5 de abril

LIX

Sobre que el cristianismo regula el ejercicio del derecho de propiedad

Muchas veces hemos conversado ya, amigo lector, acerca del comunismo, esa redención del proletariado. Aun no hemos agotado el tema. Aunque te parezca mentira, hay quienes encuentran que soy algo comunistoide, sin duda porque he denunciado violentamente la inmoralidad del estraperlo, la ilegitimidad de ciertas fortunas rápidamente levantadas y el abusó que algunos hacen de sus riquezas. Si tú me crees un fanático anticomunista, otros me tienen por sospechoso de comunistofilia.

—Reconozco que no acabo de comprender cómo compagina usted su cristianismo fulgurante y su anticomunismo innegable.

—Pues lo compagino muy bien, porque hay algo en el cristianismo que huele a comunismo, o viceversa. El cristianismo exige que la moral de la riqueza sea una moral de amor, es decir, que el amor al hombre deba anteponerse al amor del dinero. A esto se reduce mi pretendido acercamiento al comunismo. Pero ¿es que afirmar eso es solamente de comunistas? Jesucristo dijo una vez: «Nadie puede servir a dos señores: a Dios y al dinero». Por eso, el amor al hombre es anterior y superior al amor al dinero; por eso afirmo que el uso de las riquezas y el ejercicio del derecho de propiedad deben subordinarse al amor al hombre. No es lícito enriquecerse a expensas de los demás, y es obligatorio hacer servir la riqueza, aun la legítimamente adquirida, a labrar la felicidad de los hombres.

—¿No dice la moral cristiana, y usted no se cansa de repetir, que el derecho de propiedad es inviolable y sagrado?

—El derecho, sí; pero el ejercicio de ese derecho también es sagrado. Y, según la moral del cristianismo, la propiedad es una especie de gerencia destinada al aumento de la riqueza y a su distribución en provecho de la utilidad común de los hombres. Hacer servir la riqueza a la utilidad común y no al provecho personal es un deber no sólo de caridad, sino de justicia social y de derecho: natural. ¿Que alguien quiere abolir el derecho del hombre a la propiedad? La voz del cristianismo se levantará para rechazar sus pretensiones. ¿Que al amparo de ese legítimo derecho alguien pretende engordar, aunque el prójimo se muera de hambre? De nuevo la voz de la Iglesia se levantará para anatematizar su crimen.

—Muy bonito todo ello; pero no me negará usted que la Iglesia levanta mucho más la voz contra los errores del comunismo que contra los abusos del capitalismo.

—Es cierto. Pero es que el error es inmensamente más funesto que el vicio. Los vicios no causan a los pueblos tantos perjuicios como los errores. El error es una enfermedad de la inteligencia, reina de las facultades del hombre, mientras que el vicio no es más que una flaqueza de la voluntad, cuando no una enorme debilidad de los sentidos inferiores. De todas maneras, la Iglesia ha condenado siempre, y sigue condenando con energía, los abusos del capitalismo y de los afortunados. Yo, personalmente, creo que no me he quedado mudo.

—¿Y por eso le creen sospechoso de comunista?

—Es que, por lo visto, hay gentes tan poco conocedoras del espíritu cristiano que cuando oyen hablar del «bien común», de la «utilidad común» y de la «justicia social», en seguida recelan de una influencia marxista. Sin embargo, son fórmulas corrientes en el lenguaje de los Papas y del mismísimo santo Tomás de Aquino. ¡No sabía yo que santo Tomás fuera un discípulo de Marx y mi influenciado por sus doctrinas!

—¿Por qué se condena entonces el comunismo?

—Una vez más te repito que no es por lo que de justo tiene en sus aspiraciones de una más equitativa distribución de la riqueza, sino por su materialismo y por su posición antiespiritualista. Los cristianos no creemos que para luchar por una mejora material de

las clases humildes haya que negar previamente la inmortalidad del alma humana y cerrar el paso a la fe en el más allá.

12 de abril

L X

Sobre si el sacramento del bautismo es igual para los pobres que para los ricos

Hace unos días un amigo mío me invitó a bautizar a un hijo suyo. Acepté, como es natural, y tuve el gusto de abrir las puertas de la Iglesia a un nuevo cristiano con la solemnidad que la liturgia emplea en estas ocasiones, y que es igual para todos, lo mismo para los hijos de los potentados que para los hijos de los obreros.

—¿Igual? No. Para el bautizo de un rico se adorna el templo con alfombras y flores, el sacerdote se reviste de los ornamentos más preciosos, asisten al celebrante varios otros sacerdotes y se toca el órgano, mientras que cuando se bautiza al hijo de un pobre ni hay alfombras, ni hay flores, ni se toca el órgano, ni el sacerdote lleva otro acompañamiento que el de un monaguillo. ¿Y dice usted que es igual?

—Igual, sí. Hojea un «Manual de sacramentos» y verás que en él no se establece ninguna diferencia entre los bautizandos por razón de la poca o mucha fortuna de sus padres y padrinos..

—Entonces, ¿cuál es la razón de esa diferencia? Porque no me negará usted que las diferencias existen.

—Existen; pero no pertenecen a la liturgia del sacramento; son diferencias meramente externas, que en nada afectan al sacramento mismo. Tan bautizado queda el uno como el otro. En los bautizos ocurre como en los banquetes: vas a un restaurante de lujo y te dan una comida muy elegante, con profusión de flores en la mesa, vajilla preciosa, camareros de impecable etiqueta y una música de moda; vas a un modesto figón, y allí no hay flores, ni música, ni camareros de etiqueta. ¿Hay diferencias? Sí; pero si la comida es la misma, con iguales manjares e igual preparación,

¿qué más da? Las diferencias se notan sobre todo a la hora de pagar. Tan satisfechos han quedado los estómagos de los unos como los de los otros. Lo mismo ocurre en los bautizos. Pero lo que yo te iba a decir, cuando me interrumpiste, era otra cosa.

—La adivino: iba usted a decir que al bautizo acudieron pocos amigos, mientras que para la merienda se llenó la casa. ¿No es eso?

—Exactamente. Y me sorprendió.

—No se sorprenda usted. Eso ocurre muy a menudo, por lo menos entre mis amigos. Y es que en la merienda creemos todos, pero en el bautismo...

—En el bautismo, ¿qué? ¿Crees o no crees? ¿Crees o no crees que lo instituyó Jesucristo como un acto esencial para recibir la gracia santificante y tener derecho a su redención? ¿Crees o no que el bautismo destruye el pecado de origen y nos hace hijos queridos por Dios y herederos de la gloria? ¿Crees o no que el que no recibe el agua en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo no es discípulo de Jesucristo y, por tanto, no tiene derecho a que Jesucristo le aplique los méritos que nos mereció con su pasión y muerte? ¿Crees o no?

—No sé qué le diga. Dicen que sí, que el bautismo lo instituyó Jesucristo, pero todas esas ceremonias...

—Esas ceremonias son lo de menos. Esas las han instituido los Papas y no son esenciales. El bautismo es válido sin ellas. El bautismo esencialmente no consiste más que en derramar agua natural sobre la cabeza de la criatura diciendo que se la derrama en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y teniendo intención de cumplir lo que Jesucristo ordenó. Las ceremonias están bien, muy bien, y no se las puede despreciar por inútiles, pero no son esenciales; lo esencial es lo que instituyó Jesucristo.

—¿Pero si Jesucristo no es Dios?

—Entonces sobra todo. Si no crees que Jesucristo sea Dios. ¿para qué bautizar a nadie? Entonces, déjate de comedias y merienda bien. ¿Estás seguro de que Jesucristo no fue ni sigue siendo el Hijo de Dios? Ahí está la clave de todo; lo demás, lo de las diferencias de pompa en los bautizos, son ganas de protestar por protestar.

19 de abril

LXI

Sobre si el sacramento de la confesión es una monstruosidad

He aquí una palabra terrible: confesión. ¿No se te ponen los pelos de punta? ¿No sientes una cierta repugnancia al solo pronunciar ese nombre? Seguramente que habrás leído cosas tremebundas sobre la confesión. Yo también las he leído; he leído los mayores horrores sobre este sacramento de la Iglesia católica. Y los mayores errores; por ejemplo, que la confesión es un invento de los curas.

—¿Y no la han inventado ustedes?

—No, amigo; no la hemos inventado nosotros. No la inventó ningún Papa. La inventó el mismo Jesucristo. El invento te gustará o no te gustará, pero es de Jesucristo y en esto no cabe discusión, porque no hay más que abrir el Evangelio para convencerse. Y quien diga lo contrario es un ignorante, si no es, además, un malvado. Los siete sacramentos son inventos de Jesucristo; pero ¡como tú no sabes siquiera lo que es un sacramento y en qué se distingue de un rito cualquiera!

—Pues aunque lo haya inventado Jesucristo, a mí me parece una monstruosidad eso de que yo tenga que contarle a nadie lo que yo hago. En la conciencia no manda nadie.

—Si no crees en Dios, no; pero si crees que Dios existe, tendrás que reconocer que en la conciencia manda Dios.,

—Dios, sí; pero un hombre, no, y los sacerdotes son hombres como los demás.

—Si crees que los sacerdotes son hombres como los demás, es decir, que no tienen ningún poder superior, evidentemente haces bien en creer que la confesión es una monstruosidad,

porque nadie, si no es en nombre de Dios, puede exigirnos que confesemos nuestras debilidades y cobardías. Pero si creemos que los sacerdotes han recibido, al ser ordenados, el poder de perdonar los pecados...

—Yo no creo.

—Entonces haces bien en no confesarte. Pero no haces bien en atacar la confesión, porque los que se confiesan es porque creen que los sacerdotes han recibido ese poder. Volvemos a lo de siempre: si Jesucristo no es Dios, se acabó la confesión, se acabaron los sacerdotes y se acabó toda la religión cristiana. Pero entonces, ¿a qué atacar este dogma o el otro? ¿A qué aceptar un sacramento y rechazar otro? O todo o nada. O se admiten todos los dogmas y todos los sacramentos o no se admite ninguno. Es inútil y es tonto andarse por las ramas; lo que hay que derribar es el tronco. El tronco es Jesucristo y las ramas son los dogmas y los sacramentos. Mientras quede en pie que Jesucristo es el Hijo de Dios no hay medio de derribar las cosas que El nos enseñó y que El instituyó. Si es Dios, no ha podido equivocarse. Si es Dios, la confesión es un hecho. ¿Crees o no crees que Jesucristo es Dios?

—Ahí está el problema. El caso es que si le soy completamente sincero, no lo sé. No me atrevo a afirmar que sea Dios, pero tampoco me atrevo a negarlo.

—Pues mientras no respondas con el sí o con el no a esa pregunta, no debes hablar contra la confesión. Yo no creo en los dogmas que enseñó Mahoma, y no creo en ellos porque no creo que Mahoma fuera un verdadero enviado de Dios. Si yo creyera que Mahoma fue un mensajero de Dios, creería en todo lo que él enseñó, me pareciera o no me pareciera acertado. Como no creo en Mahoma, me tiene sin cuidado lo que haya dicho o dejado de decir, lo que haya prescrito y lo que haya establecido. Pero no le ataco, y comprendo que el que crea en Mahoma debe hacer lo que Mahoma ordenó, y no le criticaré por eso. ¿Vas a criticar tú que aceptemos la confesión los que creemos en Jesucristo? Si es Dios, no hay más remedio que aceptarla; si no lo es, hay que rechazarla. ¿Lo es? He ahí problema. Los cristianos lo hemos resuelto afirmativamente. Tú, ¿cómo lo resuelves?

26 de abril

LXII

Sobre si un hombre inteligente puede hacerse sinceramente católico

Si en vez de un artículo de prensa fuera esto una emisión de radio, comenzaría con un fondo musical en el que un violín te haría estremecer, amigo lector, con una apasionada melodía de Liszt. El violín lo tocarían las manos privilegiadas dé Fritz Kreisler, el mago del violín. ¿Quién no ha escuchado las prodigiosas interpretaciones del primer violinista del mundo? A mí su agilidad me asombra y su sensibilidad hace vibrar las cuerdas de mi alma.

—¿Pero es que me va usted a hablar esta noche de música?

—De sobra sabes que no. Años llevo hablando contigo todos los sábados, y tú sabes bien que jamás me he salido de mi tema: la religión. Habré rozado la música, la pintura, el cine, la astronomía, la política y muchas cosas más, pero no he hablado ex profeso de ellas; lo único que he hecho ha sido estudiarlas a la luz de la religión católica. Lo habré hecho bien o mal, pero eso es lo que he hecho. Hoy te vengo a hablar de Fritz Kreisler, y ya comprenderás...

—Sí, ya comprendo que no me va a hacer usted una crítica de su arte de componer música y de tocar el violín. Ya me imagino que usted va a parar a otro sitio.

—Efectivamente. Pues sabrás que Fritz Kreisler vive en los Estados Unidos y que está casado. ¿Y a que no sabes a qué religión pertenece? ¿Será católico? ¿Será protestante? ¿Ser ateo? A esto voy. Pues has de saber que, hasta hace muy poco, era protestante, al igual que su esposa.

—¿Y ahora?

—Ahora es ya católico. Ha abrazado la religión católica el día 30 del pasado mes de marzo. Y no creas que se ha hecho católico nada más que porque sí. No. Durante tres meses ha estado estudiando la religión católica, de la que ya sospechaba, hace algún tiempo, que fuera la verdadera Iglesia de Cristo y, por supuesto, la única religión verdadera. Al cabo de tres meses ha hecho, en unión de su esposa, pública profesión de fe católica. No hace muchas semanas que te hablé de la escritora Clara Booth Luce y de la estrella de cine Grace Moore, ambas convertidas al catolicismo. Y te hablo de estas conversiones para que sepas que en el país más industrializado y progresivo del Universo hay hombres que no tienen inconveniente en proclamar a la faz del mundo que el catolicismo es la verdadera religión. Eso lo dicen hombres como Fritz Kreisler, que han recorrido el mundo entero, que poseen una vasta cultura y que están enterados de todas las religiones existentes. Tú habrás oído muchas veces la frase acuñada en Rusia: «La religión es el opio del pueblo.» ¿Crees tú que Fritz Kreisler es tan tonto que se deje narcotizar por ese opio? Por lo visto, también los hombres inteligentes y mimados por la fama pueden hacerse católicos sin mengua de su reputación y de su celebridad. ¿Cuándo te convencerás de que ser católico o no serlo no es cuestión de inteligencia o de ser más o menos progresista?

—Quizá se haya equivocado Fritz Kreisler.

—Quizá. Quizá estemos equivocados todos los católicos del mundo. Pero lo que no puedes negar es que, equivocados o no, no somos católicos por falta de inteligencia, por habérsenos parado el reloj o por disfrutar mejor de la vida. Entre los católicos hay de todo: sabios e ignorantes, ricos y pobres, atrasados y adelantados. Y hasta podrás observar que en España el mayor contingente de no católicos lo dan las clases más ignorantes de la sociedad; relativamente hablando, en España hay más católicos entre los profesores que entre los albañiles… ¿Y sabes quién ha recibido en la Iglesia a Fritz Kreisler?

—¿...?

—Le ha recibido en Nueva York monseñor Fulton Sheen. ¿No sabes quién es, verdad? Monseñor Fulton Sheen es un sacerdote católico que se ha hecho célebre en los Estados Unidos por sus

charlas semanales de radio. Digo esto con enorme satisfacción, con el orgullo de quien ha hecho del micrófono su instrumento favorito de apostolado. Como aquel aprendiz de pintor que, ante una obra maestra de la pintura, exclamó con ingenua satisfacción: «Anch'ío son pittore», así yo, ante la conversión obrada por este apóstol norteamericano, exclamo con orgullo: «También yo hablo por radio!»

3 de mayo

LXIII

Sobre si la lucha de clases resolverá el problema humano

He aquí, lector amigo, una de las cosas que los Papas han condenado: la lucha de clases. Cuando se dice que los Papas han condenado el socialismo no se quiere decir que hayan condenado todo lo que los socialistas han escrito o pensado, ni siquiera todo lo que constituye la doctrina del socialismo. En el socialismo hay cosas buenas que los Papas no han condenado; no sólo no las han condenado, sino que han declarado que se hallan en perfecto acuerdo con, las doctrinas cristianas. Han condenado proposiciones o enseñanzas concretas, y una de ellas es la lucha de clases.

—Pues a mí no me parece mal esa lucha, y creo que es la única manera de llegar a implantar en el mundo la justicia social.

—Y eso es justamente lo que los Papas han condenado. La lucha de clases no es un fin del socialismo; no es que el socialismo desee una lucha permanente entre las clases. No; lo que el socialismo pretende es implantar la justicia social, pero afirma que sólo se puede llegar a ella mediante la lucha de clases. La lucha de clases es, pues, un medio, pero un media ilícito, para llegar a un fin bueno. Pero yo pregunto: ¿Qué clases son ésas? ¿Qué se entiende por clases?

—La cosa es clara. Se trata, por un lado, de la clase trabajadora, y, por otro, de la clase que no trabaja.

—Pues yo no lo veo claro. Porque ¿qué es la clase trabajadora? ¿Quiénes son los trabajadores? A lo mejor crees que sólo trabaja el que trabaja exclusivamente en trabajos manuales, como el peón de albañil o el zapatero remendón. ¡Como si sólo eso fuera trabajo! ¿No hay también un trabajo intelectual? ¿No trabajan el

pintor, y el músico, y el médico, y el abogado, y el escritor, y el sacerdote? ¡Cómo se conoce que no has estudiado nunca! Si hubieras estudiado, no dirías que el estudio no es trabajo. Si la lucha estuviera entablada entre los que trabajan y los que no trabajan, pronto estaría resuelta a favor de los que trabajan, porque los que no trabajan son muy pocos. Convengamos en que debe de tratarse de otras clases.

—No me he explicado bien. Quería decir que esas clases son la de los ricos y la de los pobres.

—¿Y quién es rico? ¿Y quién es pobre? Es muy difícil, más que difícil, imposible, el establecer esas dos listas. Del multimillonario se puede afirmar que es rico y del mendigo se puede afirmar que es pobre. Pero, y los que no son multimillonarios ni mendigos, ¿qué son? Habría que contesta con el chiste codornicesco: ni pobres ni ricos, sino todo lo contrario. Me parece que no sabes bien qué clases son esas entre las que, según el socialismo, debe entablarse la lucha para implantar la justicia social. Pero te concedo que se trate de las clases que tú quieras. Bien, ¿y qué se pretende con esa lucha?

—Se pretende que no haya clases, que los hombres no constituyamos más que una clase. Para ello es necesario acabar con una de las dos.

—¿Acabar con las clases? Eso es imposible, tan imposible como acabar con las enfermedades o con las tormentas. Las clases son una consecuencia de las desigualdades naturales que hay entre los hombres, y como esas desigualdades son inevitables, también lo son las clases, que son su natural consecuencia. Se podrá eliminar a los hombres que hasta un momento dado han constituido una clase; pero no se habrá eliminado por ello la clase, porque automáticamente los hombres que han dirigido la clase vencedora en la lucha pasan a constituir la misma clase que han querido eliminar. Cambian los hombres, pero la clase permanece. Por eso, además de ser un medio ilícito, la lucha de clases no resuelve nada si no es el que algunos vean satisfecha su ambición o vengado su resentimiento.

—Entonces la Iglesia Católica, ¿qué medio propugna en lugar de la lucha de clases?

—Propugna la armonía entre las clases. Dado que las clases existen y existirán siempre, porque son una consecuencia natural de las inevitables desigualdades humanas, la solución es armonizar los intereses de unos y otros. Esa armonía es la que hay que buscar. Y si no logramos una armonía perfecta, tendremos una casi armonía. Que no nos vendría mal en este valle de lágrimas.

10 de mayo

LXIV

Sobre si se puede ser a un tiempo católico y comunista

Una vez más, amigo lector, me han preguntado si se puede ser a un tiempo comunista y católico. Pero ¿se puede preguntar todavía esto de buena fe? Si las palabras significan algo, si el catolicismo es una religión determinada, con los dogmas por todos conocidos, y el comunismo es el movimiento fundado en Rusia, con las afirmaciones también conocidas por todos, no cabe duda de que no se puede ser a un tiempo católico y comunista.

—Pero ¿es que el comunismo se opone al catolicismo? ¿Dónde ha visto usted que el comunismo haga afirmaciones contrarias a los dogmas católicos? ¿Puede usted citar tales afirmaciones?

—¿Que si puedo? Ahí van unas cuantas. Lenin (¿sabes quién es este señor?) dijo. «La religión es el opio del pueblo». Como el catolicismo es una religión, resulta que el catolicismo es el opio del pueblo. ¿Se puede ser católico y admitir eso? Lenin dijo todavía: «Es necesario saber luchar contra la religión». Esto es aún más grave; ya no es declarar platónicamente que la religión es opio, sino proclamar la guerra a la religión, a toda religión. Y como el catolicismo es una religión, saca tú mismo, amigo lector, la conclusión.

—Esas frases las dijo Lenin allá en los principios del movimiento bolchevique, pero luego el comunismo ha evolucionado.

—Sí; ha evolucionado en algunos puntos y hasta ha tomado, en estos últimos años algunas actitudes que parecen una rectificación del primitivo radicalismo. Pero no ha rectificado sus principios

y doctrinas. Un doctrinario comunista como Ferri, ha escrito: «Todo nuestro sistema es ateo y no puede desviarse de su dirección». ¿Has leído, amigo lector? El comunismo no puede desviarse de su ateísmo, y si es ateo, ¿cómo va a ser compatible con el catolicismo? Pero otro doctrinario lo va a decir aún más claro; Bebel ha escrito: «Nuestra doctrina tiene un solo adversario: el catolicismo». ¿Está claro ahora? Habría que tener demasiada buena fe para interpretar benignamente frases como esta última. Yo no te digo que no seas comunista; puedes serlo si te da la gana, pero no digas que eso no te impide ser católico. Después de todo, ya es viejo que el marxismo lleva en su entraña la irreligión. Y Carlos Marx (que no me negarás que fue marxista) escribió: «La religión es el aroma espiritual de un mundo vicioso y desordenado». Si no me engaño, este pensamiento de Marx inspiró a Lenin aquello del opio del pueblo; el perfume se ha convertido en opio, pero en el fondo es lo mismo.

—¡Pero si yo soy comunista sin aceptar esas afirmaciones!

—Entonces no eres comunista. Entonces serás lo que quieras, pero no comunista, porque el comunista auténtico tiene que aceptar esas afirmaciones fundamentales. Lo mismo que un católico que se negara a admitir que Jesucristo es Dios, que la Virgen María es inmaculada o que el Pana es infalible, sería cualquier cosa, pero no católico, un comunista sin ateísmo sería como una tortilla de patatas sin patatas o un guisado de cordero sin cordero. Y por su ateísmo, entre otras cosas, es por lo que el Papa Pío XI condenó el comunismo.

—Se habla mucho de que Pío XI condenó el comunismo, pero sus frases condenatorias, ¿cuáles son?

—Te las voy a citar textualmente para que las aprendas de memoria. Pío XI ha dicho en su encíclica contra el comunismo: El comunismo es «una doctrina nefanda, contraria al mismo derecho natural», y lo siguiente: Es «intrínsecamente perverso». ¿Razones? Las expone el mismo Pontífice: «Lucha contra todo lo que es divino y pretende establecer una humanidad sin Dios». Después de todo lo dicho, piensa si es posible ser a un tiempo católico y comunista.

17 de mayo

LXV

Sobre si el comunismo niega la patria, las familias, el amor y el hogar

Yo sería comunista, lector amigo, si el comunismo no negara unas cuantas cosas fundamentales: Dios, patria y familia. El comunismo económico no me asustaría. ¿Cómo me va a asustar a mí, que vivo en régimen económico comunista dentro de mi Comunidad? En mi Comunidad todos somos iguales (se entiende, de, en aquellas cosas en que cabe ser iguales y no en aquellas otras, como la salud, la inteligencia o la estatura, en las que sería estúpido pretender la igualdad), todos ganamos para la caja común, todos comemos y vestimos igual, todos tenemos los mismos derechos y los mismos deberes. ¡Fíjate si a mí me podría asustar el comunismo económico! Pero el comunismo niega la patria, y…

—Eso me parece propaganda. ¿Quién ha dicho que el comunismo niega la patria? Si para ser comunista tuviera yo que dejar de amar a España, jamás sería comunista.

—Pues así es Vesinier, un dogmatizante comunista, ha escrito: «Nosotros debemos negar atrevidamente a Dios, a la patria y a la familia». Me parece que está bastante claro. Supongo que conocerás el «Manifiesto Comunista», y si lo has leído alguna vez, te habrás encontrado con esta frase: «Los obreros no tienen patria». ¿Quiere decir esto que los obreros no merecen tener patria? ¿O que la patria no es cosa buena para los obreros? En los dos casos se trata de una verdadera anormalidad.

Claro que luego resulta que los obreros sí tienen patria, pero no su patria, sino la patria de aquellos que dirigen el movimiento comunista. De ahí la conocida frase, slogan de la propaganda comunista: «La U. R. S. S. es la patria del proletariado mundial».

¡Lo que nos faltaba por oír! Al obrero español se le dice que su patria no es España, sino Rusia. El catolicismo también es un movimiento universal, pero no suprime las patrias; el católico español no tiene que dejar de ser español para ser católico. ¡Luego nos vienen diciendo los comunistas que nosotros obedecemos a una potencia extranjera! ¿Nos ha pedido el Papa que seamos italianos?

—Lo reconozco. Un español de verdad no puede ser comunista sin dejar de ser español; pero ¡eso de que el comunismo niegue también a la familia...!

—No soy yo el que lo dice, lo dicen ellos. Bebel ha escrito: «¿Puede hablarse de amor, de matrimonio y de familia no siendo el hombre y la mujer más que animales? Evidentemente, no». ¡Es triste! Un comunista tiene que renunciar al amor, al matrimonio y a la familia. ¿Crees tú que eso es de hombres? Ahora, si, como dice Bebel, el hombre y la mujer no son más que animales, todo se comprende. Pero yo no me resigno a ser un animal como el perro o el buey. La familia no se concibe sin padres e hijos; pero esto parece que tampoco es comunista, porque Benito Malón se ha atrevido a escribir: «¿No valen los hijos lo mismo que los padres? ¿Por qué han de estar sujetos a su mandato? ¡No más obediencia! ¡Sin esto no habría igualdad!» ¿Yo, igual a mi padre y a mi madre? Si para ser comunista se me exige que deje de considerarme unido a mi padre y a mi madre, que no cuenten conmigo los comunistas. Para mí la familia no es una creación artificial de la sociedad, sino una necesidad natural. Y creo que dijo bien el Papa Pío XI cuando dijo que el comunismo, «al negar a la vida humana todo carácter sagrado y espiritual, hace de la familia una institución puramente artificiosa y civil, o sea, fruto de un determinado sistema económico».

—Pues si me suprimen la patria, el amor y la familia, yo nunca seré comunista. Todavía tengo honor.

—¿Honor? Para un verdadero comunista el honor es un concepto burgués. ¿Exageraciones mías? De ninguna manera. Pura teoría comunista. Lenin ha dicho: «En política, sólo los idiotas creen en palabras de honor». Pues yo me declaro idiota: creo en el honor. (Pero no creo, naturalmente; en el honor de los comunistas.)

7 de diciembre

LXVI

Sobre si ciertos obreros son incultos o están envenenados

No acabo, lector amigo, de salir de una duda. Últimamente he recibido unas cuantas cartas en las que se dicen verdaderas bestialidades sobre la religión católica, sobre Jesucristo, sobre los sacerdotes católicos, sobre los simples cristianos; en una palabra, sobre todo lo que huele a cristiano o, más exactamente aún, sobre todo lo que huele a Dios. Bestialidades escritas en el lenguaje más grosero y soez. Y he aquí mi duda: los hombres que tales bestialidades han escrito (y digo hombres, porque las bestias no saben escribir), ¿qué tienen: incultura o intoxicación?

—Yo creo que para no creer en el cristianismo no es necesario ni ser incultos ni estar intoxicados. Hombres muy inteligentes han escrito contra el cristianismo y han negado que sea una religión divina.

—Sí; pero lo han negado con razones, buenas o malas, pero razones. Y han escrito cosas, quizá falsas, pero no bestiales. Mi duda es acerca de quienes escriben bestialidades por el fondo y por la forma. ¿Son incultos o están intoxicados?

—Eso es incultura. Y ellos no tienen la culpa; la culpa la tienen quienes les han mantenido en la incultura.

—Permíteme, amigo, que no esté de acuerdo contigo. Son incultos, sí; pero ¿por qué un hombre inculto ha de decir bestialidades? Hay muchos españoles sin cultura que, sin embargo, tienen una excelente educación y poseen una gran finura de espíritu. Hay en Castilla millones de labradores, de pastores, de peones, que no tienen cultura, pero ¡qué educación y qué finura las suyas! En Castilla no todos reciben una gran cultura, pero casi todos adquie-

ren una buena educación. Achacar, pues, a incultura la bestialidad de las gentes a quienes me refiero no me parece acertado. Me parece que esos hombres están intoxicados.

—Intoxicados, ¿de qué?

—De veneno anticristiano. Están envenenados. A mí no me extraña, pues que sé, porque lo dijo Jesucristo, que existen sembradores de cizaña, que son los envenenadores de las almas. Una vez envenenados, ya no desean la verdad, sino algo sobre lo que arrojar su veneno, y como en España se encuentran con el cristianismo, sobre él lo arrojan. Pero lo mismo lo arrojarían sobre cualquier religión que encontraran a su paso. Medita lo siguiente: «Es realmente triste cosa el que hombres que ignoran el teorema de Pitágoras, el modo de resolver una sencilla ecuación numérica, la posición y funciones del hígado, la ley de la caída de los cuerpos, la causa de las estaciones, la composición del aire atmosférico, en fin, los elementos más elementales del saber humano, se pongan a leer obras que presuponen esos conocimientos. No buscan ciencia, no. Buscan una seudo filosofía con apariencia de científica y con intención manifiestamente anticientífica y hasta antirreligiosa. Los ataques dirigidos al cristianismo en nombre de una supuesta ciencia no brotan de la ciencia, sino de un cierto sentido religioso pagano que se encubre en ella.» ¿Lo has meditado? Pues eso lo ha escrito Miguel de Unamuno.

—Yo creía que Unamuno era un incrédulo que habría escrito siempre contra el cristianismo.

—Era incrédulo y no era católico, pero no escribía bestialidades. Escribía cosas como éstas, que también te recomiendo: «En mis correrías frecuentes por ciudades y pueblos, cuando voy de sermoneo laico, me gusta hacer experimentos en los públicos que me escuchan. Pues, sí. He observado que cada vez que me oyen algo que estiman, aunque equivocadamente, que implica una especie de negación de la inmortalidad del alma y de la existencia de otra vida, rompen a aplaudir. Y estos aplausos me contristan. Si esos aplausos quisieran decir: «¡Bien! ¡Bravo! Este es un hombre sincero que busca la verdad sobre todo», si esto quisiera decir el aplauso, aún lo aceptaría, aunque con tristeza. Pero ese aplauso quiere decir esto otro: «¡Bien! Muy bien! ¡No queremos otra vida, nos basta con ésta » Y oír esto me apena...» Si esto lo dijera yo, no

tendría nada de particular, pero ¡que lo diga Unamuno! No, lector amigo; los que me han escrito esas bestialidades no sé si serán incultos, pero, ciertamente, están envenenados.

31 de mayo

LXVII

Sobre sí los sacerdotes trabajan y si su trabajo sirve para algo útil

Una de las acusaciones más frecuentes que se lanzan contra los sacerdotes españoles es la de que no trabajan. Se dice que han escogido la más bonita de las carreras: la de vivir sin trabajar. Yo no sé si tú, lector amigo, te habrás dejado seducir también por esa acusación.

—Pues, sí. Yo veo también que los curas trabajan muy poco Porque, ¿es trabajo decir misa? Y, fuera de eso, ¿qué es lo que hacen los curas?

—Tú lo que crees es que es verdad eso de que los sacerdotes son gentes de misa y olla. ¡Qué calumnia! ¿No sabes que en España hay miles de sacerdotes dedicados a la enseñanza? Pues me dirás que esos no trabajan, porque, además de la enseñanza, tienen otras muchas obligaciones que no suelen tener el resto de los profesores de escuelas primarias o secundarias, instituto o universidades. Hay también miles que se dedican a las misiones parroquiales y a los Ejercicios espirituales. ¿No trabajan éstos? ¡No sabes tú bien lo abrumador que es ese trabajo! Asiste una vez a una misión o a unos Ejercicios y observa, verás si trabaja el misionero. En las grandes ciudades, ¿sabes tú lo que trabaja un sacerdote? Naturalmente que si nadie les diera más trabajo que tú, bien poco harían; pero, afortunadamente, hay muchos cristianos que dan quehacer al sacerdote, le llaman a la cabecera de sus enfermos. Cuando los cristianos fervorosos son muchos, figúrate cuánto no será el trabajo del sacerdote.

—Concedido para las grandes ciudades, pero, ¿y en las aldeas?

—En las aldeas el sacerdote tiene mucho menos trabajo; y lo mismo le ocurre al médico, al secretario, al veterinario, al boticario y a los demás funcionarios similares. Pero ten en cuenta que hoy son raros en España los sacerdotes que no tienen a su cargo dos o más parroquias que, a veces, distan varios kilómetros unas de otras.

—Pero, bueno: todo eso que hacen los curas, ¿es trabajo?

—¡Hombre, según lo que tú llames trabajo! Supongo que no serás de esos que creen que el trabajo intelectual no es trabajo. Porque entonces no trabaja tampoco el ingeniero, ni el arquitecto, ni el escritor, ni el músico, ni el cartero, ni el cobrador del tranvía, ni el abogado, ni el médico. Va a resultar que sólo trabajan los albañiles, los peones camineros y pocos más. ¡Que no es trabajo el intelectual! ¡Cómo se ve que no has estudiado! Terminar a estas alturas con esas teorías es volver a los tiempos del analfabetismo universal; y creo que no vale la pena entretenerse en repetir semejantes sandeces. En todo caso, y aunque lo que hacen los sacerdotes no fuera trabajo, siempre sería ocupación de tiempo en servicio de los demás. El médico, en ese caso, tampoco trabaja, pero pone su tiempo al servicio de la salud de los hombres. Pues el sacerdote lo pone al servicio de la salud de las almas, que es más importante que la de los cuerpos. Los que recurren al sacerdote en los momentos más graves de su vida podrían decirte lo importante que es la labor del sacerdote. ¡Cuánto se habla sin saber! Mejor dicho, ¡qué mala fe tienen algunas personas! Porque yo no creo que los que dicen que los sacerdotes no trabajan se lo crean ellos mismos; lo dicen a sabiendas de que no es verdad. La cosa es hablar mal del clero.

—No, señor. Vamos a suponer que los curas trabajan. Lo que yo le pregunto es esto: su trabajo ¿reporta algún bien a la Humanidad?

—Pregúntaselo no a los sacerdotes, sino a los cristianos que les creen ministros de Dios. Pregúntaselo y verás lo que te contestan. ¡Que si hacen bien a la Humanidad! Pero, ¿vas a negar el bien que ha hecho a la Humanidad la Iglesia católica durante veinte siglos? No seas bruto. ¿A quién más que a la Iglesia debe la sociedad europea y la civilización de los pueblos cristianos? Tendría para llenar varios y nuevos volúmenes con la enumeración de todo

lo que el mundo debe al trabajo de los sacerdotes en la beneficencia, en la cultura y en todo orden de bienes.

7 de junio

LXVIII

Sobre si la religión dejará de ser verdadera porque algunos sacerdotes no sean buenos

He podido observar, amigo lector, en los ataques que frecuentemente dirige la minoría de incrédulos españoles contra la Iglesia católica que hablan de la Iglesia como si se tratara de un fenómeno exclusivamente español, como si en el mundo no hubiera más católicos que los españoles. No atacan a la Iglesia misma, sino al clero español o a los católicos españoles.

—Naturalmente. Como que con lo que no estamos de acuerdo es con el clero.

—Muy bien. Supongamos (supongamos, nada más) que el clero español tiene todos los vicios que se le achacan, que es grosero y no trabaja, que es avaro y no busca más que el dinero, que es fanático y fomenta las devociones torcidas, que predica una fe que no siente y una castidad que no practica. Supongamos todo eso (que ya es suponer). ¿Qué conclusión se saca de ahí? A mi modo de ver, lo único que se desprendería de esas suposiciones, caso que fueran ciertas, es que el clero es culpable de una porción de vicios y que es un mal clero.

—Y ¿le parece poco? ¿Cree usted que podemos ser católicos si el clero es como suponemos?

—No veo por qué no. Ser católico es creer que la Iglesia es la religión verdadera. ¿Dejará de serlo porque algunos de sus representantes se sirvan de ella para su medro personal? La penicilina es buena para cortar una pulmonía. Porque el que vende la penicilina sea un estraperlista que trafica con ella, ¿vamos a decir que no sirve la penicilina? ¡Un poco más de lógica, amigo! La verdad es la verdad, aunque algunos trafiquen a su sombra. Y la

Iglesia es la verdadera religión, aunque el clero español no creyera en ella. Como la honradez es una cosa buena, aunque sean pocos los hombres honrados.

—Por eso le dije que no estamos contra la Iglesia, sino contra el clero.

—Si no es más que eso, lector amigo, podremos llegar a un acuerdo. Yo conozco al clero español mejor que tú y sé de qué pie cojea. No todo él es perfecto, evidentemente, pero es mucho mejor de lo que tú te supones. Sea como sea, el hecho es que tú, según propia confesión, no estás contra la Iglesia, es decir, que crees en ella. ¡Magnífico! Pues si crees en ella, creerás en todos sus dogmas y cumplirás sus Mandamientos, ¿no es eso? Además de practicar los Mandamientos de la antigua Ley de Moisés, practicarás los de la nueva Ley, impuesta por Jesucristo y por sus representantes supremos; irás a misa todos los domingos, creyendo que la misa es la renovación misteriosa de la muerte de Jesús; comulgarás a lo menos una vez al año, creyendo que la comunión es un sacramento instituido por Jesucristo; te confesarás de tus pecados mortales, creyendo que el sacerdote tiene una delegación especial para perdonarlos; ayudarás con tu dinero al mantenimiento del culto...

—¡Despacio, despacio! Yo no hago nada de todo eso.

—Me lo suponía. Te voy a explicar, lector amigo, lo que a ti te ocurre. Tú no crees que Jesucristo sea Hijo de Dios ni que la Iglesia sea divina. ¿Por qué no lo crees? No lo sabes bien. Pero como no te parece lógico no creer una cosa sin tener motivos para ello, buscas esos motivos. ¿Por qué Jesucristo no es hijo de Dios? ¿Por qué la Iglesia no es divina? Según tú, porque el clero español no es bueno. ¿Te parece eso una razón suficiente? Si te lo parece, es que razonas con los pies. ¿No ves que la Iglesia católica está extendida por todo el mundo? ¿No ves que, además del clero español, existe el clero de los demás países?

—¿Y qué sabemos cómo es el clero de los demás países?

—Aunque fuera tan malo como tú crees que es el clero español, no sería una razón para probar que la Iglesia católica no es la verdadera. Eso no demostraría más que una organización divina está conducida por hombres demasiado humanos.

14 de junio

LXIX

Sobre si nos podremos llegar a entender sacerdotes y obreros

He leído una noticia, lector amigo, que me ha producido una satisfacción inmensa. Es una noticia pequeñita, tan pequeñita que casi nadie se había fijado en ella. A veces son estas noticias insignificantes las que mayor trascendencia tienen, porque son síntomas de grandes transformaciones. Todos admiran el mar verde o dorado de las espigas, pero casi nadie da importancia al germinar de los granos, sin el cual no habría mar de espigas.

—Acabe ya, que estoy impaciente por saber de qué se trata

—Se trata sencillamente de que, al pasar un sacerdote por una plaza de Buenos Aires donde había una gran concentración de obreros, un trabajador dijo: «¡Es de los nuestros!» Ya ves qué poquita cosa y, sin embargo, ¡qué cosa tan grande! ahí un comentario que no han hecho nunca nuestros obreros.

—Y, ¿de quién es la culpa de que no lo hayan hecho?

—Dejemos ahora el capítulo de las culpas, porque es seguro que ni los obreros ni los sacerdotes podrían arrojar la primera piedra. El hecho es que ese comentario, que no se hacía, se ha hecho hace poco en Buenos Aires. El hecho es sintomático. Allí hay un hombre que ha hecho bandera de Religión, Patria y Ejército, los tres mayores espantajos de la fobia comunista, ese hombre ha llegado a ser el ídolo de las muchedumbres proletarias. Buenos Aires parece que quiere convertirse en el Moscú de la revolución social cristiana; los obreros han empezado a comprender que la religión no se opone a sus justas reivindicaciones y que el sacerdote es de ellos.

—No se haga usted ilusiones. No vaya a creer que el obrero español llegue a entenderse con el sacerdote. Aquí eso no es posible. En la Argentina pasará lo que pase, pero en España eso no pasará.

—Tanto peor para todos nosotros, para el sacerdote y para el obrero. Pero yo no soy tan pesimista como tú: en primer lugar, porque ya hay en España muchos obreros, muchísimos, que ven en el sacerdote al mejor amigo del obrero, y en segundo lugar, porque la verdad se va abriendo paso en otras naciones y terminaremos aquí por abrir los ojos a esa misma verdad. Todo es cuestión de tiempo. Un día verán los obreros que han sido engañados por quienes les dijeron que el sacerdote era su enemigo nato, y los sacerdotes se convencerán de que el aparente cristianismo de muchos plutócratas no es más que una postura cómoda para burlar las más elementales leyes de la justicia.

—No creo que los sacerdotes se vayan a enemistar con los plutócratas.

—Con los plutócratas paganizados, seguro que sí. Si hemos pecado por excesiva condescendencia con ellos, estamos dispuestos a cortarla. Se acortarán así las distancias entre el obrero y el sacerdote y marcharemos unidos en nombre de Dios. Vosotros abriréis ese puño cerrado y nosotros abriremos los brazos a vuestras legítimas aspiraciones. Y no habrá gestos toscos ni iras de Caín. Sin destrozos ni muertes, sino con la coacción de nuestra unidad completa. Nuestro líder será Jesús, el Primer Obrero del mundo, el verdadero amigo del pueblo. Patalearán los plutócratas paganizados; aullarán los demagogos marxistas. Será igual; nada ni nadie podrán impedir nuestro avance hacia la justicia social. De dentro y de fuera procurarán impedir que marchemos juntos; nos repetirán los viejos tópicos; a vosotros os dirán que somos los aliados de la plutocracia; a nosotros, que sois incapaces de sentir ansias espirituales y de creer en una vida inmortal. Contamos con esos obstáculos, pero los venceremos.

El obrero de España, como el de Buenos Aires, terminará por gritar al ver pasar a un sacerdote: «¡Es de los nuestros!»

21 de junio

LXX

Sobre por qué se hacen sacerdotes los sacerdotes

Si tuviste el placer y la suerte de ver, amigo lector, la película «Siguiendo mi camino», recordarás unas escenas inolvidables. Entre ellas estarán, sin duda, aquellas en que el viejo párroco, extrañado de la aparente desenvoltura y frivolidad de su joven coadjutor, le pregunta repetidas veces: «Óigame, joven, ¿por qué se hizo usted sacerdote?» El joven coadjutor no le contestó nunca, pero con su ejemplar conducta sacerdotal le hizo saber por qué se había hecho sacerdote. Hay una gran masa de españoles que ni siquiera se preguntan por qué y para qué se hacen sacerdotes los sacerdotes; no se lo preguntan, sino que afirman que se han hecho sacerdotes...

—Se lo voy a decir yo. Unos, los más pobres, para mejorar de posición social; otros, los haraganes, par no trabajar, y otros, los apocados y cobardes, para vivir sin tener que luchar con la vida.

—Eso lo dices tú y lo dicen tus amigos. ¿Es verdad lo que afirmáis? ¿Lo habéis comprobado con vuestra propia experiencia? ¿Os lo han dicho ellos acaso? No; eso os lo suponéis vosotros. Os lo suponéis. ¿Te has dado cuenta del valor de esa palabra: suponerse? Pues tú afirmas que es verdad lo que solamente supones que lo es, y, lector amigo, no es lo mismo decir: «Esto es así», que decir: «Yo supongo que es así». La suposición, en estos casos, toma carácter de calumnia, y es una calumnia decir que los sacerdotes se han hecho sacerdotes para no trabajar, para mejorar de posición o para no luchar con la vida. Pero ¿es que el sacerdote, en general, no trabaja, tanto durante los trece largos años de su carrera como durante toda la carrera de su vida? ¿Es

que tú, precisamente tú, escogerías con gusto la posición del sacerdote, a quien tantos hombres aun en un país católico como el nuestro, vilipendian y desprecian? ¿Es que el sacerdote no es, por definición, un luchador hasta en los pueblos más adictos a la causa de la Iglesia?

—Como usted quiera; pero lo cierto es que los sacerdotes han escogido su camino por gusto, porque han querido, porque les ha parecido más agradable.

—Te equivocas. Yo no me hice sacerdote por gusto, no escogí este camino porque me era agradable; a mí me ha costado mucho renunciar a algunas cosas a las que he tenido que renunciar.

—¿Conque le ha costado, eh? Pues a mí me parece que a los sacerdotes no les debería costar nada seguir su carrera.

—¿Por qué? ¿Crees que no tenemos corazón? ¿Piensas que a nosotros no nos dicen nada las dulzuras del hogar? Somos hombres, tan hombres como los demás, más hombres que muchos otros, porque hemos afinado nuestros sentidos y nuestras potencias interiores mediante una cultura intensa y una educación esmerada. Pero hemos renunciado, aun costándonos mucho, a esas dulzuras. ¿Por llevar una vida descansada y sin complicaciones? No, amigo mío. Hemos renunciado por un dictado de conciencia, por servir a Jesucristo, por amor a los demás hombres, para ser entre nuestros hermanos luz que se derrama y amor que se entrega. ¿Para recibir qué? A veces, para recibir, unas palabras de agradecimiento, y a veces, para cosechar ingratitudes y desprecios. Lo sabemos; pero nosotros no esperamos recompensas humanas, sino el amor de Dios en la vida que nos espera más allá de la tumba.

—¿Y todos piensan como usted?

—Todos o casi todos. Nada tiene de extraño que entre el gran número de sacerdotes se encuentre alguno que haya subido al altar con fines menos elevados, o que, empezado su ministerio con la mayor pureza de intención, se haya dejado luego vencer por la tentación de la comodidad o de la sensualidad. Eso es muy humano, y el sacerdote, no lo olvides nunca, es también un hombre. Pero una cosa es que alguno no esté a la altura de su vocación y

otra muy distinta que los sacerdotes se hagan sacerdotes para llevar una vida de regalo.

28 de junio

LXXI

Sobre si la Monarquía es católica y la República no

No voy a hablarte, lector amigo, del referéndum de mañana ni a decirte, aunque no sea más que veladamente, que votes con un sí. Vamos a dejar eso, porque a estas alturas tú sabes ya muy bien cómo vas a votar mañana, y yo no tengo interés en hacerte cambiar de idea. Pero sí quiero hacer unos comentarios en torno a la República y la Monarquía, formas de gobierno que nos han tenido divididos a los españoles durante tantos lustros.

—Me temo que, como vulgarmente se dice, se le va a ver a usted el plumero. Apuesto a que va usted a hacer un alegato muy hábil a favor de la Monarquía,

—Vas equivocado, amigo. Yo no quito importancia a las formas de gobierno ni me meto ahora a decidir sobre la accidentalidad o substancialidad de tales formas. Lo que digo es que a quienes no tenemos intereses creados en alguna de dichas formas nos tienen sin cuidado la una y la otra; lo que nos interesa es el contenido de ambas, y si nos decidimos por una forma determinada, no es por la forma en sí, sino porque vemos en ella la mejor manera de salvar el contenido que defendemos. Es un hecho que en España la mayoría de los católicos se inclinan hacia la Monarquía, y es otro hecho que la mayoría de los no católicos se han pronunciado siempre a favor de la República. ¿Por motivos puramente políticos y de forma? No; cada uno, ve en la forma de gobierno un régimen que refleja su propia manera de enfocar los problemas religiosos.

—¿Ve usted cómo se va insinuando a favor de la Monarquía?

—No te lo niego; pero no es porque a mí me espere ninguna bicoca en ella. Si me inclino en favor de la Monarquía, es porque veo en ella una mayor garantía de que el ideal cristiano, al que yo me he consagrado, irá ganando a los españoles. Y esto sí que me interesa de verdad, ya que lo que persigo y por lo que lucho sin descanso es por la cristianización de toda la vida española.

—Entonces, ¿si usted creyera que con la República el cristianismo había de enraizarse más y mejor entre nosotros...?

—Entonces me inclinaría a favor de la República y me declararía republicano. ¿Qué te habías creído? ¿Que yo tengo un interés especial en que en el Palacio de Oriente se siente un español que transmita a sus hijos por derecho de herencia la Jefatura del Estado español? No tengo ningún interés en ello. Me daría igual que quien residiera en dicho palacio se llamara Presidente de la República.

—Le daría igual con tal que la República estuviera al servicio de los curas.

—Ya te has despistado. Cuando yo hablo de la religión o del cristianismo no me refiero a que los sacerdotes estén en mejor o peor situación social o económica. No creo que un pueblo sea más cristiano por el mero hecho de que los sacerdotes coman o vistan mejor y vivan en más cómodas viviendas. No confundo a un pueblo cristiano con un pueblo donde los sacerdotes viven a sus anchas. Lo que yo deseo no es un régimen que permita al clero todas las franquicias y le dé patente de corso para hacer o deshacer a su antojo, sino un régimen que eduque cristianamente a la juventud y que facilite a todos los españoles la profesión de su fe y la práctica de las virtudes evangélicas. Si hace esto, aunque el régimen sea republicano y aunque los sacerdotes no gocen de irritantes privilegios, nada tengo que oponerle. Ya ves que, en el fondo, a mí (y a cualquier católico) la que por encima de todo me interesa es mi religión. No por aversión a la forma republicana, sino por amor a mi ideal cristiano es por lo que mañana escribiré un *sí*. ¿Monárquico? ¿Franquista? No. Simplemente católico. No confundamos.

5 de julio

LXXII

Sobre el vacío que deja el silencio de unas campanas

Mañana, lector amigo, sonarán por última vez las campanas de Radio Madrid, esas campanas que todos los domingos, a las nueve de la noche, anunciaban la popular emisión de orientación religiosa. La Prensa, hermana de la radio, se hace eco en esta columna del acontecimiento radiofónico. ¿Has escuchado tú esas emisiones?

—¿Cómo no? Hace más de un año que las escucho casi todos los domingos. Primero creí que se tratada de sermones aburridos y ni aguardé a que terminaran las campanas; apenas empezaban a sonar, buscaba en otra emisora algo más interesante.

—Pero luego...

—Luego, cuando me dijeron algunos compañeros de trabajo que valía la pena escuchar, escuché, y le confieso que desde entonces casi nunca he dejado de oírlas. No crea usted por eso que me he convertido y he vuelto al redil de la Iglesia.

—Yo no creo nada. Pero tú has escuchado, y ¡por algo se empieza! Tú no te has convertido, pero otros sí. Me gustaría que leyeras algunas de las cartas que he recibido para que te convencieras del efecto que han producido en algunos oyentes de buena fe. Ya sé que tú dirás que eso de las cartas que recibo es un cuento, lo cual demuestra que no vas de buena fe. Te advierto que sois ya muy pocos los que no creéis en la autenticidad de las cartas.

—No tengo inconveniente en creerlo. Lo que no me negará usted es que se advierte en esas cartas que tiene usted muchos enemigos y que no ha logrado convencer a nadie.

—Ni me lo he propuesto. Yo no pretendo convencer, sino orientar. Como decía el otro, yo ni dispongo ni propongo, únicamente expongo. Con serenidad oriento a quien solicita orientación. Y a pesar de todo, son muchos los que se han convencido de más de cuatro cosas. Muchos se han convencido, por ejemplo, de que la religión cristiana no es lo que les habían dicho ni lo que ellos se habían imaginado. De la religión muchos no sabían más que lo que habían leído en periódicos antirreligiosos o lo que habían oído en mítines y tertulias; ahora ya saben algo más. ¿De verdad que tú no has aprendido nada?

—Sí, algo he aprendido. Le confieso que a menudo, al escucharle, yo me decía: ¡Lástima que no sea verdad tanta belleza! Quiero decir que la religión me parece muy buena en teoría, pero en la práctica...

—Sí, en la práctica es otra cosa. La religión es buena, pero los cristianos no somos tan buenos. Esto no lo he negado yo nunca. A la religión le ocurre lo que al vino: el mejor vino puede encerrarse en la peor botella. ¿Dejará por eso de ser buen vino? Porque la botella sea mala, ¿vamos a decir que el vino no es bueno? Culpa cuanto quieras a los cristianos; diles que son muy malos cristianos, pero no niegues la bondad de la religión y reconoce que otra sería la situación moral de España si todos, empezando por ti mismo, fuéramos buenos discípulos de Cristo.

—Lo reconozco. Tanto lo reconozco que casi me he recenciliado con la religión. Cada vez me gustaban más sus charlas domingueras. ¡Si hasta me parece que en adelante las voy a echar de menos!

—No me extraña. Si eres hombre de buena fe, estoy seguro de que terminarás por estar de acuerdo conmigo. Cuando sepas quién es Jesucristo, cuando distingas a la Iglesia de las escorias que se le han adherido, cuando te convenzas de que se puede ser buen cristiano sin renunciar a todo lo que hay de justo en tus ansias de mejoras sociales, entonces verás que estábamos de

acuerdo en muchas cosas. Las campanas de Radio Madrid se callan por ahora. En otoño las volverás a escuchar, y entonces...

12 de julio

LXXIII

Sobre si es cobarde arrepentirse a la hora de la muerte

Habrás observado, lector amigo, que muchos incrédulos españoles llaman al sacerdote a la hora de la muerte. O si no le llaman, por lo menos, lo reciben cuando les viene a ver y terminan confesándose, como los buenos cristianos. Se dirá que se acuerdan de Santa Bárbara cuando truena, pero el caso es que se acuerdan. ¿Sabes quién es don Agapito?

—Sí, ya sé que don Agapito es un personaje fantástico que ha creado usted para sus emisiones de radio. Resulta muy cómodo crear un personaje y hacerle luego decir y hacer lo que a usted le conviene.

—Reconozco que resulta cómodo; pero es porque todos conocemos en España hombres como don Agapito. Yo no he tenido necesidad de inventar nada; me ha bastado con observar a ciertos hombres y llevar al micrófono su manera de sentir y pensar. Lo que yo he inventado es el nombre; todo lo demás es un trozo de vida palpitante y real. ¿Quién no ha oído conversaciones como las de la tertulia de don Agapito? Pues bien, don Agapito ha muerto.

—Ha muerto, sí, porque a usted le ha dado la gana hacerle morir. En la radio se hace lo que se quiere, como en las novelas.

—Pero para que el personaje creado por la fantasía se tenga en pie desde el punto de vista psicológico es necesario que sus reacciones sean lógicas. Cuando no hay lógica en sus reacciones, el personaje se cae. ¿Concibes que una monja que nunca dio señales de incredulidad durante su vida rechace los últimos sacramentos a la hora de su muerte? ¿Te imaginas a Santa Teresa de Jesús muriendo desesperada y negándose a recibir a su

confesor? Sería ilógico. Pues esa lógica de la realidad debe respetarla el creador de un personaje fantástico.

—Y usted no la ha observado en el caso de don Agapito. El era un incrédulo, como no se cansaba de repetir a sus contertulios; no creía en la Iglesia ni en los curas. ¿Para qué le hace usted llamar a un sacerdote en su lecho de muerte? ¿Dónde está aquí la lógica? Don Agapito debió haber muerto sin arrepentirse y sin confesarse; debió morir como había vivido, de acuerdo con el refrán que dice que el árbol cae del lado que se inclina.

—.Verás que no he roto la continuidad lógica de la trayectoria espiritual de don Agapito. Tú sabes que Don Quijote fue toda su vida un loco, un pobre demente, que confundía la bacía de un barbero con el yelmo de Mambrino y unos pacíficos molinos de viento con gigantes tremebundos. Pues en su inmortal novela Cervantes le hace recobrar la cordura antes de morir, y Don Quijote muere reconociendo sus locuras y pronunciando palabras de cordura y arrepentimiento. El loco muere cuerdo. Algo parecido le ha ocurrido a don Agapito. Don Agapito blasonó de incrédulo, se las dio de ateo y anticlerical, pero otra cosa le quedaba en el fondo. Como el medroso canta en el bosque para disimular el miedo, don Agapito gritaba su incredulidad para esconder una fe que aún estaba viva dentro de su alma. Y es que es muy difícil que un español que ha vivido en medio de un ambiente cristiano llegue a perder totalmente la fe: podrá debilitarla, casi perderla, pero es muy difícil que la pierda del todo. Por eso, porque siempre le queda una llamita de fe, llama al sacerdote a la hora de la muerte.

—Pues eso es cobarde. Se debe morir como se ha vivido.

—Sí; pero a condición que se haya vivido bien y se haya sido plenamente sincero. Si no, lo cobarde es no atreverse a rectificar, ni siquiera a la hora de la muerte. Lo cobarde es alardear de incrédulo cuando no se está muy seguro que la religión sea una falsedad. Tú también alardeas de incrédulo, lo sé, y dices que no crees en nada, pero ¿eres sincero? ¿Tienes pruebas de que Jesucristo no es Dios y de que la Iglesia no es cosa de Dios De verdad ¿no crees nada, nada? Sé sincero contigo mismo y reconoce que en el fondo crees algo. Ahora no te atreves a decirlo públicamente, pero ya verás cómo, cuando te llegue la hora, acabas como don Agapito. Después de todo, nunca podrá tener

mejor aplicación el refrán español que dice que más vale tarde que nunca.

19 de julio

LXXIV

Sobre que entre los incrédulos todavía hay clases

Me ha ocurrido, amigo lector, una cosa insospechada. Tú sabes que don Agapito, aquel incrédulo de mis emisiones de Radio Madrid, murió hace dos semanas, como te hice saber el sábado pasado. Pues resulta que se me ha aparecido el fantasma de don Agapito y me ha dicho unas cosas terribles; me ha dicho que don Agapito no ha muerto, sino que sigue en el café, rodeado de su tertulia; que canta «La vaca lechera» con una letra en que me alude a mí personalmente, y que no morirá hasta que me corte las orejas y no sé cuántas cosas más. (¡Qué miedo, lector! ¿Con lo asustadizo que yo soy!)

—¿Pero es verdad todo eso?

—No, hombre, no. La verdad es que alguien, de esos valientes que no se atreven a dar la cara, me ha escrito protestando que comparara a don Agapito con Don Quijote y que dijera que el incrédulo se había confesado antes de morir. (¡Como si el caso fuera una excepción!) Pero lo peor no es que proteste, sino quedo haga con un vocabulario tan grosero que denota no sólo que no tiene religión alguna, sino que no tiene ninguna educación. Conste que nunca he creído que quien no sea católico tenga que ser un grosero, pero se diría que los hay empeñados en que escojamos, necesariamente, entre ser cristianos o ser groseros, y, la verdad, ante tal dilema, yo escojo ser cristiano, aunque no sea más que por elegancia.

—De todas maneras, y aun concediendo la grosería de ese señor que le ha escrito, habrá dado algunas razones pasa justificar su actitud.

—Eso es lo peor, que ha querido justificarse y se ha metido en un berenjenal. Figúrate que en cuatro líneas quiere demostrar que Dios no ha podido ni puede hacerse hombre, uniendo a su naturaleza divina una naturaleza humana. El pobre hombre, que parece estar pez en filosofía (como lo demuestra al hablar del constitutivo esencial de la persona), se las echa de investigador, y afirma que Jesucristo nunca se creyó a sí mismo hijo de Dios, y que eso de que fuera Dios es una invención tardía, nada menos que del siglo IV. Y digo yo: ¿por qué se meterán algunos donde nadie les llama? ¿No comprenderán que si ante los papanatas que les escuchan pueden pasar por unos sabios, ante hombres de mediana cultura histórica hacen el ridículo? Es el caso de repetir: zapatero, a tus zapatos. Bien está que uno desee saber alguna cosilla más acerca de la historia de la Iglesia católica, pero de ahí a sentar cátedra de profesor hay un verdadero abismo. Mi pobre comunicante ha leído algo, se le nota, pero tan poco, tan poco, y de escritores tan sectarios, tan sectarios, que lo poco que le ha quedado es de lo más sectario que se ha escrito. (Y advierto que la frase anterior no es para el popular torneo de humor del «Tan, tan».)

—Sin embargo, debería usted felicitarse de que ese señor se haya tomado la pena de estudiar algo acerca de los orígenes del cristianismo. Eso no lo hacen todos.

—Verdad es. Ya he dicho que me parece bien que estudie, pero no me parece bien (bien para él, claro está) que sin más ni más y con una pedante osadía se lance a dar como conclusiones históricas las que no son más que gratuitas afirmaciones, archirrefutadas por los mismos incrédulos. Ya comprenderá que con semejantes bombas de serrín no se puede destruir la roca de la Iglesia. No valía la pena molestar la memoria de don Agapito para estampar tales refritos; dejemos a don Agapito reposar en su tumba a la sombra de la cruz.

—Pero, en fin, ¿murió o no murió don Agapito?

—Murió y fue enterrado. Don Agapito fue un incrédulo durante su vida, pero era un hombre educado que no se permitía decir groserías, porque entendía que se podía ser cristiano sin ser un grosero y un mal educado. Ese que ahora está en el café, cantando «La vaca lechera», no es don Agapito, y las cosas que, según

quien me ha escrito, ha dicho en la tertulia, no son de las que solía decir don Agapito. Amigo mío, no todos los incrédulos son iguales. ¡Aún hay clases! El que me ha escrito es un incrédulo de tercera.

6 de julio

LXXV

Sobre si un buen cristiano puede tener enemigos

Yo tengo la fortuna, lector, de contar con innumerables amigos que no me conocen y a quienes yo no he visto nunca. ¿Y los llamo amigos? Los llamo amigos y lo son. Me lo dicen en sus cartas. Porque estos desconocidos amigos me escriben de cuando en cuando, me exponen sus problemas, me plantean sus dudas, me hacen preguntas. A veces estos amigos ni siquiera me dan sus nombres. No importa; si ellos me conocen por la voz que les llega a través de los micrófonos de Radio Madrid, yo les conozco por las cartas que me envían.

—¡Pero también tiene usted una buena cantidad de enemigos!

—Yo no me considero enemigo de nadie ni tengo a nadie por enemigo mío. Cierto es que algunos me escriben en tonos verdaderamente poco amistosos, pero aun a ésos no los considero enemigos; son amigos que no me comprenden y me creen diferente a como soy en realidad. Por eso no les guardo rencor, sino que procuro que me vayan conociendo para acortar las distancias que nos separan. Jesucristo, mi Maestro, tan poco consideró como enemigos a los mismos que le crucificaron y se contentó con decirles que no sabían lo que hacían al crucificarle. Así yo pienso que no saben lo que hacen los que me escriben para insultarme. Si lo supieran, no me escribirían así. Ellos creen, sin duda, hacer bien y mi deber es procurar convencerles de que van equivocados.

—No creo que lo consiga usted. No se haga ilusiones de que nos va a convencer a todos con sus razonamientos. Somos

muchos los que no creemos en esos dogmas cristianos que usted defiende y que no cambiaremos por más que usted se esfuerce.

—No me hago ilusiones. Ya sé que no todos se van a convencer de la verdad de los dogmas que yo defiendo; sé que muchos oirán mis razonamientos y no cambiarán de postura; sé que la propagación de la fe cristiana es una obra lenta; sé que moriré sin haber logrado convencer a un gran número de mis oyentes y de mis lectores. Aunque sé todo eso, hago los posibles para convencerlos. En el fondo, no pretendo que se hagan amigos míos, porque yo no soy nadie, ni por mí mismo merezco su amistad. En realidad, todos estos innumerables amigos míos, más que amigos míos son amigos de Jesucristo; si me aprecian, es porque soy un representante de Jesucristo. Nada más que por eso.

—No pretenderá usted ser un digno representante de Jesucristo a quien todos debamos amistad.

—¡Ay! Eso no. Para desgracia nuestra, los sacerdotes católicos no somos dignos de representar ante los hombres la figura del mismo Dios. Somos hombres, nada más que hombres, y tenemos muchos y grandes defectos. Ningún cristiano es digno discípulo del Crucificado. Turbios espejos somos, nada más, de las virtudes de nuestro Maestro. Sólo El es santo de verdad. No pretendemos, pues, que se nos crea santos, porque demasiado sabemos nosotros que estamos muy lejos de ser lo que debiéramos. ¿Crees tú, amigo lector, que nos dices alguna novedad cuando afirmas que tenemos éstos o los otros defectos y cuando nos reprochas esto o lo de más allá? Pero eso va contra nosotros, no contra Jesucristo; no va contra la doctrina de Jesucristo, sino contra los que no la practicamos. Si tú conocieras la doctrina de Jesucristo, no dirías de ella las cosas que dices; si formaras parte viva de la Iglesia que El fundó y frecuentaras los Sacramentes que El instituyó, serías mejor de lo que eres. Por lo pronto, empezarías por no sentirte enemigo de nadie. Por ahí he empezado yo.

—A pesar de todo, tiene usted enemigos.

—Ellos podrán ser enemigos míos; yo no soy enemigo de ellos. Para mí no hay más que amigos: amigos que me comprenden y amigos que no me comprenden, pero amigos todos. ¿Sabes por qué me gusta tanto la palabra «amigo»? Por esta razón

fundamental, porque le gustaba mucho también a Jesucristo. El llegó a decir al mismo Judas en el momento en que le daba el beso de la traición: «Amigo, ¿a qué has venido?»

2 de agosto

LXXVI

Sobre si el comunismo se cree incompatible con el cristianismo

Un amigo, de tantos como me escriben, me ruega que haga uno poco de luz en las mentes de los que hoy combaten el comunismo y de los que dicen ser comunistas sin tener un concepto serio de lo que significa ser comunista. Me ha parecido bien el ruego y por si tú, amigo lector, eres de esos que no tienen un concepto sedo de lo que significa ser comunista, voy a hacer un poco de luz en tu mente.

—Pero usted es de los que combaten el comunismo, ya que usted es católico.

—¿Y un católico no puede ser comunista? Ese amigo mío dice que sí. Me escribe textualmente:

> *Le diré que soy comunista, mas también soy cristiano. Yo creo que es posible sentir las dos doctrinas; lo que no creo posible es que se pueda ser cristiano sin ser comunista. El cristianismo es la fuente de donde salen los principios básicos del comunismo, donde podemos encontrar alguna paz para nuestros espíritus y, en consecuencia, la salvación de nuestras almas. Jesucristo profesó los principios de igualdad, caridad y hermandad y por eso fue el primer comunista y el que nos enseñó lo que es el comunismo como sistema de la vida humana.*

He ahí lo que piensa mi amigo.

—Pues yo pienso igual que él y somos muchos, muchísimos, los que pensamos así. El verdadero cristianismo no se opone al comunismo.

—Pues el verdadero comunismo si se opone al cristianismo. No hagamos juegos de palabras, porque la cosa es muy seria y no se la puede liquidar con una afirmación más o menos pintoresca. ¡Que el verdadero cristianismo no se opone al comunismo! No hace muchas semanas que te conté algo de lo mucho que los últimos Papas han dicho acerca del comunismo, por ejemplo, aquello de que «lo más urgente del cristianismo actual es la cruzada anticomunista». ¿Será que el Papa actual, o el anterior, no son verdaderos cristianos? Afirmar tal cosa sería ponerse por el hecho mismo fuera de la comunión católica. Cierto que los principios de igualdad, caridad y hermandad son principios cristianos, pero hay que entenderles a derechas y fundarlos en unos cuantos dogmas Que el comunismo no admite ni en broma. Ni el comunismo entiende de la misma manera que el cristianismo los principios morales de caridad y hermandad, ni los funda en iguales principios dogmáticos. Son dos sistemas de vida que podrán adoptar idénticas palabras en el orden de la conducta social, pero que discrepan radicalmente en las creencias fundamentales, y son éstos los que en primer lugar definen un sistema de vida. Quien sepa lo que son el verdadero cristianismo y el verdadero comunismo no puede menos de declararlos totalmente incompatibles.

—Eso habría que demostrarlo.

—Y se demuestra. No somos sólo nosotros, los cristianos, los que proclamamos su total incompatibilidad; son los mismos comunistas, los auténticos, los de Rusia y países rusófilos, los que lo proclaman. Precisamente hace unos días han llegado a mi conocimiento los «diez mandamientos» por los que deben regirse los jóvenes comunistas para llevar a cabo la futura revolución mundial, según el cuartel general de la Juventud Comunista de Novosybirsk, en la U. R. S. S. El sexto mandamiento dice: «Todo buen miembro de la juventud comunista es también, a la vez, un batallador en la campaña contra Dios.» El octavo añade: «Todo buen comunista debe ser ateo.» El noveno manda: «Contribuye con tu dinero al movimiento ateo, ayudando especialmente a las organizaciones extranjeras que tienen que trabajar en secreto.» Y el décimo remacha: «Si no eres un ateo convencido, no eres un buen comunista, ni eres un ciudadano leal de la Unión Soviética.» ¿Está claro? ¿Se puede ser cristiano y comunista a un mismo

tiempo? Si los propagandistas del comunismo de por acá dicen otra cosa, es para que piquen los tontos.

9 de agosto

LXXVII

Sobre si los obreros sin fe son tan buenos como algunos creen

En mis ocios de verano, lector amigo, se me ha ocurrido esta tarde leer unas comedias de don Jacinto Benavente. Es siempre un exquisito placer oír conversar a los personajes de las comedias de don Jacinto. He escuchado con verdadero deleite las palabras de Don Remigio.

—¿Quién es ese señor? Se me figura que será algo así como el Don Agapito de sus emisiones de radio.

—Algo se parecen, sí. Este Don Remigio es un español que se pasó una buena partida de años en las Américas, logró reunir unos puñados de duros y se volvió a España con ánimo de hacer buen uso de su caudal. Es un incrédulo, como mi Don Agapito, pero tiene una esposa muy cristiana, que es una verdadera santa, y él la quiere y la adora. Es una lástima que don Jacinto Benavente no le haya hecho morir en la comedia (que se titula «Alfilerazos»), porque me imagino que habría llamado a un sacerdote para que le administrara los últimos Sacramentos. El caso es que Don Remigio estaba siempre del lado de los obreros, convencido de que lo que los obreros necesitaban para ser buenos no era más religión, sino más dinero, y él ponía su dinero a disposición de los obreros. Un día, los obreros del pueblo donde había fijado su residencia, se declararon en huelga, y él, para que no pasaran hambre mientras duraba la huelga, les abrió generosamente sus arcas. Conocía a los obreros y sabía que son buenos con quien es bueno con ellos.

—Ni más ni menos. El obrero lo que no tolera es que le vengan con sermones, cuando lo que necesita es que se le haga justicia y se le pague debidamente su trabajo. El obrero reconoce el

bien donde lo encuentra y sabe ser agradecido a quien se comporta con él como es debido. Si se hablara menos de religión y se practicaran mejor la justicia y la caridad, el obrero sería más cristiano de lo que es. Don Remigio conocía bien a los obreros.

—No tanto, amigo, no tanto. Los conocía, pero no del todo. Los conoció del todo cuando leyó en el periódico de los obreros un artículo en el que se hablaba de él. Don Remigio no creía lo que veía y decía al amigo que le vino a traer el periódico: «¿Que yo pretendo sobornarles? ¿Que mi caridad es una humillación que los obreros no deben aceptar? ¿Que yo soy de los explotadores, y aunque diera ahora todo lo que tengo no haría más que devolver lo que he robado? ¡Robado! ¡En donde yo lo robé quisiera verlos a ellos! Pero no; yo lo sé, no son ellos, pobres ilusos, pobres engañados... Esto no es cosa de ellos, es de los que les guían, de los que les explotan, porque todos van a explotarles; unos en su pobre condición social, otros en su pobre inteligencia. Estos que se llaman directores son los que les apartan de todo el que se acerca con buena intención; porque creen que vamos a disputarles su plataforma. Conozco bien a estos directores; a mí también me engañaron. ¡Pobre pueblo! ¡Rebaño siempre! Cuando se cree libre, porque deja de seguir a uno, es para seguir a otro, que le engaña también. Sé de los hombres... Por eso yo pensaba sólo en los niños, en hacer algo por ellos, enseñar, educar a los que han de venir. Esa es la única revolución posible. ¡Pero ahora..., al leer esto...! ¡Es muy triste, muy triste!»

—Pues no creí yo que Don Remigio...

—Don Remigio estaba en un error con respecto a la angelical bondad de los obreros. No digo yo, de ninguna manera, que sean peores que los demás, pero lo serán si se dejan engañar por esos directores, cuya religión es su personal plataforma. De ahí que cuando se acerca a ellos el sacerdote para enseñarles en nombres de Cristo la verdad de la vida le reciban hostilmente. Es que han sido engañados por sus directores. Hasta un incrédulo como Don Remigio tuvo que reconocer, por triste experiencia, que sus ideas de redimir a los obreros, no con religión, sino con obras de caridad, eran... ilusiones y hubo de exclamar con amargura: «Hoy he perdido más que mis hijos; he perdido todas mis ilusiones.»